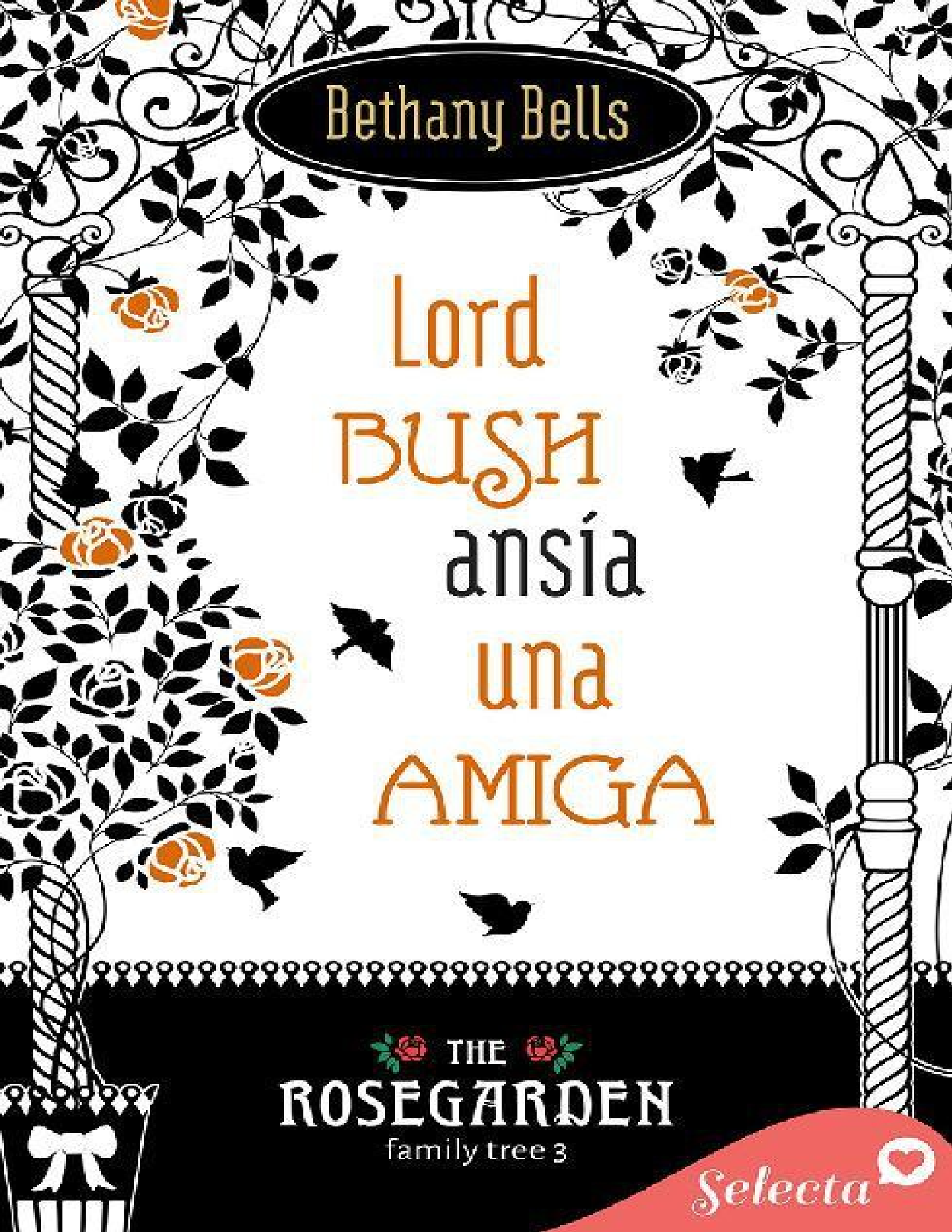




Bethany Bells

Lord
BUSH
ansía
una
AMIGA

THE
ROSEGARDEN
family tree 3

Selecta



Lord Bush ansía una amiga

SERIE

The Rosegarden Family Tree 3

Bethany Bells

Selecta

*Llegarás a amarme, porque quiero que me ames con locura. No podrás evitarlo.
Soy un Rosegarden, y siempre nos salimos con la nuestra. Siempre.*

Capítulo 1

Consulta del doctor John Mayers. Londres, finales de marzo de 1884

Lord Bush Rosegarden cerró el grueso volumen médico que había estado leyendo, se quitó las gafas y se frotó los ojos con aire cansado. Esperaba poder reflexionar unos minutos sobre el conjunto de síntomas que había estado consultando y que aquejaban a uno de los nuevos pacientes llegados al despacho, aunque no fuese uno de los que le habían correspondido a él.

Pero no tuvo opciones porque, justo en ese momento, se abrió la puerta de la biblioteca del doctor Mayers y entró el feliz propietario de aquella probable angina de pecho: su compañero de estudios, el doctor Henry Claredon.

Claredon y él se habían conocido en Eton y, desde el principio, habían forjado una buena amistad. Quizá porque, al ser él uno de los hermanos del marqués de Farrose y Claredon uno de los últimos sobrinos del conde de Oswat, ambos sabían bien lo que era no ser nadie pese a llevar un poderoso apellido.

—¡Rosegarden, menos mal que te encuentro! —Su amigo agitó con brío el papel que tenía en la mano. Una carta, al parecer—. Tienes que ayudarme.

—¿Qué ocurre?

—Es Caroline. Dice que va a venir... —Consultó la letra apretada y elegante del papel—. Bueno, a estas alturas ya estará de camino. Según sus cálculos espera llegar aquí... pasado mañana. Con su tía Wallis.

—Ah, bien. —Le había hablado tantas veces de su prometida, hija del mejor amigo de su padre, que ya sentía que la conocía—. ¿Eso significa que está todo decidido? ¿Vas a casarte ya? —Claredon torció el gesto—. Por la cara que has puesto, da la impresión de que vas al matadero.

—Así me siento. No quiero casarme aún, demonios, creo que es pronto. Ambos somos todavía demasiado jóvenes.

—Eso es cierto. Pero también lo es que ya tenéis edad para casaros, de sobra. Tú eres mayor que yo, tienes ya veinticuatro, y ella tiene... ¿veintiuno?

—Veinte. Cumple veintiuno en otoño.

—Bueno, pues eso. Entiendo que ya quiera casarse. Lleváis toda la vida prometidos. —

Prácticamente, así era. Henry le había contado que sus padres lo acordaron con un brindis nada más nacer ella—. Querrá tener hijos, formar una familia. Además, desde que murieron sus padres debe sentirse muy sola en el campo, viviendo nada más que con su tía.

—Ya... —Henry dio un par de vueltas por la habitación, con aire agitado. Bush arqueó una ceja—. Pero no es el mejor momento.

—¿Para qué?

—Para... para esto. —Agitó el papel, aunque pareció sentirlo demasiado específico y trató de abarcar más—. Para todo eso. Te recuerdo que mañana pensaba irme a Cambridge, a las conferencias sobre Medicina Hospitalaria que van a darse en la universidad.

—Ah, eso... —Bush se encogió de hombros con gesto ecuánime—. Bueno, pero no te queda más remedio que aguantarte, me temo. Te recomiendo tomártelo con filosofía.

—Filosofía...

—Sí. Vamos, alegra esa cara. Te entiendo bien. Sabes que a mí también me hubiera gustado poder ir, pero no me es posible, porque me debo a mi familia, y este fin de semana...

Claredon puso la expresión de testarudez que reservaba para ciertas ocasiones. Esas en las que dejaba claro que no estaba dispuesto a ceder.

—Quiero asistir —lo interrumpió, sin más—. *Voy a asistir.*

Bush arqueó ambas cejas.

—¿Qué dices, Claredon? ¿Te has vuelto loco? No puedes dejar sola a la señorita Mildmay nada más llegar a Londres. Tienes que ir a recibirla, tienes que asegurar su alojamiento en un buen lugar, tienes que enseñarle la ciudad y entretenerla, hasta que ella y su tía empiecen a sentirse como en casa. ¿Qué clase de prometido eres?

—Uno pésimo, lo admito. Y no me importa lo más mínimo. —Negó con la cabeza, empecinado—. Aprecio mucho a Caroline, de verdad que sí, pero no puede presentarse en peor momento. Quiero conocer en persona al doctor Parsons, ese americano con el que llevo dos años carteándome. Estoy deseando tanto escucharlo en su conferencia como hablarle de mis ideas sobre la creación de ese hospital con el que siempre he soñado. ¡Maldita sea, esto es importante! ¡No puedo tener la cabeza ocupada por tonterías como el bienestar de mi prometida y su maldita tía!

«Dios santo». Bush se recostó en su silla y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Otros quizá dirían que lo más importante del mundo es la persona con la que uno va a casarse.

—¿Qué? No seas absurdo, no me vengas con tonterías románticas. Somos médicos. Como decía mi padre, las prioridades de un hombre deben ser su profesión y su familia, exactamente por ese orden, porque de la primera depende poder mantener a la segunda. Es cierto que Caroline y yo no debemos preocuparnos de ganar un dinero, la fortuna de los Claredon es considerable, pero a mí me importan mi carrera y mi prestigio. Me importan mucho.

—Claredon...

—Caroline va a tener que esperar. ¡Que no hubiese venido sin avisar con tiempo! Le hubiera indicado que se quedase quieta hasta el año que viene.

—Creo recordar que eso le dijiste el año pasado. Y me suena que también el anterior.

—Sí. Pero sigue siendo mal momento. Debió preguntar. Se lo hubiese dicho.

—Quizá por eso no lo hizo.

Claredon hizo una mueca.

—Muy gracioso. Hoy estás muy gracioso, Rosegarden, pero no te lo voy a tener en cuenta porque necesito tu ayuda.

Bush arqueó una ceja, temiéndose lo peor.

—¿Para qué?

—Quiero que te ocupes de Caroline en mi lugar —dijo su amigo, perdiendo la oportunidad de sorprenderlo. Pues no, era exactamente lo que había imaginado.

—¿Qué dices? Tú te has vuelto loco.

—No, al contrario, date cuenta, es una buena solución. Me dijiste que no te ibas a ir a Rosegarden Park hasta el jueves. Por lo tanto, estarás en Londres pasado mañana. Puedes ir a recogerla, y... no sé. Alójala en un hotel, el que te parezca adecuado, yo correré con todos los gastos, por supuesto.

—¡Oh, vamos! No es un problema de dinero, Claredon, es...

—Es un problema de vida o muerte, sí.

—¡Por Dios! ¡Y me reprochas a mí tonterías románticas! Anda, que no eres tú dramático ni nada.

—Por favor, por favor. Ocuúpate de Caroline. Búscales un alojamiento adecuado y luego... No sé, entreténla hasta mi vuelta. Enséñale tú la ciudad. ¡O llévatela a la boda de tu hermano! —soltó de pronto, como si hubiese tenido una idea genial—. ¡Eso sería estupendo! A las mujeres les gustan esas cosas, seguro que lo disfruta. Te la llevas esos días a Rosegarden Park, donde, con todo el ajetreo, no te molestará mucho, y, cuando yo vuelva, ya la enviaré de regreso al campo, de donde no volverá a salir jamás sin mi permiso.

Bush bufó. Iba a tomarse una semana libre, las primeras vacaciones en dos años, porque uno de sus hermanos, Bramble, se casaba en unos días. El acontecimiento no carecía de interés, incluso para quienes no formaban parte de la familia. Su prometida, la señorita Tess Newhill, había ejercido durante muchos años la escandalosa profesión de actriz; aunque, como si su vida fuera una de las tragedias que solía protagonizar en los escenarios, su nombre auténtico era el de «honorable señorita Theresa Hill». Tenía derecho a ese título por ser hija de un barón del norte.

El hermano —o, más correctamente, hermanastro— mayor de Bush, lord Thorn Rosegarden, tercer marqués de Farrose, había intentado mediar en ese asunto, incluso había escrito personalmente a los padres de Tess, a espaldas de la joven. Bush no tenía claro si sus intenciones eran puramente sentimentales o si trataba de paliar en lo posible las habladurías que se habían levantado por el pasado irregular de la novia. De asistir los padres y arreglarse el asunto sería

todo mucho más formal.

Los Rosegarden siempre habían coqueteado con el escándalo, siempre. Pero, desde que se casó con lady Rosalynn, Thorn estaba mucho más prudente. Y desde que supo que iba a ser padre en pocos meses, había empezado a ponerse en verdad imposible con el tema de que se comportasen, unos y otros.

Pobre Thorn. Con Bram lo tenía fácil, porque estaba tan enamorado y tan volcado en la boda que no daba ya pie a ningún rumor; y él mismo, Bush, era el Rosegarden aburrido, como lo llamaron una vez, al no haber dado jamás que hablar a nadie. Y las dos menores, Mery Rose y Rosehip, eran demasiado jóvenes, todavía se las podía controlar sin mayor problema.

Pero Roseanne...

Desde que, entre Rosalynn y lady Cordellia, la obligaron a integrarse en la temporada de ese año para encontrar marido —o, como decía Rosalynn de un modo más amable, para que comprobase si había alguien a quien pudiese querer—, estaba empeñada en buscarse un amante lo más conflictivo posible y hacer estallar Londres como fuera.

Estaba furiosa, y no dejaba pasar ocasión de dejarlo claro.

¿Llevar a Caroline Mildmay a semejante lugar, con todos los Rosegarden reunidos para enfrentarse unos a otros en una boda que solo importaba a sus novios?

Bush negó con la cabeza.

—No, eso no puede ser.

—¿Por qué no? Si se lo pides a lady Rosalynn seguro que la invita. Y eso me dará margen para poder asistir a las conferencias y volver.

—Claredon... Vamos, hombre. No me hagas esto. ¡Y encima pretendes que la lleve a Rosegarden Park! ¡Y con Roseanne de un humor de perros! ¿Sabes lo que puede pasar si unos u otros empiezan a acalorarse? Todos los Rosegarden juntos... —bufó—. Un auténtico polvorín.

Su amigo se mostró más comprensivo. Conocía a Roseanne y sabía que podía ser más tóxica que el peor veneno conocido por la humanidad.

—Ya, ya, me imagino. Por cierto, ¿ha habido respuesta de los padres de la novia? —preguntó Henry, que estaba al tanto de todo aquel asunto y sentía auténtica curiosidad.

—Que yo sepa, no. Lo que sí tengo muy claro es que, si Tess llegara a enterarse de las gestiones que está llevando a cabo Thorn a sus espaldas, mi hermano mayor va a estar en serios problemas.

—Sí, tienes unas cuñadas muy temperamentales. Parece que no, sobre todo lady Rosalynn, siempre tan dulce y con esas gafas que le dan aire vulnerable, pero...

—Pero lo son. —Rio entre dientes—. Pobre Thorn. Claro que él se lo ha buscado. Tess ha dejado siempre muy claro que no quiere saber nada de su familia, que prácticamente la empujó en su momento a irse de casa.

—Sí, eso es curioso. ¿Por qué? Nunca me lo has explicado. ¿Lo sabes?

Sí que lo sabía, sí. Con el tiempo, Tess se había ido sintiendo más en familia en Rosegarden

Park, y había contado su historia, desmigada a lo largo de muchos desayunos, almuerzos y cenas. Bush titubeó un momento, pero Claredon era para él otro hermano más. Confiaba en este como en sí mismo.

—Le dijeron que tenía que elegir entre marcharse o casarse. Por lo que sé, rompió el compromiso a pocos días del enlace.

—¿Qué? ¿Ya tan cerca de la boda? Qué locura. Podría ser el final de toda posibilidad de casarse, para una mujer.

—Sí, bueno... Pero te aseguro que tenía sus razones.

—¿Cuáles?

—Eh... Digamos que descubrió que ese hombre prefería antes a los efebos que a las ninfas, por plantearlo de un modo clásico.

Bush no tenía nada que oponer a las preferencias de cada cual. De hecho, como médico, le constaba que la homosexualidad era algo más natural y frecuente de lo que muchos presuponían, al contrario que Claredon, que siempre había sido muy tradicional y no le gustaba lo que consideraba inclinaciones amorales y sin mayor sentido. Frunció el ceño y se mostró incómodo.

—Comprendo —dijo, con un carraspeo—. Un asunto muy desagradable, sin duda. De todos modos, pienso que debió casarse. Quizá eso lo hubiese curado y hubiera solucionado el problema, con el tiempo.

—No estoy tan seguro de que la homosexualidad sea algo a curar o algo que tenga que ser curado, pero bueno, da igual, porque todo eso ocurrirá hará unos diez años.

—¿Tanto? —Claredon agitó la cabeza—. Oh, por supuesto. Me dijiste que la señorita Newhill es mayor que lord Bramble, ¿verdad?

—Sí, unos pocos años.

—No sé. Sinceramente, eso también me parece antinatural. Una mujer debe ser más joven que su esposo, siempre. De ese modo, tiene más tiempo para darle más hijos. Además, la mayor madurez del hombre hará que guíe con mayor sensatez el rumbo de ese matrimonio.

Bush arqueó una ceja, pensando que, de estar presente Roseanne, ya le hubiera lanzado algo a la cabeza a su amigo. Claro que no sería la primera vez.

—De verdad que a veces no entiendo cómo llegamos a congeniar en el pasado —dijo, pero sin enfado. De hecho, se sentía divertido. Lo lamentaba por la señorita Mildmay. La iniciativa que había tenido al dirigirse sin más hacia Londres encajaba mal con el hecho de tener que seguir el rumbo impuesto por un esposo—. Llegado el momento, yo espero no tener que guiar a nadie, sino tener la fortuna de caminar juntos en la misma dirección.

—Qué tonterías. Lo planteas como si tu esposa pudiera ser tu amiga o algo así.

—Pues claro que sí. Me gustaría que mi esposa, antes que nada, fuera mi amiga, mi igual, alguien con quien poder sentirme cómodo y feliz. Con quien poder mantener cualquier conversación... Incluso que pueda enseñarme cosas.

—¿En serio? A veces no te entiendo, Rosegarden. ¿Que tu esposa sea tu amiga? Despierta,

hombre. La amistad entre hombres y mujeres es imposible, simplemente porque las mujeres están hechas de otro material, otra pasta. Son más dulces, encantadoras y, al margen de su destino maternal o de atención a la familia, su función es tan solo decorativa. Puedes sentir un gran aprecio por ellas, incluso puedes quererlas de corazón, como se quiere a una madre o a una abuela, pero no puedes esperar de ellas mayor inteligencia. Y la amistad solo es posible entre dos mentes de igual nivel intelectual.

—Me temo que tus conclusiones solo se deben a los prejuicios habituales que sufre nuestra sociedad. Las mujeres no son menos inteligentes, lo que pasa es que no se les permite estudiar, por lo general. Fíjate, Rosalynn está dirigiendo Rosegarden Park con más acierto que todos sus hombres predecesores.

—Ya. Yo que tú echaría de vez en cuando un vistazo a las cuentas. Cualquier día os vais a encontrar con un desastre. Seguro. ¿Qué puede saber una mujer de administrar una propiedad tan grande? Nada.

Bush no lo creía, pero no merecía la pena discutir el tema. Claredon provenía de una larga estirpe de amables caballeros que vivían en un mundo de hombres adornado por mujeres dulces y sumisas. Ni siquiera merecía la pena indicarle que ya había mujeres médico. Ya lo sabía, pero se negaba a aceptar lo que eso significaba, y mencionar a Elizabeth Garret o a cualquier otra, en su presencia, era como mentar al diablo. La última vez que trataron el tema, estuvieron varios días sin hablarse.

Quizá debió sacarlo todo a colación y quedarse en un bendito silencio, porque Claredon volvió a insistir con el asunto de la señorita Mildmay.

—¿Entonces? ¿Qué, Rosegarden? ¿Me harás el favor?

—No sé cómo no te das cuenta de la locura que propones. Yo no puedo...

—Te dejaré elegir tres casos, a cambio —replicó Claredon, y Bush sintió que algo cambiaba a su alrededor, en el mundo. Acababa de encontrar algo que sí que deseaba—. De los nuevos que lleguen o de los que ya tengo asignados.

Los casos que entraban al despacho del doctor Mayers eran repartidos por orden de llegada entre sus dos ayudantes. Por lo general, se turnaban equitativamente entre reúmas y huesos rotos, partos e indigestiones, sin mayor problema.

Pero la realidad a veces era odiosa y tremendamente injusta, por lo que Bush llevaba ya seis catarros seguidos, mientras que Claredon había acumulado dos casos de tuberculosis, un problema renal y tres cardíacos. El paciente con probable angina de pecho en el que había estado trabajando esa mañana Bush hasta la llegada de Claredon era uno de estos últimos.

Bush suspiró interiormente. Cualquier cosa por alejarse de los catarros.

—Seis —dijo, dándose por vencido—. Y los que yo elija.

—¡Perfecto!

Claredon batió palmas con entusiasmo. Parecía tan contento que Bush se preguntó si no hubiese debido pedir diez. O quince.

Esperaba que ocuparse de entretener a la señorita Caroline Mildmay no fuera algo en verdad exigente y tedioso.

Capítulo 2

Londres era en verdad impresionante, una ciudad enorme y llena de ruido, con el aire sucio de tantas chimeneas y fábricas, y un olor extraño, un tufo de fondo al que le costó acostumbrarse.

Desde el momento en el que apareció en el horizonte, Caroline la observó con miedo a través de la ventanilla del coche de postas. Algunas casas eran sorprendentemente altas y, a medida que se acercaban, el tráfico no tardó en volverse peligroso y constante. Nada que ver con los carros esporádicos que pasaban por los cuatro caminos en cruz que tenía Daisy Village, su pueblo natal, situado en un punto perdido de Cornualles que, desde donde se encontraba en ese momento, se sentía muy remoto.

¡La gente hasta decía que Daisy Village estaba lejos de Truro, qué decir de Londres! Aquella ciudad daba miedo. Pero era tan hermosa, tenía parques, calles y edificios tan maravillosos que lo compensaban todo.

Caroline contempló las calles de las afueras, todas atestadas de hombres, mujeres, niños que se movían de un lado a otro, concentrados en mil ocupaciones distintas. Personas de las que ella jamás hubiera sido consciente en su vieja casa del pueblo, más allá de su pequeño jardín plagado de margaritas.

Paseaban, hablaban en corros, voceaban anunciando cosas, tomaban un té en una bonita terraza, reían, discutían... Vivían. Vivían y resultaba increíble pensar que hubieran podido pasar toda su vida sin que ella supiera que existían.

—Esto ha sido un error, Caroline —murmuró la tía Wallis, sentada a su lado, casi sofocada bajo las cintas de puerros y cebollas que sobresalían del gran cesto de mimbre de su otra compañera de asiento, una mujer robusta y hosca, de gesto seco y manos de campesina llenas de callos y cortes. El asiento de enfrente lo ocupaban dos hombres grandes y un niño gordo. Los tres habían dormido casi todo el viaje, de hecho seguían haciéndolo, y se estiraban tanto que Caroline tenía serios problemas para poder colocar con comodidad sus largas piernas. Ganas le daban de propinarles una buena patada. La tía Wallis agitó la cabeza y repitió por enésima vez—: Un gran error.

Caroline apretó los labios, sin saber qué decir. No podía reprocharle su enfado, y eso que

todavía no lo sabía todo sobre las medidas que había tomado por su cuenta. Pero, sí, había sido ella quien decidió, un buen día, que viajaría a Londres y expondría a su prometido a una situación en la que no habría posible marcha atrás.

O se casaban de una vez, o... Bueno, ya se vería. Pero no estaba dispuesta a esperar más, con el corazón en vilo por el miedo.

¿Qué diría Henry cuando viera en lo que se había convertido? Esa pregunta la atormentaba desde hacía ya más de dos años, cuando alcanzó la altura que tenía en esos momentos y dejó por fin de crecer. Miró sus botines, que sobresalían feos y enormes por debajo del vestido, tan grandes como las botas del hombre que dormía enfrente. También contempló sus manos, cubiertas por los guantes de encaje que siempre tenía que encargar a medida, porque, tal como le dijo una vez la dueña de la única tienda de Daisy Village, no había en el mundo entero manos femeninas como las suyas...

Caroline suspiró. Henry tenía que saber en lo que se había convertido, y cuanto antes. Había considerado la posibilidad de contárselo por carta, pero no acababa de encontrar el modo de hacerlo, qué palabras poner para expresarlo de un modo adecuado. Y, luego, la idea de estar esperando durante semanas una respuesta le resultaba insufrible.

No, mejor ir en persona y ver la reacción con sus propios ojos. Si iba a dejarla, que lo hiciera ya, antes de que se convirtiese en una solterona sin mayor futuro. Antes de que no le quedaran fuerzas para salir adelante por sí misma.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que Henry visitó la mansión de su familia, en Cornualles? ¿Cinco años, seis? Desde la muerte de su padre, el notario James Claredon, del que se fue a despedir.

Por aquel entonces ella tenía unos quince años y todavía era una niña alta y espigada, pero no llamativa, y él un joven estudiante de Medicina, tan guapo, tan educado y galante... Algo serio. Siempre la miraba con gravedad y sonreía solo muy de vez en cuando.

—Se lo he prometido a mi padre. Tú serás mi esposa y yo cuidaré de ti toda la vida. Te lo juro —recordó que le había dicho en su último paseo juntos, tras el entierro. Cuando le regaló el pañuelo blanco que ahora llevaba anudado con una gran lazada al cuello. Caroline lo tocó con las yemas de los dedos. ¿Se acordaría? Esperaba que sí. Ella lo había guardado durante ese tiempo con todo el cuidado del que era capaz una niña enamorada.

No había vuelto a verlo desde entonces. Al margen de cualquier otra cosa, Caroline no entendía qué estaba ocurriendo y necesitaba una explicación. ¿Por qué Henry se empeñaba en mantenerla lejos, año tras año? ¿Por qué, siendo ya médico en Londres, no mencionaba nunca la idea de establecer su propia consulta? Sus cartas no dejaban de ser una lista continua de excusas en las que lo único cierto era que no quería comprar una casa, ni organizar un hogar con ella ni apuntalar los inicios de su familia.

Al contrario, no dejaba de hablar de crear un hospital, el Hospital Claredon, un sueño faraónico impropio del muchacho soñador y altruista que recordaba, y que, además, hubiese

debido corresponder a un tiempo más futuro, cuando ya hubiese hecho todas las cosas que deberían haber tenido prioridad en su vida.

Cuando ya estuviese casado, cuando hubiese fundado un hogar y tenido unos hijos a los que legar algo así.

Cuando ya le hubiese demostrado a ella cuánto la quería...

Pero no. Y sus cartas, siempre breves, se retrasaban más y más. Últimamente, raro era tener una al mes. Si al menos hubiese vuelto de vez en cuando por el pueblo para mantener un mínimo de contacto... Aunque, para qué, si no le quedaba familia allí. Hasta había vendido la vieja casona de los Claredon, que se levantaba cerca de la de la propia Caroline.

Henry había cortado todo lazo con el pasado que lo ataba a Daisy Village y a Cornualles; de modo que, aunque en otros tiempos, al crecer juntos en familias muy unidas, habían tenido una cierta cercanía, ahora ya eran prácticamente dos absolutos desconocidos.

Un desconocido con el que Caroline tenía que casarse, reflexionó taciturna, tanto porque era lo que habían decidido sus padres como porque no tenía nada más en la vida. Siempre había sido la prometida del señor Claredon. Eso y nada más. No se le había permitido ser otra cosa.

Y había algo tremendamente perverso, injusto, en aquel planteamiento...

El coche se detuvo con brusquedad junto a una posada que añadía un intenso toque de vino rancio a la peste que percibía en Londres. Caroline parpadeó, saliendo repentinamente de sus pensamientos.

—¡Final del trayecto! —Se oyó gritar al conductor. La portezuela de la derecha se abrió de pronto y los dos hombres y el niño que viajaban en el otro asiento empezaron a removerse, uno de ellos pisando a Caroline sin contemplaciones. Ella apretó los labios, conteniendo a duras penas el quejido. De darse cuenta, la tía Wallis era capaz de pegarle con la sombrilla.

Se encogió cuanto pudo, deseando que se fueran lo antes posible para poder moverse con soltura, pero fue la mujer del cesto la que se apresuró salir la primera, empujando a todos con aquel enorme trasto y fustigándolos al paso con las cintas de puerros y cebolletas.

—Pero ¡mujer! —gritó uno de los hombres, aunque cualquiera hacía algo más contra aquella maleducada.

—¡Qué vergüenza! ¡Pero qué falta de educación! —protestó la tía Wallis, y más cuando los hombres y el niño se dispusieron a bajar a continuación, sin hacer el más mínimo amago de ofrecerles pasar delante, como hubiera hecho cualquier caballero que se preciase de serlo—. ¡A dónde iremos a parar!

—Déjalo, tía Wallis. —Trató de calmarla Caroline—. No importa, esperemos. No hay prisa y ya queda poco. Bajamos, nos reunimos con Henry y nos llevará a algún sitio donde descansar.

—¿Desde cuándo no importa la buena educación, jovencita? Por supuesto que... ¡Ay! —gritó cuando el niño la golpeó al pasar sin mayor miramiento—. ¡Bárbaro! ¡Desconsiderado!

—No ha sido nada. —Intentó aplacarla su sobrina. Pero como había cosas que no podía soportar, sujetó al niño del brazo. Lo hizo con firmeza, y seguro que él se dio cuenta de que no

podría soltarse sin más—. Pequeño, ten cuidado. Has golpeado a la señora. ¿Qué se dice?

El niño la miró con ojos enormes.

—Perdón... —dijo, claramente amedrentado. Caroline le sonrió y lo soltó. El niño saltó fuera con más agilidad de la esperada de alguien tan obeso y, en cuanto se vio a salvo, gritó—: ¡Viejas brujas!

La tía Wallis se llevó una mano al pecho.

—Oh, qué descaro. Dónde iremos a parar.

—Espero que a Londres, tía Wallis —dijo ella riendo—. Vamos, no te lo tomes así, solo es un niño. Bajaré primero y te ayudo, ¿de acuerdo?

Su tía titubeó.

—No sé... ¿No vuelve a Cornualles este coche? Quizá podríamos...

—No. Yo me quedo. —Caroline se incorporó, tomó su bolsa de viaje con una mano, recogió un poco sus faldas con la otra y empezó a bajar, apoyada con un codo en el lateral para darse equilibrio, aunque se detuvo, encogida en la escalerilla—. Pero, por supuesto, si tú quieres volverte, hazlo. Yo me quedo. Hablaré con Henry y seguro que accederá a enviarte una parte de mi renta todos los meses, viviendo con él yo no necesitaré nada. Eso te permitirá contar con al menos una criada y así, además, tendrás compañía.

Era una huida hacia delante, desde luego. No se le ocurría qué iba a decirle justo en ese momento, si le respondía que sí, que se iba. No era por el miedo a quedarse sola en aquel gigantesco lugar, sino por cómo explicarle lo que había hecho, contarle que no quedaba nada a su espalda, excepto, en una especie de metáfora muy apropiada, tierra quemada. No podían volver. Tarde o temprano tendría que saberlo.

Por suerte, todavía no fue necesario enfrentarse a ello.

—Pero ¿qué dices? —La tía Wallis la miró con reproche—. No voy a dejarte aquí sola, niña. Tu pobre madre, que se ha quedado enterrada allí, tan lejos, se moriría otra vez si lo hago.

—Bueno. Pues, entonces, haz el favor de cambiar de actitud. —Empezó a bajar del coche de espaldas, tanteando con los pies—. Estamos comenzando una nueva vida, tía, una mejor. Nada puede ir mal y... ¡Ah! —exclamó, cuando un peldaño cedió con un crujido en la desgastada escalerilla y perdió el equilibrio.

No se había agarrado a la barra lateral, confiando en que era una mujer muy ágil, pese a su tamaño. Al intentar alcanzarla en ese momento, soltó las faldas, y no logró lo primero, pero para empeorar su suerte, el otro pie se enredó con los largos faldones de su vestido y no pudo posicionarlo bien.

Caroline empezó a caer. Pensó, resignada, que se estamparía de espaldas contra el lodo maloliente de la calle, estropeando su único traje de viaje, pero unas manos fuertes la sujetaron por la cintura y la sostuvieron casi en volandas, hasta depositarla con cuidado en el suelo, sobre sus pies.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz masculina.

Caroline se volvió y vio a un hombre moreno, de rasgos finos y atractivos. Usaba gafas, y tras ellas tenía unos grandes ojos azules de mirada risueña, inteligente y amable, y algo sorprendida en esos momentos. Era un poco más bajo que ella, pero solo un poco, quizá cuatro o cinco centímetros, aunque Caroline estaba acostumbrada al hecho.

Ser mujer y medir más de metro ochenta de altura tenía sus consecuencias, como esa mirada de asombro y sorpresa, tan habitual, las burlas de adultos y niños, las cancioncillas que corrían de boca en boca por el pueblo...

*El gigante de Cornualles
ya tiene pareja,
¡Sí, se llama Caroline!
¡Le alcanza la oreja!
Son enormes sus pies grandes,
su mirada es vieja.
¡Qué grandota es Caroline!
¡Huye, si te deja!*

Al menos, este caballero, aparte del parpadeo inicial al captar sus dimensiones, no puso cara de rechazo. Al contrario, sonrió.

—No me diga que usted es la señorita Mildmay.

—Eh... Sí. ¿Y usted...?

—Oiga, señorita, ¿quién va a pagar este destrozo? —protestó entonces el conductor del coche, que había acudido rápido a mirar la escalerilla—. ¡La ha roto!

—Estaba mal, señor, no es culpa mía. Ha cedido bajo mi peso y... —Tal como la miró, dejó claro que pensaba que pesaba como una tonelada, solo por ser tan alta. Se sintió enorme, mal, como siempre. ¡Y qué vergüenza que le pasara en presencia de aquel caballero!—. No me mire así. Antes han bajado cuatro personas que pesaban dos veces lo que yo, reclámeles a ellos.

—¡Ninguno de ellos la ha roto! ¡Ha sido usted que es larguirucha y enorme como... bueno, como dos mujeres y una maldita vaca! ¡Va a tener que pagarlo! ¡Ay! —se quejó cuando recibió un sombrillazo por detrás. Se volvió y vio a la tía Wallis—. ¡Señora! ¿Quiere que llame a la policía?

—Vuelva a hablarle así a mi sobrina, y tendré que comprarme otra sombrilla —replicó ella, muy digna. El hombre retrocedió—. Tiene suerte de que no se haya caído, desalmado, o quien habría llamado a la policía sería yo. Por suerte, este caballero llegó a tiempo de impedirlo.

El conductor miró al desconocido y se contuvo. No en vano vestía traje de corte impecable, algo que indicaba que era alguien de mucha importancia. Incluso lucía bastón y sombrero de copa.

—Permitan que me presente, señoras, disculpen —dijo él al momento, descubriéndose—. Soy lord Bush Rosegarden, hermano del marqués de Farrose. —Al oír eso, el conductor se aplacó todavía más. Estaba claro que ya lo único que quería era irse de allí, pero lord Bush le clavó una

mirada firme—. Por lo que he visto, señor, ha tenido suerte de que la señorita no se cayera. En cualquier caso, no dude de que voy a dar parte a sus jefes del lamentable estado en que mantiene el coche.

El hombre abrió mucho los ojos.

—Eso no...

—Eso ocurrirá —aseguró el otro, con la misma amabilidad helada—. Y ocurrirá por su desafortunado comentario de la vaca. En otras circunstancias, yo mismo hubiera pagado el arreglo, pero no lo haré, porque ha sido descortés con una dama y eso no se lo consiento a nadie. —El cochero titubeó con ganas de encontrar el valor suficiente para imponerse, pero lord Bush inclinó la cabeza a un lado—. No lo empeore. Baje con todo el cuidado el equipaje de las señoras y váyase.

El hombre gruñó algo por lo bajo, pero se apartó y llamó a otros dos para entregar los bultos que faltaban. Lord Bush se desentendió de ellos y se volvió hacia Caroline y su tía, con una sonrisa de nuevo radiante.

—Solucionado. Lamento el incidente. ¡Y justo a su llegada a Londres!

—Se lo agradezco muchísimo, milord —replicó ella, ruborizada. ¡La habían tildado de «vaca» en su presencia! Bueno, no la habían llamado así exactamente, pero para el caso... Y como tal se sentía en esos momentos, grande y torpe, un espanto. Tuvo que contener las ganas de llorar, no quería derrumbarse ante aquel hombre. Henry le había hablado muchas veces de su buen amigo del colegio y la universidad, lord Bush, o doctor Rosegarden, que era el modo más habitual con el que se refería a él—. Ha sido bochornoso.

—Cierto. —Caroline se sintió peor todavía, pensando que quizá lo decía por ella, hasta que él se encogió de hombros—. Qué se le va a hacer, hay gente que carece de toda educación. Pero sugiero que nos olvidemos de ese hombre, ya ha ocupado más atención de la que merecía. —Se apoyó el sombrero en el pecho, en un nuevo saludo—. Permitan que les diga que soy un buen amigo del señor Claredon, y colega de profesión. He venido a buscarla en su nombre, señorita Mildmay. —Hizo un gesto galante hacia la anciana—. Y a usted, señora Kelton.

—Oh, muy amable. —La tía Wallis sonrió y miró a Caroline de reojo, conminándola a decir algo. Como no fue así, siguió ella misma—: Siempre he estado segura de que el joven Henry se comportaría. Y bien sabe Dios que necesitamos de toda la ayuda posible. ¿Verdad, querida?

—Bueno, no creo que haya que exagerar—protestó con suavidad Caroline—. Venimos de Cornualles, no del África profunda. Y hasta diría que ha sido un viaje bastante agradable, para las circunstancias. En esta época, hemos disfrutado de buen clima y unos paisajes maravillosos.

Él sonrió.

—Veo que suele fijarse en el lado más amable de las cosas. Esa es una virtud escasa, señorita Mildmay. Y tremendamente útil en esta vida, si se desea ser feliz.

—Opino igual, milord. —Sonrió, porque sentía una simpatía instintiva por aquel hombre, pero al momento recordó su situación y miró a su alrededor, considerando cómo podría ver el lado

amable de que su prometido no estuviera allí para recibirla, en ese preciso momento—. ¿Puede decirme dónde está Henry... el señor Claredon?

La expresión de lord Bush se ensombreció.

—Me temo que ha tenido que ir a Cambridge, a unas conferencias en las que había acordado varios encuentros con colegas. Su mensaje llegó demasiado tarde como para cambiar sus planes, pero me ha dejado una nota para usted y el encargo de ocuparme de su bienestar hasta su regreso.

Sacó un papel doblado de las profundidades de aquella chaqueta que debía costar varias veces todo lo que llevaba puesto ella, y probablemente también todo lo que contenían sus maletas, y se lo tendió. Caroline lo tomó. Le costó un poco más de lo debido abrirlo, por culpa de los nervios y los guantes, pero al fin lo extendió y reconoció la letra de Henry.

Empezó a leer con el corazón en vilo.

Querida Caroline:

¿Cómo se te ocurre ponerte en camino sin avisarme antes? Por tu culpa, no voy a poder estar en Londres para tu llegada. Pero no te preocupes, mi buen amigo, lord Bush Rosegarden, se ocupará de ti.

Por favor, no seas caprichosa y haz cuanto él te diga. Durante mi ausencia será quien me represente y te guíe en cuanto sea necesario.

Estaré fuera una semana, hablaremos a mi regreso.

Pero, te lo advierto, Caroline, vas a volver de inmediato a Daisy Village. Debes entender que ahora mismo no puedo centrarme más que en mi profesión, que será el futuro de ambos. Nos casaremos el año que viene, probablemente.

Con todo cariño,

Henry

Caroline analizó rápidamente la carta. Henry recibió su aviso, sabía que iba a llegar, pero no anuló otros planes que consideraba más importantes. Eso sí, la culpa era de ella por no haber avisado con tiempo, tenía que recalcarlo para desarmarla desde el principio. Iba a estar fuera varios días, en los que esperaba que ella no se comportase como la niña caprichosa que debía de pensar que era y, luego, quería hablar... ¿de qué? Porque ya tenía decidido mandarla de vuelta a Daisy Village, un año más.

«Probablemente».

Leyó ese final de frase una y otra vez. Eso le indicaba que, con toda probabilidad, no sería así. La haría esperar un año, y otro, y otro. Los que fueran, hasta que en algún momento cuadrasen sus intereses profesionales y la molestia que le suponía la boda. Si de verdad algo así ocurría alguna vez.

Otra opción era que se excusase cortésmente, si se decidía por fin a romper su compromiso. En otros tiempos lo hubiera considerado imposible, pero ya lo creía muy capaz, pese a todo. Henry había dado su palabra a su padre, en su lecho de muerte, pero también antes había pensado en cómo hacer el bien con la medicina, mientras que ahora los pacientes, sobre todo los más desfavorecidos, le importaban poco.

Había cambiado, mucho. Estaba como obsesionado con querer medrar, con hacerse visible para las clases privilegiadas. Y, quizá por eso, se veía en una situación que le impedía conciliar lo que sentía y lo que debía hacer.

¿Se habría enamorado de otra? ¿Alguien más adecuado para sus proyectos?

Era una clara posibilidad. Londres era enorme y estaba lleno de damas hermosas, algunas muy ricas. La clase de damas que el director de un gran hospital desearía poder lucir a su lado. No la hija de un humilde médico de pueblo fallecido muchos años atrás, por mucho afecto que se guardasen sus familias en un remoto pasado.

Conclusión: definitivamente, Henry no quería casarse, solo se había visto obligado a ello por las circunstancias. Y en cuanto la viera y comprobase el enorme estirón que había dado en los últimos años, haría lo que fuera para dejarla a un lado. O cargaría con ella, si su sentido de la caballerosidad lo obligaba a ello.

Caroline volvió a doblar la carta con cuidado y la guardó en el interior del guante, para releerla más tarde, una vez a solas. Se dio cuenta de que lord Bush la miraba con preocupación. Qué hombre más amable.

—Muchas gracias por venir, milord, pero no era necesario. Podemos arreglárnoslas por nosotras mismas. Solo me gustaría que me indicara algún buen sitio en el que alojarnos. Uno que, también, sea económico —añadió, algo apurada. Tenía un poco de dinero, pero hasta que supiesen lo que costaba vivir en Londres, y qué posibilidades tenía de conseguir un empleo, iban a tener que ser ahorradoras.

Él la miró comprensivo.

—Tranquila, eso ya está arreglado. Les he reservado una suite en The Langham, uno de los mejores hoteles de la ciudad. Mi coche está esperando. Las llevaré allí de inmediato, si me lo permiten.

—¡Oh, Dios mío! —La tía Wallis se cubrió la boca con una mano. Lógico, The Langham solía aparecer en los periódicos como lugar de alojamiento de gentes importantes, por lo que era conocido incluso en el remoto Daisy Village—. Gracias, milord. Es usted muy generoso y considerado.

—No hay de qué. Era lo menos que podía hacer por la prometida de mi mejor amigo y su encantadora tía.

—Oh, lord Bush, no sea malo. —Gorjeó la anciana, ruborizándose. La escena hubiera hecho gracia a Caroline de no sentirse como se sentía.

¿Y cómo se sentía? No estaba segura. Extraña. Vacía. Por eso no protestó más y dejó que lord Bush las condujera hasta su carruaje, un vehículo amplio y tan elegante como él. En su confortable interior se dirigieron a un hotel en el que la tía Wallis y ella no hubiesen podido alojarse por sí mismas ni ahorrando juntas sus rentas durante un centenar de años.

Allí, tras dejarlas al cuidado del mismísimo director del lugar, se despidió hasta la cena, para la que se reuniría con ellas en el comedor.

Capítulo 3

—¡Lord Bush es un joven maravilloso! —Oyó decir a la tía Wallis, que estaba moviéndose de un lado al otro, examinando cada rincón de la lujosa suite. Constaba de dos habitaciones con baño y un igualmente enorme salón central—. Educado, atractivo, inteligente... ¡Y tan elegante!

—Sí, lo es —convino Caroline, aunque apenas le estaba prestando atención. Se encontraba sentada en el borde de la cama, con la nota de Henry entre las manos. Había vuelto a leerla, y varias veces, y todavía no sabía qué hacer, qué medidas tomar.

Cada vez se sentía más y más decepcionada, y más segura de que Henry no quería casarse, y eso era lo único que le importaba, porque lo cambiaba todo, por completo.

Al borde de un precipicio, decidió por fin.

Así se sentía.

—¡Ponte el vestido azul, querida!

La voz de su tía le llegó desde el salón, aunque, si no se equivocaba, estaba acercándose. Caroline suspiró. Como si tuviera otro apropiado para ir a una cena. De hecho, con el suyo, en un lugar tan lujoso como ese, iba a parecer una auténtica pueblerina.

Lo que era, en realidad.

La tía Wallis irrumpió en el dormitorio llena de entusiasmo, pero se detuvo en seco, al verla tan alicaída.

—¿Ocurre algo, Caroline?

—No... —Miró la carta, indecisa. Su tía se dio cuenta.

—Ya... ¿Puedo leerla?

Se la tendió, por supuesto. No tenía secretos con ella y, además, siempre había sabido aconsejarla bien. La vio leer, cada vez con mayor preocupación. Y supo en qué momento concreto decidió que era mejor mentir y seguir hacia delante.

Sin decir nada, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, como cuando era niña, pese a lo mucho que tenía que estirarse para conseguirlo. La tía Wallis apenas superaba el metro y medio de altura, si de verdad llegaba a rozarlo, y era de extremidades cortas y pies y manos pequeños.

Al final, viéndose demasiado forzada, optó por rodearle la cintura.

—Supongo que estás mohína porque te ha reñido —murmuró, tratando de confortarla—. Lo siento mucho, querida. Pero debes entender que, en realidad, Henry tiene razón. Yo misma te lo he dicho un buen montón de veces: has actuado de un modo muy poco correcto, con esta decisión tan irresponsable.

«Irresponsable». Lo único que había hecho por sí misma, rompiendo con todo, y lo tachaban de irresponsable. Pues no se arrepentía, en absoluto, aunque no quería hablar de ello porque saldría todo y todavía no estaba preparada para confesiones.

—Da igual —susurró. Dejó la carta sobre la mesilla—. Creo que no me esperaba otra cosa, tras todo este tiempo.

—Eh... Lógico, querida. —Le palmeó la mano, intentando consolarla—. ¿Sabes qué? Aprovechemos hasta la vuelta de Henry para ver Londres, antes de regresar a Daisy Village. Seguro que lo disfrutaremos mucho. Hasta podemos conseguirte algo de ropa elegante. Pareces desgarrada porque siempre tienes que vestir con lo que cose Dorothy Banks, que no tiene mano para la costura y que, además, te tiene envidia.

—¿Me tiene envidia?

—Claro que sí. Pese a tu... —¿Lacra? ¿Defecto? ¿Estigma, imperfección? ¿Qué palabra habría cruzado la mente de su tía, pero que evitó cuidadosamente mencionar?—. Bueno, a tu altura, eres preciosa, Caroline. Tienes un rostro muy bello y unos ojos maravillosos, además de un cuerpo bien proporcionado. Y ella está gorda y es muy fea, por más que tenga un tamaño más aceptable. —Caroline se mordió los labios y no dijo nada. Su tía se puso en pie—. Vamos, tienes que arreglarte. Te ayudaré.

Bajar al comedor y simular normalidad era lo último que deseaba Caroline en esos momentos. Con gusto se hubiese quedado en la habitación, y sin cenar. No quería acudir a la cita, no por lord Bush, con quien simpatizaba mucho, sino porque no estaba de humor. Pero era inútil mencionarlo, porque no asistir hubiera sido una falta de educación enorme, dado el lugar en el que las había alojado. Además, estaba tan cansada que no tenía ni fuerzas para intentar oponerse.

De modo que se bañó en una tina maravillosa alimentada por agua corriente y se vistió con ayuda de su tía. Dejó también que le arreglara el pelo y, cuando terminó, pensó que parecía una bonita campesina con el pelo trenzado en diadema y un traje barato que al menos combinaba con sus enormes ojos azules.

Solo cuando se puso en pie, el espejo reflejó que era una bonita campesina gigante. Y, pese a intentar mostrarse indiferente frente al mundo, incluso a luchar por sentirse indiferente para sí misma, cada vez que ocurría algo así se le desgarraba un poco más el alma. Porque le quedaba muy claro que, por más que se esmerase en cuidar su aspecto, aquello no tenía solución.

Bajaron puntuales, pero lord Bush ya estaba esperando cerca de la entrada del comedor, tan elegante y guapo como esa tarde. Caroline lo vio nada más empezar a descender por las escaleras. Él no se dio cuenta, porque justo se estaba limpiando las gafas con un pañuelo muy

blanco, lo que acentuaba su aire intelectual. Parecía tan sensible, tan amable...

—¡Lord Bush! —exclamó la tía Wallis a su lado, agitando en el aire la mano con la que sostenía el abanico—. ¡Estamos aquí!

De haber habido más de un lord Bush en cien metros a la redonda, seguramente la hubieran oído todos ellos. Los empleados y los clientes del hotel miraron hacia allí, primero con sobresalto, luego con aire de censura. Lord Bush, por el contrario, se limitó a sonreír divertido. Sus ojos brillaron al fijarse en Caroline.

—Señorita Mildmay, está usted preciosa —dijo, con una inclinación, y parecía sincero—. Usted también, tía Wallis. —Sonrió, besando su mano—. ¿Puedo llamarla así?

Ella se echó a reír.

—Oh, por supuesto que sí, milord.

—Estupendo. Hace que me sienta todavía más en familia. —Señaló hacia las grandes puertas del restaurante—. Por aquí, por favor.

Los estaban esperando porque, nada más entrar en el elegantísimo local, les salió al camino un individuo muy elegante. El *maître*, según les explicó más tarde su anfitrión, y lo llamó Bernard. El hombre, que conocía bien a lord Bush y se mostraba obsequioso con él, los llevó hasta su mesa, situada en un rincón encantador.

Las luces eran eléctricas, tenues, aunque había velas en las mesas, para dar un toque romántico. Cada detalle estaba cuidadosamente escogido, y un pianista colocado en una pequeña tarima tocaba el *Claro de luna* de Beethoven. Ni Caroline ni su tía habían visto nunca jamás tanto lujo, ni de lejos imaginaban una vida así, pese a las viñetas de los periódicos o las mansiones que podían admirarse cerca de Truro. Y, cuando lord Bush pidió champán, ambas abrieron los ojos como platos.

—¿Antes de empezar a cenar? —preguntó la tía Wallis. Lord Bush sonrió.

—Y también durante la cena, si les apetece.

Ella se tapó la boca con una mano, para ahogar una risilla.

—Oh, seguro que me voy a achispar.

Lord Bush lanzó una risa que a Caroline le sonó muy musical.

—Lo importante, tía Wallis, es que siga sonriendo —replicó, galante. Aceptó la carta cuando se la tendió el *maître* y preguntó—: ¿Quieren que pida por ustedes?

—Pues... —Caroline miró la suya. Tenía un listado no muy amplio pero sí variado, con numerosos términos en francés y alemán. Ella sabía algo del primero, pero apenas nada del segundo, y su tía Wallis, nada en absoluto, como indicó su mirada desvalida—. Se lo agradeceríamos, la verdad.

—Muy bien. ¿Qué prefieren, carne o pescado? ¿Y quizá una sopa o una ensalada de entrante...? ¿Algo de caviar?

Decidir qué pedir y hacerlo les llevó varios minutos, en los que poco a poco se fue aliviando la tensión inicial. Lord Bush era demasiado tranquilo y demasiado agradable como para sentirse

incómoda con él por mucho tiempo. La tía Wallis, quizá porque tenía un mayor conocimiento del género humano, se había relajado desde el principio, pero ella no tardó en sentirse igual.

Lord Bush les habló un poco de su familia, que ya, con los cuatro datos que dio, a Caroline pareció algo peculiar, aunque se contuvo de hacer preguntas porque no quería parecer una entrometida. Se extendió más en cuanto a su vida en Londres, sobre todo al hablar de su labor en la consulta del doctor Mayers.

Tal como les contó, John Mayers había sido el médico de los Rosegarden durante los últimos veinte años, en concreto desde la muerte de su tío, que lo había sido antes. Por eso, cuando lord Bush acabó los estudios y llegó el momento de que adquiriese una práctica, le pidieron que lo tomase a su cargo y él aceptó encantado.

Con él, había admitido a Claredon, puesto que los dos muchachos eran inseparables. Por aquel entonces, ambos compartían el maravilloso sueño de desear mejorar el mundo, de ayudar a gentes que estaban en una situación difícil. ¡Querían ser médicos para aliviar tantos y tantos males!

—Sí, ese es el Henry que recuerdo —dijo Caroline. El que recordaba y el que creía haber amado—. Pero, últimamente, en sus cartas solo habla del Hospital Claredon, reservado solo para los más privilegiados. Un lugar en la campiña, pero cerca de Londres, para que las clases altas puedan disfrutar de un lujoso retiro mientras los mejores médicos del país se ocupan de sus enfermedades o achaques. Incluso, según él, podrían ir sin estar enfermos, para relajarse como si se tratara de un balneario. Le ha contado todo eso, ¿verdad?

Lord Bush titubeó.

—Cierto. No sé, ese proyecto se le ocurrió hará un par de años y no parece que se le vaya de la cabeza. Ahora dice que todos tenemos derecho a unas atenciones adecuadas, y que, además, con lo que gane en su hospital podrá poner otro más pequeño, en el mismo Londres, con unos médicos dedicados a hacer caridad. —Se encogió de hombros—. No deja de tener razón.

—No. Pero de ese segundo hospital a mí no me ha hablado nunca, y no sé si creer que se plantea su existencia. Además, antes nunca pensaba en esas cosas, no le importaba tanto el tener fortuna o el relacionarse con nobles. De hecho, empezó a interesarse por la medicina en sus charlas con mi padre, que era el médico de Daisy Village.

—Lo sé, me lo ha dicho. Admiraba mucho a su padre.

—Así es. Y mi padre era el hombre más generoso que ha habido en el mundo; si algo podía hacer por un enfermo, lo hacía, aunque tuviera que pagar él las medicinas. Henry lo tenía en la más alta estima, lo consideraba una especie de héroe y quería ser como él. Ahora, sin embargo...

—Caroline jugó unos segundos con la comida, antes de seguir—. ¿Sabe usted si ha conocido a alguien? ¿Quizá alguna dama a la que quiera impresionar?

—¡Caroline! —la riñó su tía—. ¿Cómo se te ocurre? No deberías poner a lord Bush en semejante compromiso.

—No se preocupe, tía Wallis, no me importa. Prefiero que seamos sinceros, siempre me jacto

de no mentir, jamás, al menos en lo importante, claro. Una mentirijilla piadosa de vez en cuando suele ser necesaria, pero no es el caso. Y le digo la verdad, no lo sé. Ni siquiera se me había ocurrido pensar en algo así. Yo... —Hizo una mueca y se contuvo—. Creo que debería hablarlo con él.

—Lo haré, desde luego.

Estaban tomando el postre cuando Caroline tuvo que ir un momento al tocador de señoras. Tanto al ir como al volver, fue consciente de cómo la miraban desde las otras mesas, tanto por lo desafortunado de su vestido como por su altura, y de que lord Bush también reparaba en ello, aunque él no pareció darle mayor importancia.

Ella tampoco le concedió más atención, de hecho hasta lo olvidó, cuando vio que no estaba la tía Wallis.

—¿Y mi tía? —preguntó, sorprendida. Lord Bush, como buen caballero, estaba de pie, esperando a que se sentase.

—Dijo que estaba muy cansada del viaje, y el champán le estaba dando mucho sueño. Ha decidido retirarse, le pide disculpas.

Ja. Como si no la conociera. Había decidido dejarle la oportunidad de intimar un poco a solas con aquel atractivo hermano de un marqués, para el caso de que Henry, en verdad, quisiera romper su compromiso. Y Caroline no podía negar que la idea la tentaba, mucho. Aquel hombre le gustaba de un modo especial, una forma que nunca había sentido hasta entonces. Estaba sorprendida y confusa, y algo asustada, a qué negarlo.

—Debería ir con ella —murmuró, indecisa.

—Por supuesto, si lo desea. Pero ella ha insistido en que está bien, solo cansada. Quiere que termine usted la cena, y da la casualidad de que a mí no me gusta comer solo. —Señaló su silla con un gesto galante—. ¿Le importaría acompañarme?

—¿En el comedor de un hotel? ¿Usted y yo a solas? —Caroline sonrió—. Está cortejando al escándalo, lord Bush.

Él se echó a reír.

—No se sorprenda. Es lo que ha estado haciendo mi familia desde hace generaciones. Por desdicha, no necesita preocuparse. La han visto con su tía, y ambas están alojadas aquí, en una suite, mientras que yo me iré en cuanto terminemos. —Agitó la cabeza, falsamente apesadumbrado—. Me temo que daremos poco que hablar.

Caroline se echó a reír. Asintió, para mostrar su acuerdo, y se sentó. Él la imitó y se miraron desde la distancia impuesta por la mesa, adornada con rosas e iluminada por el resplandor de un candelabro con velas.

—Si no es indiscreción —preguntó él, de pronto—, ¿cuánto mide usted?

Caroline lo observó atónita, rota toda su ensoñación romántica como si hubiese sido una burbuja de jabón.

Por lo general, la gente solía disimular por pura cortesía, como si no se diesen cuenta de su

tamaño excesivo, como si todo fuese normal. Luego, claro, estaban los que miraban de reojo, entre cuchicheos, y también la chiquillería horrible de Daisy Village, con sus cantinelas.

Pero lord Bush había hecho la pregunta con educación y serenidad, y se lo veía de verdad intrigado. Quizá estaba interesado en el tema porque era médico.

—Metro ochenta y tres. —Sonrió con tristeza—. Es una suerte que la tía Wallis se haya marchado, porque, cada vez que lo digo, gime desesperada.

Él le devolvió la sonrisa.

—Ja, puedo imaginarla. Es usted, sin duda, la mujer más alta que he visto en toda mi vida —afirmó—. Pero no creo que sea algo para lamentarse. Sí que es verdad que, en algunos casos, un crecimiento anormal indica una mala salud, pero usted parece una mujer sana, sin ninguno de esos síntomas. Es, simplemente, alta. Tres centímetros más alta que yo, para ser exactos.

Ella lo observó con curiosidad.

—Y eso ¿lo hace sentir incómodo? ¿Intimidado?

Lord Bush la contempló a su vez un par de largos segundos, y abrió y cerró la boca, dando la impresión de que había pensado decir algo diferente a lo que al final expuso:

—En absoluto, señorita Mildmay —afirmó, y parecía sincero—. Y va a poder comprobarlo usted misma sin atisbo de duda, porque dentro de dos días se casa uno de mis hermanos, lord Bramble. La boda se celebrará en la mansión familiar, Rosegarden Park, que está a una media hora en carruaje desde Londres, hacia el norte. Como Claredon las ha dejado a mi cargo, me gustaría mucho que su tía y usted vinieran conmigo a pasar allí unos días. Disfrutarán mucho con la fiesta y, se lo aseguro, todos los alrededores son realmente preciosos.

—Oh... —Caroline buscó aturdida algo que decir. Por supuesto que la idea la seducía, y mucho. ¡Unos días invitadas en la mansión de un marqués! ¡Seguro que todo sería elegante y precioso! Un sueño, como lo era estar en ese hotel. Pero recordó que ese vestido de noche que llevaba era el único que tenía, y que ni siquiera era del todo aceptable para esa cena en la que se encontraba. ¿Cómo iba a serlo para una boda de tal envergadura? Y qué decir del resto de su ropa, que compartía idénticas cualidades—. Lo siento. Me va a resultar imposible.

—¿Por qué? Tenemos que esperar a Claredon, y yo no puedo quedarme en Londres. Vengan conmigo, por favor. Como le digo...

—Pero, milord... —Caroline suspiró, avergonzada—. No insista. Me obliga a reconocer que no tengo ropa adecuada para algo así. Esto que llevo es lo mejor de que dispongo, y estoy segura de que, en este comedor, quienes no me han criticado por mi altura lo han hecho por mi atuendo.

—Oh. —Lord Bush parpadeó tras sus gafas—. Bueno, no se preocupe por eso. Haré que mañana le traigan a la suite una buena selección de trajes para toda la semana. Estoy seguro de que mis hermanas y mi cuñada encontrarán algo apropiado en sus más que bien surtidos armarios.

Caroline lo miró con intención.

—Y yo estoy segura de que no será así.

—¿Y eso...? Ah, lo dice por su altura. —Lord Bush asintió, como si estuviesen tratando un tema poco importante—. Eso también tiene solución. Les pediré que avisen a su modista, y la llevaré a verla. Tendrá una tarde agitada, entre prueba y prueba, pero seguro que para pasado mañana estará todo listo.

—¿Qué dice? ¿Se da cuenta de la cantidad de molestias que tendrían que tomarse sus hermanas y usted? Imposible. No puedo aceptarlo.

—Claro que sí. Por favor, se lo ruego. Tenga compasión de mí. Si no acepta, tendré que quedarme en Londres para asegurarme de que todo le va bien, o me va a remorder la conciencia el resto de mis días.

—Ni se le ocurra. Tiene que ir a la boda de su hermano.

—No iré si no va usted.

Estaba decidido, lo decía su expresión terca. Sería capaz de excusarse con su familia y no ir, solo porque su caballerosidad le impedía dejarla sola en Londres.

—Oh, está bien. —Sonrió, agradecida—. Gracias, lord Bush. Es usted muy amable.

—En absoluto. Porque voy a pedirle algo a cambio.

«Un beso», pensó ella, absurdamente, y le dio un vuelco el corazón.

Menuda bobada. ¿Quién hablaba de besos? ¿Quién pensaba en besos? ¿Por qué estaba pensando en besos? ¿Y por qué, de pronto, le resultaba tan difícil apartar la vista de los labios de lord Bush? De su boca, tan fina y varonil, tan atractiva...

«No la mires, tonta». Caroline se centró en su plato y trató de mostrarse mundana. «Ningún hombre quiere ponerse de puntillas para besarte».

—Por supuesto, si está en mi mano —murmuró—. Usted dirá...

—No se preocupe. Es solo que me encantaría que me reservase el primer vals, señorita Mildmay. —Los ojos de lord Bush brillaron. ¿Se estaba dando cuenta de su apuro? Eso parecía—. Estoy convencido de que, usted más alta, yo más bajo, haremos una pareja de baile de lo más interesante. Puedo asegurarle que todos los hombres me envidiarán a mí, aunque no se atrevan a decirlo, y a usted... Bueno, también lo hará alguna que otra mujer, espero.

Caroline no pudo por menos que lanzar una carcajada.

—¡Más de una, no sea humilde, sabe que es usted muy atractivo! —Abrió los ojos, algo espantada. ¿De verdad había dicho eso? Estaba claro que también se había excedido con el champán. Como él parecía divertido, y hasta satisfecho, Caroline carraspeó y trató de dirigir la conversación por otros rumbos—. ¿Está seguro de todo esto? No sé, seamos sinceros, solo lo conocemos a usted. Quizá su familia se moleste, si lleva a unas extrañas con usted.

—En absoluto, no se preocupe. —Descartó también la idea con un gesto de la mano que sostenía el tenedor—. Habrá muchos otros invitados. Incluso, tengo entendido que vendrá lord Morgan Herrick, el...

—¿El duque de Lark? —terminó ella, entusiasmada—. ¿El político y escritor? ¿En serio?

—El mismo —replicó lord Bush, divertido por su arrebató—. ¿Lo conoce?

—Por supuesto. Bueno, a él no, claro, solo su obra. En Daisy Village no hay librerías, es demasiado pequeño, pero mi padre tenía contacto con un par de libreros en Londres, que le mandaban todo lo que pedía y lo mantenían al tanto de las novedades. Cuando él murió, les escribí para que siguieran haciéndolo conmigo.

Él sonrió.

—Apuesto a que se pasa el día leyendo.

—¿Qué otra cosa se puede hacer en Daisy Village? Leer era lo único que me permitía escapar de allí, aunque solo fuera en alas de la imaginación. Los libreros siempre me enviaban las novedades más interesantes, y yo les pedía cuanto me era posible. Por eso conozco al duque de Lark. He leído sus dos novelas y el libro de poesías, *Las lamentaciones de Peter Childhood*. Me encantaron.

—A mí también. —Se sonrieron, y hubo algo curioso, una sensación de enlace, de acercamiento, de haber establecido un contacto más profundo entre ellos a través de sus pupilas. Pasó fugaz, pero la sensación quedó fija, como un regusto agradable—. Mi hermano Bram está haciendo gestiones para comprar un teatro, *The Magic*, y ha empezado a recabar amistades entre gentes del arte y la literatura. No hace mucho le presentaron a lord Lark, por lo que le ha enviado una invitación, y por lo que parece ha aceptado. Yo no contaba mucho con ello, porque es de sobras conocido que no simpatiza demasiado con nosotros, los Rosegarden, pero...

Lo miró sorprendida.

—¿Y eso?

—Bueno... Me temo que algo de razón tiene. Mis dos hermanos mayores han tenido una juventud un tanto alegre. Pero, por suerte, señorita Mildmay —le rellenó la copa, con una expresión de ecuanimidad tan graciosa que Caroline rio entre dientes—, ambos han conocido el amor y han sentado la cabeza.

—Oh, eso está bien. Como dice mi tía, el amor todo lo redime y a todo le da sentido. ¿Y usted, milord? —Se oyó preguntar, antes siquiera de pensar bien lo que decía—. ¿Está comprometido? ¿O también es de juventud alegre? —Se mordió los labios—. Oh, Dios, perdón. Pensaré que soy una impertinente.

—No se preocupe, no me incomoda la pregunta —replicó él, riendo—. No, no tengo compromiso alguno. Todavía. —La palabra hubiera podido ir en la misma frase, pero por alguna razón surgió independiente, suelta, y flotó hasta Caroline, llenándola de sensaciones—. Mi profesión me ocupa demasiado tiempo.

—Ya. Como a Henry... Al señor Claredon —añadió, más correcta. Lord Bush la miró comprensivo.

—Sé que está enfadada con él, pero le aseguro que Claredon... —Lord Bush titubeó. El modo en que apartó la vista le indicó que estaba buscando la manera de no mentir, pero evitando una verdad incómoda—. Estoy seguro de que, de haber tenido tiempo, hubiera cancelado todas sus citas. Pero ya resultaba imposible.

Caroline sonrió.

—Es usted un buen amigo, milord, y un hombre listo que sabe cómo escoger sus palabras. Pero hace bien en no mentir nunca, porque sería un mal mentiroso. —Lord Bush apretó los labios—. Perdone. Usted sabe que no intentaba ofenderlo, al contrario, ambos puntos lo honran. —Él asintió, aunque con pesar—. Pero Claredon no nos quiere aquí... no me quiere aquí. Y, en cuanto me vea, cuando vea el... —«El monstruo en que me he convertido», era su frase, pero la suavizó— el modo en que he crecido, será todavía peor. Insistirá en que me vuelva a Daisy Village. Dirá que solo es por ahora, que debemos esperar al año que viene, y luego al otro... Pero yo no quiero esperar más.

—Es usted muy joven. Puede que...

—En Daisy Village las muchachas se comprometen jóvenes y para los dieciocho como muy tarde ya están casadas, incluso a veces ya tienen uno o dos hijos. Yo voy a cumplir veintiuno y sigo esperando. Y empiezo a pensar que la cosa va a seguir así hasta que Henry reúna el valor necesario para romper nuestro compromiso. —Recordó las risas que había oído en el mercado, los chismes sobre que, en realidad, Claredon la había abandonado, porque, ¿quién iba a querer casarse con semejante esperpento? ¡Solo el gigante de Cornualles!—. Por todo eso, me consideraban ya una solterona. Y por todo eso, llevo más de un año deseando irme de allí.

Él sonrió, gentil.

—Por fin lo ha conseguido.

—¿Está seguro? Claredon quiere que me vuelva a Daisy Village y me siente a esperar, junto a la chimenea.

—Sí, imagino...

—Pero eso no va a ocurrir. Ya no puede ser. —Se mordió los labios. Le resultaba más fácil hablar de eso con lord Bush que con su tía, que pondría el grito en el cielo en cuanto se enterase—. He vendido la casa del pueblo.

—¿Qué? —La miró con sorpresa, y algo de alarma—. ¿Su casa? ¿La de Daisy Village?

—Sí... Así que ya no puedo volver. Si Claredon no me quiere a su lado, iniciaré en Londres una nueva vida por mi cuenta. Sé que podré hacerlo: encontrar un empleo, buscar un sitio donde mi tía y yo podamos ser felices, salir juntas adelante... Sé que podremos conseguirlo. Pero, no voy a negarlo, me apena mucho. Todo ese tiempo perdido, todos esos sueños rotos... De jovencita, estaba muy enamorada de Claredon, el guapo estudiante de Medicina con el que algún día iba a casarme; y ese amor, real o ilusorio, me ha dado fuerzas todos estos años, ¿sabe?

Se sentía tan triste que se le llenaron los ojos de lágrimas. Lord Bush dejó el tenedor y extendió el brazo para tomar una de sus manos. La oprimió con cariño.

—No sabe cuánto lo lamento, señorita Mildmay. Es...

—¡Hola, Rosegarden! —dijo la voz de un hombre, gangosa por el alcohol—. Vaya, vaya... ¿Qué haces tú aquí?

Capítulo 4

Lord Bush y Caroline separaron sus manos al instante, como si se hubiesen quemado, y volvieron los rostros hacia el individuo que había hablado, justo a tiempo de ver que una pareja se detenía junto a su mesa.

El joven, muy elegante aunque algo desastrado y evidentemente ebrio, era muy guapo, con una mata de abundante cabello rubio y unos enormes ojos de gato, rasgados y de un azul muy claro, casi metálico. La mujer, que tenía un aspecto algo extraño, como si su forma de moverse no correspondiese al elegante vestido que llevaba, miraba divertida a los hombres. Había en sus pupilas un descaro que Caroline encontró incómodo.

—Hola, Darney —contestó finalmente lord Bush. Recuperó los cubiertos y los agitó con ambas manos—. Pues ya ves, cenando.

—Ya, claro... —El llamado Darney miró a Caroline con la sensualidad de un libertino, aunque la borrachera impidió que resultase siquiera lejanamente seductor—. ¿Y no vas a presentarnos a tu amiga?

—Si lo crees necesario... Señorita Mildmay, este es lord Charles Cherry, conde de Darney y heredero del marqués de Greyrock. —Hizo un gesto hacia la pareja de Darney, pero sin mirarla—. Desconozco el nombre de su... acompañante.

El conde de Darney pareció sorprenderse al descubrir que tenía una mujer colgada del brazo.

—Oh, sí, cierto... Ella es... —Inclinó la cabeza para mirarla de lado, indeciso—. ¿Molly?

—¡Nelly! —protestó la joven, irritada.

—Eso. —La señaló con un gesto—. Es Nelly.

—Hola, Nelly. —Lord Bush miró a Darney con el ceño fruncido—. ¿Y dónde está lady Pamela, si puede saberse? ¿No es a ella a la que deberías traer a un lugar como este?

El conde masculló una maldición.

—Esa es una buena pregunta —replicó, claramente irritado—. Bueno, son dos, pero me refiero a la primera. ¿Sabes que el idiota de tu hermano consiguió que Pam rompiese su compromiso conmigo? No sé qué demonios le contó, o qué hizo, pero me abandonó sin mayores explicaciones y se ha ido a viajar por Europa. A intentar reponerse del disgusto, según me

dijeron en su casa cuando intenté verla. ¿Reponerse? Maldita sea, ¡tu hermano y ella se estaban acostando juntos a mis espaldas, me estaban engañando y encima es ella la que me deja a mí! ¿Cómo se atreve?

Caroline abrió mucho los ojos. Lord Bush frunció más el ceño.

—Baja la voz. No creo que sea necesario que todo Londres se entere de tus asuntos. Y menos, cuando son tan lamentables.

El otro se tambaleó ligeramente sobre sus pies.

—Supongo que no. Si mis acreedores descubren que ya no estoy comprometido con Pam, se me pueden poner las cosas muy difíciles. —Le palmeó el hombro—. Y, al fin y al cabo, tú no tienes la culpa. Eres el Rosegarden aburrido, el que nunca miente y jamás se ha corrido una buena juerga. Cuando decida qué hacer, será a tu hermano a quien me dirija, no te preocupes. —Lo meditó un poco más, con su torpeza de beodo—. Aunque no sé para qué. Retarlo a un duelo está descartado, seguro que me mata... Yo lo único que he sabido utilizar como arma ha sido un maldito salero. ¡Eso sí, le rompí la crisma! ¿Conoces la historia?

—Oh, por Dios... —Lord Bush cerró los ojos como pidiendo un poco de paciencia—. No digas más tonterías, Darney. Vete a casa, anda.

—A casa... Imposible, mi padre está demasiado enfadado conmigo. Contaba con vender mi polla a los Willmore para engrosar un poco las escuálidas arcas de la familia, ¿sabes? —Nelly lanzó una carcajada de lo más ordinaria y Caroline se puso roja como una amapola, pese a que había tenido que suponer el sentido del término, que jamás había escuchado antes—. Hasta nueva orden, estoy desterrado de Greyrock Manor. ¡Ja! Ahora vivo aquí, como un paria. Por culpa de tu hermano...

—Pues sube a dormir la borrachera. Y dile a Nelly que se vaya antes de que te metas en más problemas. Si tu padre se entera de que traes aquí mujeres del Porte de la Gloire, te va a poner las cosas todavía más difíciles.

Lord Darney lo miró sorprendido y se echó a reír.

—¿Así que la conocías? ¿No habías afirmado que no?

—No. Dije que no sabía cómo se llamaba. Pero la había visto, sí.

—Y bien que me ha visto, de arriba abajo, ya se lo digo yo, milord. —Aportó Nelly, con una carcajada de lo más vulgar, a la que se unió el otro.

—¿En serio? —Lo miró divertido—. ¿Lord Bush Rosegarden, en un burdel? ¡En qué mundo vivimos! —Rosegarden abrió la boca para replicar, pero el conde de Darney no le dio tiempo—. Oye, dado que tú ya has montado a mi amiguita, ¿no sería justo que yo montara a la tuya? —Caroline, que ya se sentía más que abochornada, abrió desmesuradamente los ojos y se ruborizó todavía más—. Vamos, subid con nosotros a mi suite. —Extendió una mano hacia Caroline, con la clara intención de tocarle el pelo—. Podemos divertirnos mucho los cuatro...

—¡Darney! —protestó lord Bush, poniéndose en pie y paralizando a su amigo. Miró con disimulo las mesas de los alrededores, desde las que los observaban con curiosidad y

desconcierto—. Aparta esa mano y cuida la maldita boca. No comprometas en público a la señorita Mildmay.

—¿Yo? Eres tú quien está cenando con ella a solas en el restaurante de un hotel, idiota. ¿Qué conclusión esperas que saquen quienes te están viendo? Pues que lord Bush está aquí con su esposa o con su amante, y todo el mundo en este maldito imperio sabe que no tienes esposa.

—Basta. Te digo que...

—Milores, ¿puedo ayudarlos en algo? —preguntó el *maître*, que se había acercado con cara de ansiedad. Caroline supuso que un conflicto entre nobles en su comedor podía provocar su despido si no lo manejaba de tal modo que nadie saliera ofendido. Algo que parecía bastante difícil en esos momentos.

—No —dijo el conde.

—Sí —dijo a la vez lord Bush, rotundo. Se miraron—. Lord Darney está un poco indispuerto. ¿Pueden ayudarlo a llegar a su habitación? Si hay problemas, puedo avisar de inmediato a su padre.

La amenaza no podía ser más evidente. Charles apretó la mandíbula y lo fulminó con la mirada.

—Estoy perfectamente —dijo, y tiró de Nelly—. Vamos, Dolly, subamos a la suite. No necesitamos a nadie más para organizar una buena fiesta.

Se alejaron, sin más despedidas. El *maître* se disculpó con lord Bush y fue a hablar con el director del hotel, al que debían haber avisado porque llegó en ese momento. Ambos hombres miraron consternados a lord Darney, que enfilaba hacia la escalera con la ayuda de su poco apropiada acompañante.

Lord Bush volvió a sentarse.

—Lo lamento, de verdad —se excusó con torpeza—. Siempre es... bueno, así, pero eso no justifica sus groserías.

—No se preocupe. ¿Es amigo suyo?

—En parte, sí. Pero porque es amigo desde siempre de mi hermano, el que va a casarse. De hecho, Bram conoció a su futura esposa, Tess, gracias a Darney. —Titubeó, serio—. Me encantará contarle esa historia, pero tendrá que ser en otro momento. Ahora mismo, lo más aconsejable es que se retire.

—¿Que me vaya?

—Eso es. Tiene que ponerse de pie, despedirse y subir a su suite, de inmediato. Yo me quedaré aquí un rato y luego saldré de forma evidente. Así nadie podrá decir que... bueno, que tenemos una aventura.

—Una aventura. Usted y yo...

—Así es. —Se miraron, incómodos, con repentina timidez—. Algo imposible, puesto que Claredon es mi mejor amigo.

—Por supuesto. Imposible.

Caroline carraspeó.

—Bien, entonces... —No había más que decir. Se puso en pie. Él se levantó también, al momento, cortés—. Será mejor que me retire. Gracias por la cena, milord. Estaba todo delicioso.

—Ha sido un placer, señorita Mildmay. Espere... —la llamó en el último momento, cuando apenas había empezado a girar para irse. Caroline lo miró. Sus ojos se habían vuelto tormentosos—. Eso del... Lo del burdel, el Porte de la Gloire, tiene una explicación.

—Oh. —Caroline se ruborizó—. No tiene por qué dármele, milord. Es su vida y yo no...

—No, no quiero que piense que yo sería capaz de frecuentar por gusto esa clase de sitios. Yo no soy así —concluyó con sencillez, y ella le creyó y se alegró mucho de poder hacerlo—. Pero el doctor Mayers, para quien trabajo, tiene un acuerdo con algunos burdeles importantes que buscan ofrecer cierta seguridad a sus clientes, todos ellos gentes de la alta sociedad. Así, nos ocupamos de dar indicaciones para que haya los menos contagios posibles, de hacer exámenes de forma habitual para prevenir problemas y de apartar a las jóvenes enfermas, de haber habido ya una infección.

Caroline asintió. Pensó en todas esas mujeres condenadas a vivir una vida espantosa, siempre al borde de ser víctimas de enfermedades terribles. Se alegraba de que, al menos, algunos médicos procurasen mejorar sus condiciones. Aunque solo fuera porque querían proteger a la alta sociedad. Seguro que esa era la única intención del mencionado doctor Mayers.

—Es una buena labor —dijo de todos modos.

Él vaciló durante un largo segundo, y Caroline se preguntó si no estaría pensando exactamente lo mismo que ella.

—Eso creo, sí.

—¿Henry también...?

—No, no. El doctor Mayers nos ofreció ayudarlo en esas labores, pero Claredon nunca quiso hacerlo. En su lugar, acudía a algunos centros de caridad, donde atendía a los indigentes, pero ya ni eso. Ahora, ya sabe, prefiere otros... rumbos para su carrera.

Caroline lanzó una risa seca.

—Ya me lo imagino. Seguro que sus casos preferidos son los relacionados con la alta sociedad. —Lord Bush no contestó. Caroline lo tomó como una respuesta afirmativa—. Gracias por explicármelo.

—Gracias a usted, por escuchar. —Se sonrieron—. Ahora debe irse. Espero que descanse bien. Mañana le mandaré recado con el resultado de las gestiones con mis hermanas y pasaré a buscarla para llevarla a la modista.

Ella asintió y se alejó. Si lord Bush la observó mientras se dirigía a la puerta y salía del comedor, no pudo saberlo.

No se dio la vuelta.

Capítulo 5

—Os juro que voy a matarlo —dijo Bush, cruzado de brazos, en el despacho de su hermano mayor, Thorn, en Rosegarden Park. Acababa de contarles lo que había dicho y hecho Claredon tras recibir la carta de su prometida, y el modo en que la pobre señorita Mildmay penaba porque no podía organizar una vida de familia—. Ponerme en esta situación...

Había llegado poco antes de la hora del té, acompañado de sus dos invitadas. Ambas habían acudido al gran salón de la mansión con cara de susto, temerosas de cometer un error que hiciera que todos aquellos nobles que tan extraños les resultaban se volvieran en su contra. No se sentían a su altura...

Sonrió para sí, al pensar en la ironía de la expresión. A su altura. En ese tema, la gran ganadora hubiera debido ser la señorita Mildmay, que no alcanzaba a Thorn, el más alto de los Rosegarden, por poco. Bram era más o menos como ella y Bush unos centímetros más bajo.

Y, por eso, la señorita Mildmay temía no encajar, o ser considerada un monstruo... ¡Qué absurdo! De no tratarse de la prometida de Claredon, le hubiese dicho que, al verla en la parada del coche de postas, había pensado que cómo era posible que existiera una mujer así. Que fuera humana.

Para él, su primer pensamiento fue que se trataba de una diosa vikinga.

Porque Caroline Mildmay tenía una belleza que quitaba el aliento, heredada de alguna antepasada nórdica, elegante y aristocrática. Semejante altura podría haberla hecho desgarbada, pero, muy por el contrario, caminaba y se movía siempre con una gracia especial que la volvía majestuosa. Su rostro, de rasgos finos, bellos, y sus grandes ojos azules terminaban de darle aquel aire de valquiria que lo tenía obnubilado.

Bush no había mentido: nunca había visitado un burdel como cliente, el negocio carnal era algo que le desagradaba mucho. De hecho, había tenido pocas relaciones amorosas en su vida. Demasiado ocupado con sus estudios y su trabajo como para plantearse nada que le llevase tiempo, había tenido pocas amantes durante los últimos años, mujeres ilustradas a las que conocía en tertulias y con las que compartía intereses intelectuales, pero nada más.

De haberse enamorado... Pero algo así no le había ocurrido, así que se limitaba a pasar un par

de tardes por semana con alguna amiga, disfrutando de una relación sin compromisos y de una buena conversación.

No lo sabía nadie, ni Thorn ni Bram, ni mucho menos sus hermanas. Tampoco lo sabía Claredon. Bush era muy celoso de su intimidad.

Pero lo que había sentido con las mujeres con las que había compartido cama y goce no tenía nada que ver con lo que experimentaba cada vez que la señorita Mildmay lo miraba desde su altura y sonreía.

Thorn, sentado tras el escritorio, agitó la cabeza.

—Igual alguien le contó lo que había pasado con su prometida, que se había convertido en... —Carraspeó—. No sé, una mujer muy alta. Y quizá por eso la evita, mientras decide qué hacer al respecto.

—Eso puede ser —asintió Bram—. Conozco más de un idiota que cree que tiene que ser más alto que su pareja, para no ver comprometida su hombría.

Bush repasó mentalmente la última conversación con él. Todo giraba, simplemente, en torno a que todavía no quería casarse, porque prefería enfocarse en su trabajo.

—No creo que lo sepa...

—Mirad, ahí está —dijo Bram, caminando hacia el fondo del despacho—. Bueno, ahí están —se corrigió, con una nota de deleite en la voz—. Nuestras mujeres.

Tras la mesa de Thorn, una gran cristalera enmarcada por cortinajes permitía ver una amplia zona de los jardines de la parte de atrás de la mansión. En esos momentos se movía por allí mucha gente, porque Rosegarden Park estaba prácticamente tomada por mil empleados de centros organizadores de fiestas, que se esmeraban por preparar el lugar de la ceremonia en los jardines y el banquete que iba a tener lugar al día siguiente.

Bush volvió a pensar que la mansión había cambiado mucho en el último año, era imposible no percatarse de ello. El rosal de la famosa abuela de la que solo sabían su posible apelativo, la Rosa, había sido doblegado en los alrededores de la gran casa señorial pese a las protestas del viejo jefe de jardineros. Habían cortado las secciones que obstruían las ventanas, incluso en las zonas no habitadas de la casa, y se habían eliminado ramas enteras que estaban dañando la piedra de la construcción.

En un aspecto puramente estético, se habían plantado aquí y allá parterres de pensamientos, margaritas, violetas, azucenas y muchas otras especies, sobre todo en la parte delantera, aunque, curiosamente, pocas de ellas lograban medrar más allá de unos pocos días. Era como si el rosal las absorbiera poco a poco, alimentándose de ellas de un modo lento pero firme, imparable.

Por eso, aquellas rosas antiguas y oscuras, del color de la sangre, seguían siendo las flores predominantes en el sitio, con diferencia.

En esos momentos paseaban entre ellas lady Rosalynn, la esposa de Thorn; la honorable señorita Tess Newhill, prometida de Bram; y la señorita Mildmay. A pocos pasos por detrás caminaban unidas por las manos Mery Rose y Rosehip, las dos pequeñas de la familia

Rosegarden. Aunque ya no tan pequeñas, porque Mery Rose había cumplido los dieciocho años, con lo cual sería presentada en sociedad en la siguiente temporada, y Rosehip ya tenía los quince.

Bush quería mucho a sus hermanas, pero sus ojos pasaron rápido de ellas a las otras tres mujeres. Le agradó verlas así, caminando en buena armonía a la luz matizada de la tarde, escuchando algo que estaba diciendo Tess.

Qué hermosa estaba la señorita Mildmay con su vestido de muselina azul y el cabello sujeto en bucles con un broche del mismo tono. Los nervios pasados para conseguirle un vestuario adecuado en tan poco tiempo, algo que incluso para él había supuesto todo un reto, habían merecido la pena.

Todos habían actuado con diligencia para lograrlo. Él mismo había ido directamente a Rosegarden Park, en plena noche, tras la cena en el hotel. Cuando llegó, todos estaban a punto de retirarse a dormir, pero había expuesto las circunstancias a su cuñada Rosalynn, y ella se ocupó de tener preparados a primera hora un buen número de vestidos, tanto suyos como de Tess, Roseanne y Mery Rose.

—También hemos añadido algunas cosas que pueden servir para la señora Kelton —le dijo—. Porque imagino que no pretenderás que tu joven amiga se presente de un modo correcto, y su pobre tía parezca su criada.

Sí, desde luego. Menos mal que Rosalynn estaba en todo, y hasta se trasladó nada más desayunar, con todo aquel impresionante alijo, al Madame Didiane, la casa de costura a la que acudía en Londres, para dejar clara la urgencia del encargo.

Aun así, pese a su previsión, rapidez y su generosidad, fue complicado tener listos unos cuantos trajes para la semana que las dos damas iban a pasar en Rosegarden Park. Hubo que hacer auténticos malabares, por los ajustes. La altura de la señorita Mildmay y sus dimensiones en general fueron el mayor problema.

Habían hecho sudar como nunca a las pobres modistas del Madame Didiane, que se jactaba de ser uno de los negocios de moda más importantes de Londres desde hacía más de cincuenta años. Se decía que la mujer que lo levantó y le dio nombre, la hermosa madame Didiane del retrato del vestíbulo, fue una espía francesa que terminó cambiando de bando y siendo amante del mismísimo rey George IV.

A saber qué había de cierto en todo aquello. La única verdad segura era que por allí habían pasado ejércitos de costureras a lo largo de las décadas, las mejores de su profesión, y que las de su época se habían encontrado con un reto monumental: adaptar unas prendas a la clienta más alta que habían tenido nunca, una mujer de más de metro ochenta y bien proporcionada, con todo lo que implicaba tal idea respecto a su envergadura.

Bush no había podido por menos que compadecerlas mientras esperaba en la salita a la que lo hicieron pasar, y donde le sirvieron una copita de oporto. Desde allí, a través de la puerta abierta, las veía correr aceleradas por los pasillos, yendo de un lado a otro al ritmo de los pedidos.

¡Más muselina! ¡Más satén! ¡Más encaje!

¡Alfileres de oro, botones de plata! ¡Filigranas de pequeños diamantes!

Admirando en ese momento, en el despacho de Thorn, aquella muestra del resultado de tanto trabajo, Bush consideró la idea de enviarles algún regalo, una pequeña propina para agradecerles lo mucho que se habían esforzado. Sin duda alguna, lo merecían. Solo había que ver lo hermosa que estaba la señorita Mildmay.

En ese momento, ella, Rosalynn y Tess se detuvieron formando un grupito en el que hablaban y reían a la vez, compartiendo alguna idea que las divertía mucho.

En el despacho, contemplándolas, los tres hermanos Rosegarden sonrieron a la vez y de la misma forma, con los sentimientos a flor de piel en sus miradas. Luego, carraspearon, como hombres duros e indiferentes, para disimular.

—Son hermosas, ¿verdad? —preguntó Thorn. Palmeó la espalda de Bram—. Mañana será tu gran día, hermanastro. Espero que no metas la pata también en esto.

—Me extrañaría. Pero trataré de evitarlo. —Bram miró a Bush, que seguía con los ojos fijos en las figuras femeninas—. ¿Y tú, Bush? ¿Qué asunto te traes con la señorita Mildmay?

Bush despertó de su ensoñación y lo miró sorprendido.

—¿Eh? ¿Yo?

—Sí, tú. Jamás te había visto tan enfadado con Claredon, y mira que se lo ha merecido a veces. Además, a ella la miras de un modo muy particular. Y no es muy amistoso, si me permites decirlo. —Agitó una mano en el aire—. Pero no me refiero a que estés enfadado con ella, ¿eh? Para nada. Más bien diría...

—Diría que quieres que sea algo más que una amiga —terminó Thorn, cortando de raíz las bromas de su hermano.

Bush arqueó ambas cejas.

—¿Qué? No seáis tontos. En absoluto. La señorita Mildmay es la prometida de Claredon. Ni aunque lo desease lo haría.

Bram sonrió.

—Pues claro que sí. Eres un Rosegarden. Si quieres a esa mujer, la tendrás. Está en nuestra naturaleza.

—Odio cuando empezáis con eso. —Los otros dos rieron, y él terminó uniéndose—. No, imposible. Qué demonios, ni considerando que se lo merece, porque se lo merece, podría hacerle algo así.

—Pero esa joven te gusta —dijo Thorn, estudiándolo con curiosidad. Bush se removió incómodo.

—Sí. No puedo negarlo. —Titubeó todavía un momento, pero decidió compartir con ellos sus impresiones. No había nadie más cercano, a excepción de Claredon, y a él no podría decirsele jamás—. ¿No os parece, no sé, una valquiria? Una diosa vikinga, una criatura... —Al ver cómo lo miraban, algo burlones, a la espera del siguiente término grandilocuente, agitó una mano frente a ellos—. Oh, demonios, no os burléis de mí. No podéis decir que no es hermosa.

—Desde luego que lo es —admitió Bram de inmediato, pese a que ya no tenía ojos más que para Tess—. Una mujer impresionante. Incluso, diría, demasiada mujer para cualquier hombre.

—No seas idiota. No esperaba que tú, precisamente tú, entraras en el prejuicio de las alturas.

—No lo decía por eso, hermanito. Me refiero a que la señorita Mildmay tiene veinte años, pero es una joven madura y resuelta. Tú mismo nos lo dijiste: ha vendido su casa y se ha venido a Londres a pedirle explicaciones a su prometido, decidida a iniciar una nueva vida. ¿Mencionaste una valquiria? ¡Demonios! —Señaló hacia fuera—. Ahí tienes una. Dale cinco años más y se convertirá en toda una diosa. Y, nosotros, Bush, solo somos pobres mortales.

Él se preguntó por qué razón se sentía tan contento y a la vez tan preocupado por aquellas palabras. Que sus hermanos admirasen a la señorita Mildmay no hubiera debido suponerle nada en especial; pero, al contrario, él lo sentía como algo importante y muy íntimo, algo que le alegraba el corazón. Y que hablase de aquella posible difícil convivencia por ser una mujer con carácter...

Bueno, eso en realidad no le importaba. Bram no había caído en la cuenta de que tanto Rosalynn como Tess tenían unas personalidades muy fuertes. Ambas habían salido adelante solas en la vida y habían dado cuantos zarpazos habían sido necesarios para conseguirlo. No, eso era lo de menos. Él mismo no hubiese querido a su lado a una mujer sumisa y timorata, quería a alguien así, una guerrera nórdica que se enfrentase con él a la vida, mano a mano. Una compañera. Una amiga, de igual a igual.

Alguien como Caroline Mildmay.

Parpadeó, al darse cuenta de que Bram tenía razón. Sí, la señorita Mildmay le gustaba mucho. Lo cierto era que, desde que la conoció, había disfrutado de cada momento a su lado. Era una mujer hermosa, encantadora, alegre y lista. Hablaban continuamente de libros y habían descubierto que compartían la mayor parte de sus gustos por autores y géneros.

Pero todo eso era un problema, porque era la prometida de Claredon. Y bastantes inconvenientes tenía ya aquella pareja como para convertirse él en uno más.

—¿Qué tal va lo de los pasadizos? —preguntó, por cambiar de tema. Se refería a la red de pasadizos secretos que se extendía bajo la casa, y no solo a una altura, según los últimos descubrimientos.

Aquel era un misterio que había convivido con ellos desde niños. Solo eran algunas secciones, pocas, las conocían bien, porque todos habían bajado a jugar muchas veces, sobre todo Bram y Roseanne, los más osados, haciendo caso omiso de las órdenes de sus padres. Nunca les había pasado nada, ni habían visto jamás a nadie, aunque también era cierto que eran niños, y no estaban seguros de qué había sido imaginación y qué no, cuando habían oído ruidos o sentido presencias.

En todo caso, que él supiera, ninguno de ellos se había internado demasiado, porque, por mucho que trataran de negarlo, el sitio les daba miedo. Todo allí abajo, un laberinto de pasillos y habitaciones no siempre vacías, estaba lleno de sonidos extraños, oscuridad y silencio.

Pero desde que Rosehip había encerrado a Tess en uno de los pasadizos, Thorn contrató a un par de hombres de seguridad y también a un historiador con dos ayudantes, que habían iniciado un mapeado lo más exhaustivo posible. No podía ser de otro modo. Si alguien se movía sigilosamente por allí, suponía una amenaza, y debían encontrarlo cuanto antes. Al menos eso se habían dicho en su momento.

Lo cierto era que llevaban ya meses así y no habían encontrado a nadie. Seguían mapeando, al principio a buen ritmo. De hecho, en el nivel superior, a tramos, habían descubierto marcas en las paredes, las indicaciones que había ido tallando alguien para moverse con soltura por el sitio, algo que les había resultado muy útil.

Al principio pasaron desapercibidas porque estaban a poca altura, las más bajas quizá a un metro desde el suelo, pero una vez que las descubrieron fue fácil comprobar las pautas y qué indicaba cada marca.

¿Las habría hecho la desconocida que mostró el camino de vuelta a Tess?

No podían saberlo. Y Thorn dudaba de que pudieran completar la tarea del mapeado en breve, porque a medida que avanzaban iban topándose con zonas hundidas que obligaban a grandes rodeos, nuevas ramificaciones e incluso entradas secretas y accesos a zonas más profundas, más antiguas. Había, al menos, un segundo nivel de laberinto en las entrañas de Rosegarden Park, horadado siglos atrás.

Pero, de momento, sí que habían encontrado la famosa habitación descrita por Tess, y que daba la impresión de haber sido ocupada durante un tiempo por una mujer, aunque resultara aterrador pensarlo.

¿Cómo podía haber un gran dormitorio preparado en aquellas entrañas siempre oscuras, y con un detalle y un gusto en verdad exquisitos? La cama de dosel cuidadosamente tallado en forma de rosal trepador, como el que crecía por toda la propiedad, era una auténtica maravilla. Las flores, delicadas y hermosas, habían sido trabajadas con enorme maestría y estaban llenas de diminutas espinas. Era una magnífica obra de arte que los marqueses de Farrose pensaban trasladar a la parte alta de la mansión y utilizarla en uno de los dormitorios principales, una vez restaurada.

Por tanto, sí, avanzaban en el mapeo. Pero lo que no habían conseguido era localizar a la persona que había guiado a Tess de vuelta a la superficie; una mujer, según su impresión, aunque entre la penumbra y los nervios, no podía estar totalmente segura. Si esa extraña seguía por allí, conocía bien el tramado de pasadizos, gracias a sus marcas, y sabía esquivarlos.

Y no era, con toda probabilidad, la ocupante del dormitorio, porque el polvo y la suciedad formaban una capa demasiado gruesa sobre la colcha y el resto de los objetos que alguien había dejado sobre la cama en el pasado, entre ellos una rosa.

No, estaba claro que aquel lugar había permanecido abandonado durante décadas. ¿Qué más misterios guardaría, qué explicación tenían los que ya habían encontrado? Tess había cogido un anillo del tocador, de un joyero en el que había visto muchas más joyas, mucho más valiosas que

esa. *Semper amare*. «Siempre el amor», llevaba grabado el anillo, una alianza sencilla.

¿Alguien había amado a la mujer de aquel dormitorio? ¿Y algo de todo eso tenía que ver con la leyenda de la Rosa? Se podían hacer muchas especulaciones al respecto, pero no había nada en concreto, al menos de momento.

—Avanzando, que no es poco, con todos los problemas que van surgiendo —contestó Thorn—. Estamos instalando iluminación en algunas secciones y en el dormitorio, con la intención de organizar pronto la bajada de un pequeño grupo.

—Rosalynn quiere bajar —se mofó Bram. Thorn arqueó una ceja.

—Y Tess, que yo sepa. Y tú, majadero. Y tus hermanas pequeñas, que no dejan de insistir.

—Vale, sí. Pero de no ser porque Rosalynn quiere bajar, quizá ni te lo hubieras planteado.

—Bah. —Pero dudó—. No sé. El caso es que me gustaría organizar algo que resulte entretenido, antes de empezar a inventariar por completo cuanto hay allí y a estudiar cada detalle.

—Pero, entonces... tú no estarás para semejante excursión, ¿no? —le preguntó Bush a Bram, sorprendido. Sabía que su hermano partía para París el mismo día de la boda, tras el almuerzo. Desde Francia esperaban dar un buen recorrido por toda Europa, durante un mes.

—Sí, sí estaré. No se hará nada hasta mi regreso. Pero no por mí, ¿eh? —Bram bufó, mirando mal a Thorn, que se echó a reír—. De ser otras las circunstancias, bajaríais sin mí, tan contentos. Pero por suerte, lord Lark parte para Irlanda la semana que viene, y estará por aquellas tierras durante un par de meses, recopilando información para una nueva novela.

—¿Lord Lark? —preguntó Bush, con curiosidad—. ¿Qué tiene que ver en esto?

—Oh, es que va a venir a la excursión. —Fue Thorn quien contestó—. Y, por culpa de Bram, es nuestro principal invitado. Se puso a alardear ante él sobre cómo teníamos unos lóbregos y penumbrosos pasadizos secretos, y que había una habitación misteriosa en las entrañas del laberinto subterráneo. Ya conoces a lord Lark. Además de político y ejemplo de hombre recto donde los haya, es un escritor al que le encanta todo lo fantástico. ¿Qué crees que pudo ocurrir?

Bram se encogió de hombros.

—Conste que jamás usé el término «penumbroso». Además, yo solo lancé el cebo. De otro modo no hubiera aceptado venir a la boda. Y de hacerlo, no hubiera visto que los Rosegarden nos estamos redimiendo.

Thorn arqueó una ceja.

—Ah, pero ¿nos estamos redimiendo?

—¿No es evidente? Los burdeles de Londres están de luto, hermanito. Hace tanto que no nos ven que empiezan a pensar que nos hemos apuñalado los unos a los otros. A menos, claro, que Bush siga yendo por allí.

—No empieces —protestó Bush, ruborizándose a su pesar—. Sabes que no es un tema que me agrade.

Bram lanzó una carcajada.

—Entonces, ¿eres virgen todavía, hermanito? Eso no puede ser bueno.

—No, no soy... ¡Demonios! ¿A ti qué te importa?

Thorn agitó la cabeza.

—Deja en paz a Bush, que viva como quiera —le advirtió a Bram—. Ah, y, cuando nazca mi hijo, espero que te comportes como un buen tío y no se te ocurra contarle batallitas de burdel. O, peor aún, pensar en llevarlo a uno.

Bram se echó a reír.

—Qué aburrido te has vuelto, hermanastrito. Prometo no hacerlo hasta que haya cumplido tres meses. Y solo si es niño.

—¡Bram!

—Es broma, es broma.

—Más te vale.

Bram suspiró.

—No deberías estar tan preocupado. ¿Sabes en lo que pienso yo, ahora mismo, en cuestión de mujeres? En que sería maravilloso tener una hijita con Tess. Una niña morena, de grandes ojos verdes, a la que enseñar a montar a caballo y con la que jugar por los jardines. Que ría, feliz, solo por estar a mi lado. Que me mire y piense que soy el hombre más maravilloso del mundo y que... —se interrumpió de pronto al ver cómo lo contemplaban sus hermanos. Thorn y Bush no podían parecer más desconcertados. Hasta estaban conmovidos—. ¿Veis? Ahora observo vuestras caras y no puedo dejar de pensar que está muy claro: hasta conocer a Tess, era un auténtico idiota. De otro modo, no me miraríais así.

—Oh, vamos, Bram... —Bush le palmeó un brazo—. La cuestión no es quién se equivoca al principio, sino quién termina equivocado.

—Un pensamiento interesante. —Bram sonrió con agradecimiento—. Yo te ofrezco otro, porque creo que andas un poco perdido, hermanito: si te gusta una mujer —señaló hacia el ventanal—, ve a por ella. El amor es una guerra en la que no caben amistades ni lazos de sangre. No hay lealtades. Si tienes que conseguirla, tienes que conseguirla. Ella es tu destino.

—Qué cosas dices. No me extraña que Darney esté tan enfadado contigo.

Bram hizo una mueca. Bush ya le había contado lo que había ocurrido en el comedor del hotel y, por una vez, no se había reído. Un indicativo más de cuánto estaba cambiando Bramble Rosegarden.

—Para ser exactos, yo no le robé la novia.

—No, claro. Solo te acostaste con ella y luego hiciste algo para romper ese compromiso. Menudo idiota estás hecho. ¿Qué le dijiste?

—Que no se casara con él, por supuesto. Y, para convencerla, le conté algunas de nuestras aventuras nocturnas, algo que me hizo merecedor de un bofetón, no creas. ¡Y eso que yo solo era el amante!

Thorn rio.

—Demonios, Bram, es que seguro que era para abofetearte...

—En realidad, sí —admitió él, ecuaníme, secundando su risa—. El caso es que no podía callarme. Aprecio mucho a Darney, pero lo conozco bien: no tiene moral alguna, no podría hacerla feliz ni en un millón de años. Y yo le debía mucho a Pam, no podía quedarme al margen y ver cómo caía atrapada en semejante trampa. Ambos sabíamos que solo la quería por su dinero.

—Sí, eso me consta —asintió Bush. En realidad, su hermano había hecho bien, ayudando a lady Pamela—. Una pena. El idiota de Darney ha sido tu amigo durante muchos años y...

—Sigue siendo mi amigo —lo interrumpió su hermano—. Al menos en lo que a mí respecta. Y uno muy querido, tras tanto tiempo. De hecho, le he mandado una invitación para la boda.

—¿Lo has invitado? ¿En serio?

—Pues sí. —Thorn se cruzó de brazos—. Lo ha hecho. Doy fe.

—No me ha contestado, pero creo que vendrá, aunque solo sea por curiosidad. Ya veremos. Si no se presenta, iré a verlo yo mismo al volver de Francia. —Bram chasqueó la lengua contra los dientes—. Darney podrá no tener moral en cuanto al sexo y las mujeres, pero no es mal hombre. Y hemos vivido mucho juntos. —Se encogió de hombros—. Pero, aun así, de haberme enamorado de Pam, no te quepa duda de que hubiese ido a por todas, sin importarme nada más. Simplemente, porque no hay nada más sagrado que lo que te exige el corazón.

Bush dudó. Qué fácil sería seguir aquella lógica y conseguir lo que se quería. Pero le resultaba imposible.

—No puedo hacer eso, ni aunque lo quisiera. Es la novia de Claredon...

Bram arqueó ambas cejas, burlón.

—Yo no había mencionado nombres.

Bush lo fulminó con la mirada.

—Pero te referías a la señorita Mildmay.

—Cierto —admitió su hermano—. Pero fíjate: lo curioso es que tú hayas pillado de inmediato la referencia. —Bush no contestó, a menos que pudiera considerarse como tal su ceño fruncido—. Bueno, vamos a dejarlo. Supongo que es algo que tiene que aprender uno mismo. Cuando sabes que no hay otra cosa que puedas hacer, porque no concibes la vida sin esa persona, los límites son distintos.

Bush se removió incómodo. Había una extraña verdad en esa frase.

—Quizá todo dependa de cómo sea cada uno —replicó, sin embargo, negándose a ceder. La idea de traicionar a un amigo le parecía inadmisibles. En el caso de Darney, tenía una justificación, por la necesidad de salvar a lady Pamela, pero en el caso de Claredon...

No, imposible. No iba a intentar conquistar a la señorita Mildmay. De ningún modo.

—Quizá —admitió Bram, aunque dio la impresión de que lo hizo solo por poder cambiar de tema—. Pero, volviendo a la excursión a los subterráneos, como ya le informé a Thorn, lord Lark bajará con nosotros en cuanto ambos volvamos de nuestros viajes. Espero que logremos mantenerlo vivo y contento, las dos cosas a ser posible, aunque me consta lo difícil que es la segunda, porque tengo pensado contar con él como benefactor de The Magic, en el futuro.

—¿Por fin vas a comprar el teatro? —preguntó Bush.

—Lo he comprado ya, y a buen precio —replicó Bram, muy orgulloso—. ¡Ja! No he tenido concesiones con Fellows, por chantajista.

—Has hecho bien —dijo Thorn, con expresión seria. Estaba muy enfadado con Willy Fellows, el antiguo dueño del teatro, por haber intentado chantajear a Bram. Aunque, para ser exactos, también hubo reproche en la mirada que dirigió a su hermano, por haber propiciado la situación. De no haber sobornado a Fellows para que despidiese a Tess, y así tenerla a su merced, nada de aquello hubiera ocurrido.

Bram carraspeó con ecuanimidad, asumiendo su culpa.

—Pues sí. El caso es que el teatro ya es mío. Y eso implica al duque de Lark... Me interesa mucho conseguir su amistad, ahora que me he decidido a intentar entrar en los círculos intelectuales de Londres. A ver, cualquier cosa que pongamos en escena va a llenar el teatro, aunque solo sea por la curiosidad y la esperanza de algún nuevo escándalo de los Rosegarden. No quiero eso. No como legado para mi hija.

—Todavía no tienes ninguna hija —le recordó Thorn—. Espero...

—Eso nunca se sabe. Quizá ya esté en camino, ojalá. La cuestión es que no es lo que quiero para ella. Pero si Lark nos escribe una obra de teatro, y atrae a su círculo de intelectuales, tendremos el éxito asegurado como lugar elegante y serio. La mejor forma de...

Bush ya había dejado de escucharlo. Le gustaba el teatro, era una de sus diversiones favoritas, pero en esos momentos había algo que le interesaba mucho más. Sus ojos habían vuelto hacia la imagen que quedaba más allá de los grandes ventanales del fondo. A través de la cristalera, todavía podía ver a la señorita Mildmay. El grupo de damas, aprovechando la espléndida tarde, se había sentado en uno de los bancos de los jardines, y mientras las otras charlaban, ella estaba examinando el gran rosal que crecía a su derecha.

De pronto, puso cara de dolor y retiró la mano. Debía de haberse pinchado con una espina, porque se llevó el dedo a los labios en un gesto que él encontró tremendamente sensual.

«Oh, demonios», pensó Bush. Apartó la vista y salió a grandes pasos del despacho.

Capítulo 6

La noche anterior a la boda se celebró una cena especial, una despedida para los novios que se convertirían en matrimonio al día siguiente, por la mañana, y partirían por la tarde hacia Francia.

Por eso, el gran comedor de los Rosegarden estaba ocupado por la familia, incluidos los condes de Abbott, los abuelos maternos de los cinco hijos nacidos del segundo matrimonio del difunto lord Thorn II, que habían llegado también esa tarde para asistir a la celebración.

Con ellos estaban Caroline y su tía Wallis, ambas ataviadas con unos maravillosos trajes de noche que no podían hacerlas más felices. ¡Por Dios, y solo eran arreglos de otros ya desechados! Como había dicho su tía en el magnífico dormitorio doble que les habían asignado, aquella familia era tan rica como Creso y tan generosa como Mansa Musa.

Entre todos, no ocupaban ni la mitad de la enorme mesa del comedor. Al día siguiente, para el banquete matrimonial, estaría llena, porque se esperaba la asistencia de unas cien personas, según le habían dicho. Qué barbaridad... Y aseguraban que eran pocas, para las que hubiesen querido y debido asistir. Pero los novios habían optado por una fiesta íntima, solo con los más amigos.

—¿De verdad nunca ha ido al teatro? —le preguntó la señorita Newhill, sentada frente a ella al otro lado de la mesa. Seguía con ello una conversación que llevaban ya varios minutos manteniendo.

Los asistentes habían sido distribuidos intercalando damas y caballeros y, según le habían dicho, las normas de la cortesía hacían que tuviera que hablar con el situado a la derecha... o quizá era a la izquierda, no lograba recordarlo. Por suerte, tenía a la izquierda a lord Bush, al que había pillado varias veces mirándola de reojo. En ese momento parecía divertido por su conversación con su futura cuñada y no hablaba mucho; y a la derecha tenía a lord Abbott, un anciano meditabundo que hablaba menos.

Caroline sonrió a la señorita Newhill. Había hecho muy buenas migas con ella y con lady Rosalynn, la marquesa de Farrose. A lo largo del día, le habían contado los pormenores de sus respectivas historias de amor, unos romances que le habían parecido maravillosos, y se sentía entre asombrada y feliz. Y un poco envidiosa, a qué negarlo. ¡Parecían todos tan dichosos!

Bueno, todos excepto Roseanne. ¡Qué joven tan antipática! Caroline había intentado congeniar con ella, pero no había recibido ni una sonrisa.

—No, no me refería a eso —replicó—. He visto puestas en escena por muchas compañías itinerantes, claro está. Siempre que pasaban por Daisy Village o cerca, mi tía y yo procurábamos ir. Lo que no he hecho nunca es asistir a un teatro. A un edificio que imagino majestuoso, como los que he podido ver en algunos grabados.

La señorita Newhill sonrió. Caroline sintió la cercanía, el afecto incipiente que iba surgiendo entre ellas. Ojalá pudieran ser amigas. ¡Lo ansiaba tanto! No había tenido ninguna desde que dio aquel terrible estirón y empezaron las burlas.

—No sabe cómo la entiendo. Yo también descubrí el teatro a través de las compañías itinerantes que se acercaban a mi pueblo, y asistía a ellas siempre que me era posible.

—Era maravilloso, ¿verdad?

—¡Desde luego! Tanto que, cuando tuve que elegir una profesión, no lo dudé. Siempre había querido ser actriz, aunque de jovencita no podía ni imaginar que pudiera llegar a conseguirlo. Fue la parte buena de una mala época... —Sus ojos se ensombrecieron un momento, pero Tess Newhill estaba demasiado feliz esa noche como para permitirse caer en la tristeza. Parpadeó y sonrió—. No se imagina cuánto me alegra que compartamos esa afición. En cuanto Bram y yo volvamos de viaje, me encargaré personalmente de llevarla al teatro, en Londres. —Sonrió de oreja a oreja, con entusiasmo—. Al nuestro.

Caroline la contempló admirada.

—¿Tienen un teatro?

—¡Sí! —replicó la otra, emocionada—. Bram ha conseguido comprar The Magic. —Lo dijo como si estuviese claro que Caroline debía saber cuál era—. Estoy feliz, por muchas razones. Trabajé allí, ¿sabe? Al poco de llegar a Londres. Allí nos conocimos Bram y yo.

—Oh, qué romántico.

Tess hizo un gesto divertido con las cejas.

—Bueno, no fue especialmente romántico entonces, pero sí lo es ahora, de modo que todo está bien. Será usted nuestra invitada, siempre que lo desee. —Inclinó la cabeza a un lado—. Es más, ¿ha pensado alguna vez en trabajar de actriz?

—¿Yo? Oh, no. No sé, no podría. —Se ruborizó, avergonzada—. Soy tan larguirucha...

—¿Larguirucha? En absoluto, señorita Mildmay. Qué término más poco apropiado, querida. Usted es alta pero elegante. Para algunos papeles, no se me ocurre nadie mejor. ¿Sabe? Sería una maravillosa Titania.

—¿La reina Titania? ¿En serio? —Caroline suspiró con deleite—. Oh, ¡me encanta Shakespeare!

—Y a mí. Por favor, cuando se vaya, deje a Rosalynn la manera de contactarla. O a Bush. Al margen de que me gustaría seguir manteniendo su amistad, si algún día podemos montar esa obra, y espero que sea pronto, me encantaría contar con usted. Si le parece bien, le haremos una

prueba.

Caroline tardó unos segundos en contestar. No podía creerlo. ¿Una prueba para el teatro, ella? ¿Y si funcionaba? ¿Y si, con todo aquello, su vida estaba dando un vuelco inesperado y maravilloso?

—Eso sería un sueño...

—El de una noche de verano como esta, sí —convino la señorita Newhill y ambas rieron divertidas; y lord Bramble, que estaba junto a su prometida, y lord Bush, que estaba junto a Caroline, se integraron en la conversación. Los cuatro comenzaron a hablar con entusiasmo de las obras de Shakespeare, para claro aburrimiento de lady Cordellia, la abuela de los Rosegarden, quien, sentada en las inmediaciones, no parecía encontrar entretenido el tema.

Todo fue bien, hasta que llegó la hora del postre. No por él en concreto. Al igual que el resto de lo que se había servido, la ensalada de frutas con gelatina de menta estaba deliciosa. Pero, entonces, un lacayo dio un aviso al mayordomo, el señor Clowes, quien, con gesto de preocupación, se acercó al marqués y le dijo algo al oído. La expresión de lord Thorn se tensó.

—¿Qué? ¡Maldita sea!

Las conversaciones se interrumpieron y todos los asistentes lo miraron sorprendidos.

—¿Ocurre algo, Thorn? —preguntó su esposa. Él negó con la cabeza.

—No, perdón. —Se puso en pie—. Disculpad.

Sin más, se dirigió a la puerta y salió. En el silencio profundo que se había hecho en la mesa, se pudo oír algún grito lejano. Alguien que discutía.

—No sé si ir... —murmuró Bram. Rosalynn negó.

—Si nos quisiera allí, ya nos lo habría dicho. Lo solucionará enseguida. Sirva más vino, por favor, Clowes.

—Al momento, milady.

Lady Rosalynn tenía razón, aunque su marido se demoró más de lo esperado. Cuando volvió a reunirse con ellos, la sobremesa estaba ya muy avanzada y las damas estaban a punto de retirarse al salón para dejar a los caballeros tomar su copa y fumar sus puros.

Pero, al verlo entrar, y que seguía claramente inquieto, todos aquellos planes se olvidaron.

—¿Ocurre algo? —preguntó Bram.

—Me temo que sí, y no voy a andarme por las ramas —bufó y miró a la señorita Newhill—. Tess, lo lamento mucho, están aquí tus padres.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué? Pero... ¿qué?

—Han venido. Insisten en que tienen derecho a estar presentes mañana, en tu boda.

—¿De verdad? —Lord Bramble se puso en pie—. No te preocupes, yo mismo los echaré de aquí de una patada.

—Tú no harás eso, Bram —le dijo Rosalynn, y le señaló con el ceño fruncido a la pálida y alterada Tess—. Como mucho, atenderás a tu prometida.

—Exacto —intervino Roseanne, mirando mal a Bram—. Bellaco.

Bram la ignoró y se volvió enfadado hacia Thorn.

—¿Cómo demonios se enteraron de dónde está o de que va a casarse? ¿Qué has hecho, Thorn?

—Les escribí, sí. Y me equivoqué al hacerlo, teníais razón —reconoció, con humildad. Algo poco habitual en él, a decir de los rostros que lo miraban—. Lo siento.

—¿Dónde están? —preguntó Tess, pálida, tras un largo silencio.

—He ordenado que los acomoden en una habitación.

—¿En serio? —preguntó lord Bramble indignado—. ¿Los has acogido bajo nuestro techo, después de lo que le hicieron a Tess?

Lord Thorn hizo una mueca.

—Lo he hecho por su madre. Es una mujer mayor y se la veía cansada.

Aquel detalle apaciguó un poco la expresión de la señorita Newhill.

—Te agradezco el detalle. Aunque no debiste invitarlos.

—No lo hice. Solo les dije que ibais a casaros y que quizá sería un buen momento para una reconciliación, pero nunca recibí una respuesta directa, y yo no volví a insistir, ya que tanto Bram como Bush me decían que lo dejara estar. Pero, poco después, se me informó de que alguien estaba investigando mis... nuestros asuntos, tanto los económicos como los relativos al título. Mis abogados contrataron a su vez un investigador y no tardamos en descubrir que, tras todo aquello, estaban tus padres.

Ella asintió, pensativa.

—Pero... ¿por qué harían algo así?

—No lo sé. Por curiosidad, quizá. Por estar seguros de que estabas a punto de entrar en una buena familia. Tal vez sabían algo de los Rosegarden y se sentían preocupados... —Ella lo miró incrédula—. No lo sé, Tess. Pero, por si acaso, seguí la primera norma de todo buen monstruo: ser previsor cuando alguien olfatea tu cubil. Por lo tanto, hice algunas gestiones para investigarlos a ellos, y, cuando tuve clara la situación precaria de la baronía de Tallmore, ordené a nuestros abogados que comprasen todas sus deudas.

—Dios mío... —susurró la señorita Newhill.

El marqués hizo un gesto al señor Clowes, quien se acercó rápido con un sobre grande, que parecía lleno de papeles. El marqués de Farrose lo tomó y se dirigió hasta estar frente a ella.

—Este iba a ser mi regalo de bodas, querida Tess, un regalo muy especial para ti, mi nueva hermana —le dijo, y se lo tendió. Ella lo cogió sorprendida y, tras consultarle con la mirada, procedió a abrirlo. Dentro había, efectivamente, muchos documentos, con distintas firmas y sellos—. Son todas las deudas contraídas por tus padres, los barones Tallmore. Son cuantiosas, alcanzan varios miles de libras. Ahora mismo, los tienes en tus manos. Si decidieras reclamarlas, podrías arruinarlos y hasta llevarlos a la cárcel.

—A la cárcel... —repitió ella en un susurro apenas audible. Estaba tan pálida que lord Bramble golpeó la mesa con un puño, haciendo tintinear la vajilla, y se encaró con su hermano.

—¿Cómo has podido? ¿Por qué tuviste que escribirles y dar pie a todo esto? ¿No ves que no quiere pensar en sus padres, que no quiere saber nada de ellos? Te pedí que lo dejaras estar, te insistí mil veces en ello y no me hiciste ningún caso. Siempre igual, maldito seas, siempre pensando que lo sabes todo y que tienes derecho a marcar el rumbo a seguir por los demás.

—Pero ¿qué dices? —Lord Thorn frunció el ceño—. Nada de eso es cierto. Lo único que he hecho ha sido intentar ayudar. Somos familia, vamos a ser familia, y tú no te das cuenta porque eres un maldito egoísta que no sabe mirar más allá de su propia verg... de su propia nariz —se corrigió a tiempo, aunque casi todo el mundo lo miró con cara de haber sabido qué iba a decir, excepto Mery Rose y Rosehip—, pero Tess sufre por esa situación que lastra su vida. Lo sufre, idiota. En silencio y tratando de no pensar en ello, sí, pero se le ve en la cara cada vez que sale el tema. Por eso escribí, porque pensé que este momento de felicidad podía ser una buena ocasión para que recuperase... no sé, los lazos afectivos perdidos. La relación con sus padres. El...

—Mentira —lo cortó lord Bramble—. Déjate ya de discursos. Estoy seguro de que la única verdad es que pensaste que, ahora que estás reformando el apellido familiar para legarlo lo más impoluto posible a tu futuro hijo, una simple actriz no resulta una buena adquisición. Por eso y solo por eso era preferible forzar las cosas y conseguir a la hija de los barones de Tallmore.

—¡Bram! —exclamó Rosalynn, enormemente disgustada.

—Pero ¿qué dices? —Lord Thorn frunció el ceño—. Me da igual si te casas con una actriz o una fregona, Bram. Lo único que yo quería era...

—Haced el favor de calmaros, los dos —terció lord Bush. Su intento no tuvo mucho éxito por la risa de lady Roseanne.

—Demonios, y yo que pensaba que iba a ser una cena tan armoniosa y aburrida como todas las últimas que he tenido que soportar. Pero no, volvemos a vivir una auténtica pelea Rosegarden. ¡Por fin!

—¡Cállate, Roseanne! —le dijeron a coro sus tres hermanos varones. Fue lord Bramble el que añadió—: Te lo tenemos dicho, si no vas a aportar nada bueno, mejor cierra esa maldita boca.

Roseanne se echó a reír, y no era de extrañar. Caroline ya había sido testigo de lo poco que le importaba la censura de sus hermanos.

—Y creo que de igual forma os he dicho muchas veces que también soy una Rosegarden. Por lo tanto, hago exactamente lo que me da la gana. Igual que vosotros.

—Creo, jovencita, que esta vez tus hermanos... —empezó lady Cordellia, pero no llegó más allá.

—Basta. —Fue la voz de la señorita Newhill, una orden o quizá una petición, la que cortó todo sonido. Estaba todavía más pálida, cercana al desmayo—. Basta, por favor.

—Tess... —Lady Rosalynn se levantó sin mayor protocolo y fue hacia ella, para abrazarla—. ¿Te encuentras bien, querida?

—No —replicó la otra, rotunda. Volvió la vista hacia lord Thorn—. Bram tiene razón en que no debiste escribirles. Te conté lo que pasó, te conté lo que sentía, lo dolida que estaba. Sabías

que no quería volver a verlos, jamás.

Él apretó los labios.

—Ya lo he dicho. Negarse a ver la enfermedad no es lo que te cura, Tess, y no estoy ciego. Me doy cuenta de cómo se oscurecen tus ojos cada vez que sale el tema de tus padres. Pensé que sería un buen momento para encararlo, cerrar heridas por fin y empezar de nuevo...

—¿De verdad? ¿Sabes lo que es tener dieciséis años y verte caminando bajo el cielo nocturno, aterrada por la idea de que te asalten, te violen o te maten? —Lady Rosalynn la oprimió más todavía—. Yo tuve suerte, encontré otros padres, gente que sí que me quiso y que me cuidó, pero podría haber terminado como tantas otras, devorada por los lobos.

Thorn tardó unos segundos en contestar, mirándola muy serio.

—Ya veo que me equivoqué, pero no respecto a ellos, sino respecto a ti. Está claro que no puedes avanzar si te empeñas en quedarte atrapada en ese camino, aterrada por el aullido de esos lobos.

—Thorn... —dijo Bram, con un evidente tono de amenaza. Su hermano arqueó una ceja.

—Ya, ya, si sigo por ahí me romperás la nariz.

—Entre otras cosas.

—Eso habría que verlo. Pero no diré más. Si sirve de algo, lo siento, lamento mucho haber propiciado una situación tan desagradable. He intentado corregirlo en la medida de lo posible. —Señaló la carpeta—. Ahí está. Todo su futuro en tus manos.

Tess agitó la cabeza. Se puso en pie, rechazando con amabilidad las atenciones de Rosalynn, y se dirigió a la puerta. Nadie dijo nada, pero antes de que le diera tiempo a salir, lord Bramble ya se encaminaba hacia allí también. Fulminó con la mirada a Thorn y fue a seguirla, aunque volvió sobre sus pasos casi al momento, para recoger la pila de documentos y llevarlos con él.

Una vez que salieron, en el comedor se hizo un silencio profundo. Lord Thorn agitó la cabeza. Caroline se dio cuenta de que evitaba la mirada de su esposa. Ella no parecía reprocharle nada, al contrario, había un profundo sentimiento de pena en sus ojos, algo que podía captarse claramente, pese a las gafas. Nadie dijo nada durante unos momentos.

—Bueno, supongo que se acabó lo divertido —aportó Roseanne al fin.

—Por favor, Roseanne —le pidió Rosalynn, mientras volvía a su sitio—. Basta ya. No es momento de comportarse así, y lo sabes.

Roseanne hizo una mueca.

—Lo único que sé es que tu marido tiene la costumbre de meterse demasiado en las vidas de los demás. Y tú también, por cierto.

—Quizá. —Lady Rosalynn se encogió de hombros—. Sé que lo dices porque no quieres asistir a la pequeña temporada de este otoño, pero estoy segura de que la señorita Mildmay y su tía, la señora Kelton, no están interesadas en más controversias familiares de los Rosegarden.

—No se preocupe, lady Rosalynn —dijo la tía Wallis, con ecuanimidad—. En todas las familias hay problemas.

—«Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera» —recitó Caroline, casi sin pensarlo. Miró confusa, al ver que se había convertido en el centro de atención—. Lo lamento. Es una frase preciosa que me vino a la cabeza, la primera de un libro que me gustó mucho.

—El comienzo de *Ana Karenina* —asintió lord Bush—. A mí también me encantó esa novela.

Ambos se sonrieron y empezaron a comentar la trama, la tragedia del formal y aburrido matrimonio Karenin en el que vivía atrapada la infeliz Ana, y la irrupción en su vida del apuesto conde Vronsky, un mujeriego que llegó para enamorar y enamorarse de Ana en un flechazo fulgurante y sin ningún futuro.

Para su sorpresa, también Rosalynn y Roseanne la habían leído, y se animaron a participar con ellos en el debate sobre la hipocresía social que denunciaba Tolstoi con su obra, la que había convertido a Ana en una apestada, por querer hacer públicos su amor y su felicidad, mientras que su hermano podía disfrutar discretamente de una amante con incluso el beneplácito de su esposa.

—El momento de la carrera de caballos, cuando el conde decide arriesgarlo todo en un salto y le rompe la columna a su pobre montura, es estremecedor —dijo lord Bush, y Caroline lo miró contenta y sorprendida. Era quizá el momento que más se había grabado a fuego en su memoria, y estuvo muy de acuerdo con el análisis que hizo él—: Es un modo excelente de mostrar cómo era Vronsky, decidido y temerario, deseoso de conseguir sus objetivos, sin importar lo que destruyese en el camino.

—Como un auténtico Rosegarden —afirmó Roseanne.

—¿En serio? —le dijo su hermano mayor, con tono de reproche—. ¿Tú hubieras actuado igual?

Roseanne clavó en Thorn una mirada decidida.

—No. Yo no hubiera fallado.

Quizá eso hubiera suscitado una nueva pelea, de no ser porque Rosalynn intervino al momento. Hizo un gesto hacia el mayordomo, para que sirviesen allí mismo unas copas para quien deseara, y acercase unos ceniceros, haciendo caso omiso de la mirada ceñuda de lady Cordellia, más partidaria, como aseguró en voz alta, de que las damas se retirasen a otro salón para dejar a los caballeros hablar de sus cosas, tomar sus copas de bebidas más masculinas y fumar si lo deseaban.

—Como se ha hecho siempre —insistió, molesta.

—A mí no me importaría fumarme un cigarrillo —replicó Roseanne. Su abuela la miró horrorizada. Lady Rosalynn se echó a reír—. Pues menos mal que no he dicho una pipa o un cigarro puro, que fue lo primero en lo que pensé. Algún día me fumaré uno.

—Es muy posible —admitió Rosalynn—. Pero no será aquí, ni esta noche. No quieres matar del disgusto a tu abuela.

—No creo que haya que reír ciertas gracias, lady Rosalynn —adujo lady Cordellia—. Una jovencita como Roseanne no debería estar haciendo bromas sobre que se va a fumar un puro.

Así, ¿cómo espera encontrar marido?

—No lo espero —admitió Roseanne—. De hecho, lo que voy a hacer es buscarme un amante.

Semejante salida de tono, por supuesto, levantó un grito espantado de su abuela, una recriminación de su cuñada y risillas de sus dos hermanas pequeñas.

Eso dio por terminada aquella peculiar sobremesa. Todos se levantaron. Roseanne, Mery Rose y Rosehip se fueron juntas para hacer algo que a Caroline no le quedó claro. Los Abbott afirmaron estar cansados y se retiraron ya a su dormitorio. Lady Rosalynn, por su parte, fue a hablar de ciertos detalles con el ama de llaves.

Caroline se puso en pie, pero no se movió, indecisa sobre si salir o esperar a ver si lord Bush se acercaba a sugerir algo. Fue su tía Wallis la que se aproximó, dándose aire con el abanico.

—Qué asunto más desagradable —comentó, en un susurro—. He oído decir que la señorita Newhill tuvo una entrada... dramática en este lugar. ¿Qué ocurrió, lo sabes?

Caroline asintió. Se lo habían contado lady Rosalynn y la propia Tess: cómo se había presentado allí bajo un nombre falso, haciéndose pasar por una prometida americana de lord Bramble. Y la vergüenza que pasó cuando tuvo que revelar la verdad a todos, incluso, algo después, a los condes de Abbott, que fueron quienes peor se lo tomaron. Hasta querían que la detuviese Scotland Yard.

—Luego te lo cuento —replicó, e hizo un gesto hacia lord Bush, que se acercaba por su derecha.

—Señoras... —dijo como saludo, a lo que ellas replicaron con una ligera reverencia. Sonrió a Caroline—. Creo que se ha acabado el debate literario, pero sepa que me ha encantado charlar con usted, señorita Mildmay. Como siempre.

Ella le devolvió la sonrisa, sintiendo que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Lo mismo digo —replicó.

Qué viva se sentía siempre junto a lord Bush, qué feliz y llena de ilusiones... Ni siquiera aquel lejano día, cuando Henry le regaló el pañuelo, había experimentado algo semejante. Ahora, de pronto, sabía que aquello había sido un ensueño de niña enamorada del amor, una quimera forzada. Nada que ver con ese momento. Se sentía despierta, muy despierta.

Despierta como nunca.

—Todavía es pronto —había seguido diciendo él—. Antes de retirarse, ¿le gustaría que le enseñase la biblioteca?

Caroline sonrió ampliamente.

—¡Oh, por favor, me encantaría!

—Estupendo. —Se dirigió a la tía Wallis, con un gesto cortés—. Seguro que allí encuentra también algo de su agrado, tía Wallis. Quizá una lectura para ocupar su tiempo hasta la hora de irse a dormir.

Su tía rio.

—Es muy amable, pero no se preocupe por mí, lord Bush —replicó—. Gracias por incluirme

en su invitación, pero lady Rosalynn va a volver en unos minutos para enseñarme el aula en la que han aprendido durante generaciones los niños Rosegarden.

—Oh, Dios mío. El lugar donde castigaron más veces a Bram y a Roseanne que a todos los demás juntos. Y me estoy refiriendo a todas las generaciones de Rosegarden, no solo a nosotros. —Los tres rieron, divertidos—. ¿Y puedo saber por qué quiere ver ese lugar?

—Me interesa mucho. ¿Sabe usted que fui maestra? Antes de casarme. Luego tuve que dejarlo, pero siempre me han gustado los niños. Por desgracia, mi esposo murió muy pronto y no tuve ocasión de criar unos propios, pero creo que hice un buen trabajo con mi sobrina.

—Oh, tía Wallis. —Caroline se inclinó y la besó en la mejilla—. Hiciste un trabajo maravilloso, de verdad. Perdona lo desagradecida que soy a veces.

—¿Qué clase de desatino es ese? No hay una joven más buena que tú, mi niña. —Le dio unas palmaditas cariñosas en el brazo. Caroline contuvo su sensación de culpabilidad. ¡Si ella supiera! Ya no tenían casa a la que volver, y todo por su imprudencia. Iba a tener que resarcirla por aquello, durante el resto de sus vidas—. Ve con lord Bush y disfruta con tus libros. Nos vemos más tarde.

—Muy bien.

Capítulo 7

—Lo lamento —le dijo lord Bush, minutos después. Sus pasos resonaban por los largos pasillos de aquel lugar inmenso y silencioso. A través de las grandes ventanas entraba la luz de un ocaso que Caroline miró con tristeza. Había sido un día maravilloso. Hacía tiempo que no era tan feliz, y en buena medida se debía a la compañía del hombre que tenía al lado.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendida.

—Por el percance que ha tenido lugar tras la cena.

—Ah. —Se sintió algo avergonzada porque hasta lo había olvidado. Era tal su grado de felicidad que los problemas de la señorita Newhill apenas podían afectarla. Trató de disimular—. Usted no ha tenido ninguna culpa.

—No, pero mi familia... Bueno, siempre es particular.

—Ya he podido verlo. Pero también está llena de vida, de energía.

—Ya. Sobre todo Roseanne.

Caroline sonrió, pero solo por puro compromiso. No podía negar que esa hermana, en concreto, no le resultaba nada simpática.

—¿Mery Rose es muda? —preguntó. No se había atrevido a hacerlo antes, y no sabía qué pensar al respecto.

—No. Pero al final sí va a tener un problema. Mery Rose no es... oscura como Roseanne, pero sí es terca. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no cede hasta...

—Hasta salirse con la suya. Como un buen Rosegarden, dirían sus hermanos.

Él se echó a reír.

—Pues sí. En realidad, es así. No sé... —Agitó la cabeza—. Me preocupa MeryRo, que es como la llamábamos de pequeña. Bueno, como la sigo llamando yo, cuando estamos a solas. Lleva mucho tiempo en voto de silencio.

—¿Voto de silencio?

—Sí. Quiere ingresar en una orden religiosa. Lo decidió hará... no sé, ya un par de años, supongo.

—¡Dios mío! ¿Dos años en silencio?

—Así es. Y, por lo que parece, Dios está por completo implicado en este asunto. —Rio entre dientes cuando ella lo miró con divertida censura—. Perdón, no debería ser tan blasfemo.

—No se preocupe. ¿Y qué piensan hacer? Por propia experiencia sé que no se puede obligar a nadie con la suficiente voluntad a hacer algo que no desea. Y si lleva tanto tiempo en silencio...

—MeryRo es un encanto, pero ya le digo que es una Rosegarden. Cada uno de nosotros lucha a su manera. —Vaciló un momento y se encogió de hombros—. Sí, también pensamos que tarde o temprano tendremos que ceder. Pero, por el momento, Rosalynn ha tenido una buena idea.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Que MeryRo sea presentada en sociedad y viva una única temporada. Si al final de esta no ha comprobado por sí misma si su corazón la llama a la vida seglar, podrá ingresar en alguna orden religiosa, la que ella decida.

—¿Ha aceptado?

—Sí. Hasta ha prometido hablar durante ese tiempo, para facilitar las cosas y que la prueba sea válida de verdad. Pero está convencida de que no hay nada en el mundo que pueda apartarla de sus sueños místicos. —Lord Bush agitó la cabeza—. Confieso que estoy deseando que se enamore de quien sea, me da igual quién, y que viva una vida plena.

—Quizá no todos tengamos el mismo concepto de una vida plena...

—Ya... —Notó que la miraba de reojo. Lo hacía a menudo—. ¿Cuál es el suyo, señorita Mildmay? ¿Casarse con Claredon y tener hijos?

—Bueno, no sé... Es mi prometido.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No, supongo que no. —Él se detuvo junto a una gran puerta de madera brillante, con un diseño gótico, de arco ojival—. Si le digo la verdad, no lo sé. Hasta llegar a Londres, eso creía. Pero ahora...

Se miraron, rodeados de silencio y sombras. Todavía no habían encendido las lámparas y las ventanas mostraban ya un cielo de un azul muy oscuro, como los ojos de lord Bush. Caroline sintió que se ahogaba, de tan intenso que era el aire, el momento, la escena. ¿Iba a besarla? Casi estaba segura de que sí, y ella lo estaba deseando, a qué negarlo. Quería que lo hiciera, quedarse con él en aquella casa extraña y llena de caos, pero a la vez tan vibrante de emociones intensas.

Algo, un deslizarse, un susurro, los obligó a mirar hacia el pasillo en penumbra.

¿Había alguien allí? ¿Al fondo? Quizá. Esa impresión le dio, y casi logró atisbar una figura quieta, erguida, de largos cabellos blancos. Su imaginación la vistió con suaves velos convertidos en harapos, que flotaban con suavidad en el frío aire del anochecer.

¿Estaba de verdad allí? Caroline no podía estar segura. La embargó una sensación de miedo, de puro terror.

—No se mueva —susurró lord Bush—. Creo que nos observan.

«Ay, Dios», pensó ella.

—He... he tenido la misma impresión —replicó, también bajito. Buscó algo que añadir, algo

que diera lógica a lo que estaba viviendo y eliminara aquel miedo absurdo, provocado por las sombras—. ¿Quizá una de sus hermanas?

—No lo sé. Rosehip a veces hace tonterías... —Se oyó un sonido de piedra, algo deslizándose. Puso cara de contrariedad—. Espere aquí, voy a... —Dio un paso hacia delante, para horror de Caroline, que no quería quedarse sola allí, pero entonces, de pronto, todas las lámparas de gas de los pasillos se encendieron de golpe.

Al fondo, por fortuna, no había nada.

—Oh, Dios —exclamó Caroline, llevándose una mano al pecho. Se le aflojaron las piernas del puro alivio. Lord Bush se dio cuenta y se apresuró a sujetarla—. Perdome. Gracias.

—No hay de qué. Esta casa es vieja y extraña. No es la primera vez que tengo esta impresión de ser observado. Por suerte, en esta ocasión, se ha hecho la luz. —Comprobó el reloj que llevaba en el chaleco—. Sí, exacto. Es la hora en que se encienden las lámparas.

—Y todas a la vez. Qué cómodo.

—¿Usted cree? Bueno, sí, aunque el sistema creo que se inventó en Estados Unidos en la primera década del siglo. Antes tenían que ir los criados lámpara a lámpara.

—En mi casa, no tenemos... no teníamos estas cosas, se lo aseguro. Íbamos lámpara a lámpara. Aunque, como solo estábamos mi tía, una criada y yo, no había necesidad de encender toda la casa.

—Ya imagino. Aquí sí, al menos el ala oeste, que es la zona habitada. En todo caso, estamos algo retrasados en cuanto a innovaciones. Creo que Thorn está ya considerando la posibilidad de poner electricidad.

—¡Oh, no! —Lo miró consternada—. ¡Dicen que es muy peligrosa!

—No haga caso de esa mala publicidad. Son inventos de las compañías suministradoras de gas, que no quieren perder su negocio. Pero la electricidad es mucho más segura, muchísimo. Dentro de unos años, todo el mundo se moverá al ritmo de esa asombrosa energía.

Caroline sonrió.

—¿Y Frankenstein despertará a su monstruo?

Lord Bush le devolvió la sonrisa.

—Quién sabe. Lo que pudo empezar como una grandísima novela puede llegar a convertirse en realidad, con los adelantos científicos. Pero ya que habla de libros, le propongo que retomemos nuestros planes. Mire. —Señaló la puerta de aire gótico—. De pequeño esta era, para mí, el umbral al País de las Maravillas.

—¿Por la historia de Lewis Carroll?

—Por supuesto. La leí siendo muy pequeño. Me fascinó.

—A mí también. —Se sonrieron y él abrió, cediéndole el paso. Ante Caroline apareció una sala enorme, con el techo en cúpula y un fondo curvo de cristalerías decoradas con vidrios tintados. Era tan alta que las estanterías pegadas a la pared podían tener un segundo piso, y en los dos extremos había escaleras curvas de aire elegante y delicado que permitían el acceso a la

balconada de arriba—. Oh, Dios mío...

En un lado, una gran chimenea cercada por sillones invitaba a leer en las tardes de invierno junto a un buen fuego, como el que ardía en esos momentos. Pero también había dos mesas de lectura para cuatro, y una más grande, sin sillas, cubierta por mapas. Junto a esa última, cerca de uno de sus ángulos, había una magnífica bola del mundo tallada en madera, que seguro que superaba el metro y medio.

—¿Le gusta? —Oyó preguntar a lord Bush, mientras ella pasaba la vista por la soberbia escayola que decoraba la cúpula, dividiéndola en secciones en las que había bellísimas pinturas de mujeres de aire griego. Las Musas, no tardó en comprender.

—Es... —iba a añadir «maravilloso», pero entonces se dio cuenta de que no estaban solos. En uno de los sillones cercanos a la chimenea, encogida sobre sí misma, como intentando pasar inadvertida, estaba la señorita Newhill. Frente a ella, sobre la mesita baja, estaba la carpeta con los documentos que le había regalado lord Thorn.

Lord Bush también la vio, porque se detuvo bruscamente. Durante un segundo estuvieron muy quietos.

—Quizá sea mejor que la dejemos sola —susurró él. Caroline asintió, pero, nada más empezar a retirarse, tuvo la impresión de que la joven lloraba, y se detuvo. No podía irse sin más.

—Si no le importa, milord, me voy a quedar. Intentaré consolarla un poco.

Él titubeó.

—¿Lo hago yo? Ya tenemos más confianza.

—Creo que usted podría ir a buscar a lord Bramble, no vaya a ser que quiera pegarle a lord Thorn.

—Sí, cierto —replicó él, alarmado al punto—. Si me disculpa...

Caroline esperó hasta que lo vio dejar la biblioteca, se frotó las manos, un poco insegura, y avanzó hacia Tess.

—Señorita Newhill...

La muchacha no se incorporó ni apartó las manos de la cara.

—Por favor, quiero estar sola —fue lo único que dijo, con voz acongojada. Sí, definitivamente, estaba llorando.

Caroline titubeó, indecisa, buscando cómo iniciar un acercamiento. Sus ojos se detuvieron en un mueble bar sobre el que había varias botellas de cristal tallado. Fue hacia allí y olfateó dos o tres hasta dar con algo que creía que era whisky. Sirvió dos copas y con una en cada mano se dirigió al sofá.

—Créame, lo último que deseo es molestar, y sé que no me conoce lo bastante como para sentirse cómoda conmigo en un momento así. Pero le voy a pedir, por favor, que me conceda un par de minutos. —Se sentó a su lado y le tendió una de las copas. La otra vaciló un momento, pero al final la tomó—. Solo un par de minutos, para que pueda hacerla sentir que no está sola. Aunque supongo que ya lo sabe, ¿verdad? Los Rosegarden son una gran familia, y usted ya

forma parte de ella. Me da mucha envidia.

Eso la hizo reír con amargura.

—¿Le doy envidia? No sabe lo que dice. No sabe nada de mí.

—Bueno, señorita Newhill, usted ya me contó que vino a esta casa simulando ser...

—Llámeme Tess, por favor —la interrumpió—. No tiene sentido que sigamos siendo tan formales. —Alzó la copa para un brindis—. ¿No cree?

Caroline sonrió y entrechocó las copas con un tintineo agradable.

—Tess. Muy bien, gracias. —Ambas bebieron y pusieron una cara de desagrado que las hizo reír—. Yo soy Caroline.

Tess sonrió con media boca.

—Mejor así, sí —suspiró—. Pues bien, le conté cómo llegué a esta casa, Caroline, pero no sobre mi pasado, lo que viví mucho antes de conocer a Bram. Cuando él era un niño, en realidad, porque soy tres años mayor.

—¿De verdad? —La otra asintió—. Qué curioso. Pero hacen ustedes una pareja magnífica.

—Gracias, aunque no estoy tan segura de eso... Ni siquiera sé si al final entraré a formar parte o no de esta familia, porque he discutido con Bram.

—Sí, comprendo... Respecto a lo otro, yo no sé lo que le ocurrió en el pasado, pero está claro que le hicieron mucho daño.

—No se preocupe, yo se lo cuento. Al fin y al cabo, ya lo sabe todo el mundo en esta casa, excepto Rosehip, creo. Es sencillo: cuando era prácticamente una niña, pocos días antes de mi boda, descubrí que mi prometido prefería otra clase de... compañías. Otros hombres. —Caroline parpadeó—. Solo iba a utilizarme para simular una vida... no sé, normal.

Caroline asintió.

—Eso, por lo que sé, ocurre demasiado a menudo. Pero me parece algo más triste que reprochable. Tiene que ser muy difícil vivir en una sociedad que no te admite por ser como eres.

—Sí, en eso estoy totalmente de acuerdo. Lo único que le echo en cara es que no me lo dijera. —Agitó la cabeza—. Qué absurdo, también entiendo que no lo hiciese. Que tuviera miedo. Yo apenas tenía dieciséis años. Era demasiado niña y estaba demasiado enamorada, o creía estarlo, que viene a ser lo mismo. Imagino que pensó que no podía confiar en que no lo delatara si me rompía el corazón, o algo así.

—Sí, es muy posible. Tenga en cuenta que la ley lo sigue considerando un delito. De producirse un conflicto, probablemente hubiese terminado en la cárcel.

—Así es. Por eso, si le digo la verdad, no le guardo rencor a James... así se llamaba. No le guardo rencor, porque puedo entender sus motivaciones. Solo lamento que tuviera que verse forzado a vivir en semejante mentira. —Caroline asintió—. Pero mis padres... A ellos solo les importaba la posibilidad de un escándalo. Estaban empeñados en que me casara, me amenazaron con echarme si no lo hacía. Así que me fui.

—¿Les explicó lo que pasaba? ¿Lo que había descubierto de James?

Tess dudó unos momentos.

—No. —Le dirigió una ligera sonrisa—. Es curioso, Bram me preguntó lo mismo cuando se lo conté.

—Lógico. Es una pregunta importante, Tess. Quizá, si lo hubieran sabido, hubiesen actuado de otro modo. —La expresión de la joven indicó lo poco que confiaba en tal teoría—. ¿Quién sabe? Vivimos en un tiempo difícil, querida, atrapados por las convenciones y por el qué dirán. Sabe tan bien como yo que romper ese compromiso hubiera dañado por siempre su reputación. Sus padres...

—Solo se preocupaban por la suya.

—Quizá se preocupaban por ambas. Quizá no distinguían una de otra, y solo buscaban lo mejor para usted, y creían que se comportaba como una niña caprichosa dando la espalda a todo lo relacionado con su boda. Si se lo hubiera contado, es probable que hubiesen considerado la posibilidad de organizar las cosas de otra forma. Pero, dolida, se fue. Y ya no hubo posibilidades de entenderse unos a otros.

Tess se quedó mirando la carpeta de documentos que esperaba sobre la mesa. Permaneció tanto tiempo en silencio que Caroline se preguntó si no sería mejor dejarla sola, con sus reflexiones. Pero finalmente dijo:

—Sí, es posible que fuera así. Y me consta que ellos no eran felices, no se querían, pero seguían viviendo juntos porque era lo que se esperaba de ellos. Y, por eso, eran a su vez muy estrictos y exigentes. Yo... muchas veces pienso que quizá nunca quise a James, pero que era el modo de escapar de allí.

Caroline asintió.

—Supongo que el problema era más grave de lo que puede suponerse a primera vista.

—Así es. —Tess se pasó las manos por el rostro—. No sé. Puedo imaginarme perdonando a mis padres, pero no podría olvidar jamás todo lo que ocurrió.

Durante un largo momento de silencio, contemplaron las llamas.

—Fue usted muy valiente, querida —afirmó Caroline—. Irse así, a la aventura...

La risa de Tess sonó amarga.

—Más bien temeraria. Lo que podría haberme ocurrido, ambas lo sabemos. —Caroline optó por tomar entonces una de sus manos y oprimirla para darle su apoyo. Sí, como mujeres atrapadas en un mundo despiadado, ambas lo sabían—. Pero tuve mucha suerte. Casi enseguida me topé con la Compañía Itinerante Cook, regida por un matrimonio encantador que sí que se convirtieron en mis padres. Ellos me cuidaron durante diez años. Cuando murieron, fui a Londres para intentar abrirme camino en la capital. Pero, nada más empezar, conocí a Bram.

—Otro golpe de suerte.

—Sin duda. Aunque, como le conté esta tarde, tampoco tuvimos un inicio fácil, precisamente.

—Ya. —Ambas se sonrieron—. No sé, Tess. Lo único que me queda claro es que sus padres querían evitar el escándalo como fuera. En su entorno, en su vida, lo encontraban tan terrible, tan

inaceptable, que estuvieron dispuestos a sacrificarlo todo, también a usted. Incluso a sí mismos.

—¿A sí mismos?

—Claro. Lo hicieron. Lo siguen haciendo. Dice que no se quieren, pero que continúan juntos por ese temor a dar que hablar o a perder algo que, en definitiva, es bastante menos importante que la felicidad a la que han renunciado por conseguirlo, pero no lo saben. No lo entienden.

Tess hizo una mueca.

—No me parece forma de defenderlos.

—Es que carecen de posible defensa. No tiene que olvidar lo que ocurrió o volver a mantener una relación con ellos, si no lo desea. No. Solo significa que, si lo piensa de este modo, usted podría, por fin, aceptar lo que ocurrió, romper amarras y seguir sin ese peso en el corazón que seguro que siente. No los odie, solo compadézcalos. Usted ha sabido salir de la trampa, y ha tenido una gran suerte y ahora es muy feliz. Pero ellos... ellos siguen allí, atrapados y empobrecidos.

Tess sonrió, por primera vez con auténtico alivio.

—Tiene razón. Gracias.

—De nada.

—Creo que les diré que pueden asistir a la ceremonia, ya que han venido hasta aquí, pero que luego tendrán que irse.

—Es una buena idea.

—Lo sé —suspiró—. Será mejor que vaya a hablar con Bram. Estaba muy disgustado. —Cogió la carpeta y fue a ponerse en pie, pero cambió de idea y la abrazó con fuerza—. Gracias, señorita Mildmay.

Caroline se sintió feliz. Una amiga. Por fin tenía una amiga.

—De nada, señorita Newhill.

Capítulo 8

En el jardín, en la zona de la ceremonia, rodeado de invitados a la boda, Bush se preguntaba si se le notaba en el rostro lo que estaba sintiendo.

¡Por todos los demonios! ¿Qué le ocurría? No lograba apartar la vista de la señorita Mildmay más de dos segundos. La atracción que había sentido en un principio, nada más conocerla, no había dejado de crecer en esos días. La noche anterior, lo había pillado mirándola de reojo en la cena varias veces. Qué vergüenza.

Menos mal que no dijo nada, y luego se mostró muy natural, durante su conversación literaria, y en aquel rato a solas, por los pasillos, hasta su llegada a la biblioteca, donde casi se habían besado, pero...

Su mente volvió a lo ocurrido en la penumbra, junto a la puerta. ¿Había visto de verdad algo? ¿Una silueta en las sombras, al fondo, a lo lejos? ¿O todo había sido producto de su imaginación? Durante un momento, había sentido tal miedo... Ese miedo que se le metía a todo mortal entre los huesos cuando pensaba en el misterio de la muerte. No era algo que pudiera explicar, ni siquiera algo en lo que quisiera detenerse.

Además, seguro que no había habido nada, solo se habían visto influenciados por el momento y el lugar, tan lóbrego, con aquel silencio que dominaba a veces Rosegarden Park. Mejor volver a darle vueltas a su reciente fijación por la hermosa señorita Mildmay, la que lo había sorprendido varias veces mirándola como un colegial fascinado por la maestra.

Y esa mañana, en la que el aire olía a fiesta, a amor y esperanza, era todavía peor. Pero ¿cómo no mirarla? Estaba impresionante, preciosa, con el vestido azul que le habían conseguido a través de la modista de Rosalynn. El pelo, sujeto en un moño bajo mucho más elegante y apropiado que el trenzado que le hacía habitualmente su tía, estaba adornado con pequeños alfileres de cristal azul y le daba un aire regio.

«Dale cinco años y se convertirá en una diosa», había dicho Bram. Pues sí. Y Bush estaba descubriendo que le gustaría mucho tenerla a su lado cuando eso ocurriese.

La siguió con los ojos, mientras la muchacha encontraba su asiento en la tercera fila y se acomodaba con su tía Wallis al lado. Charlaban animadamente, admirando todo cuanto veían a

su alrededor, y razón no les faltaba.

La zona escogida para la ceremonia estaba situada en la parte de atrás de la mansión, cerca del pequeño cementerio de los Rosegarden, en un rincón especialmente hermoso. Allí habían levantado una tarima de madera enmarcada por un arco de rosas entrelazadas, adornadas con grandes lazos.

Subidos en ella estaban en ese momento el sacerdote venido del pueblo de Rosegarden-on-the-Water, y un niño que lo ayudaba, un monaguillo.

—Las bodas deberían ser acontecimientos familiares —dijo de pronto Roseanne a su lado. Qué extraño le parecía siempre el verla tan hermosa, con aquel cabello negro con reflejos caoba, aquellos impresionantes ojos verdes y el rostro perfecto. Se había convertido en una auténtica belleza malvada, y no estaba seguro de que en ella hubiese redención posible—. Los demás, no sé qué hacen aquí.

—¡Roseanne! —la riñó Bush—. Haz el favor de comportarte.

La joven contrajo la boca en una mueca y guardó silencio, pero el daño ya estaba hecho. La señorita Mildmay se había ruborizado, como si la hubiesen reprendido por intentar colarse en una fiesta; su tía Wallis frunció el ceño, aunque hizo como si estuviese muy interesada con una lazada de las muchas que adornaban los rosales.

Vio a Darney, que estaba cerca, sentado solo en un banco de la derecha, y se había echado a reír al escuchar la salida de tono de Roseanne. Así que al final, el conde de Darney sí que había ido a la boda... Elegante como siempre, el sol parecía volver de oro la mata de cabello que, en esos momentos, le hizo pensar en la melena de un león. Se protegía los ojos con unas gafas de cristales tintados, seguramente para disimular la enorme resaca que arrastraba.

Los padres de Tess, que finalmente habían sido invitados a presenciar la ceremonia, aunque debían irse a continuación, se removieron incómodos en la última fila de bancos. Y el famoso y atractivo duque de Lark, que pasaba justo en ese momento por su lado, no pudo evitar lanzarle una mirada furibunda de través.

Por la forma en que sonrió Roseanne, Bush se preguntó si todo el comentario no habría estado dirigido, precisamente, a molestar a aquel hombre.

Cuando empezaron a moverse, para ir a ocupar sus sitios, la retuvo por un codo.

—No sé qué tramas, pero cambia de objetivo, Ro —le advirtió—. No predispongas más todavía a ese hombre contra nosotros. Sabes que Bram está muy interesado en hacer negocios con él.

Roseanne lo miró con una sonrisa tan extraña como ella.

—Yo también —se limitó a contestar, y se soltó, suave pero firme, para dirigirse a su asiento. ¿Qué habría querido decir con eso? Bueno, ya tenía suficientes preocupaciones. Entre otras, no veía por ningún sitio al doctor Mayers. Claredon ya se había disculpado, con el asunto de Cambridge no podía asistir a la boda, pero contaba con el doctor Mayers. Al margen del hecho de que había sido el médico de la familia desde hacía muchos años, había hecho mucho por él.

Desde niño, Mayers lo había alentado en aquella vocación por la medicina tan sorprendente entre los Rosegarden. Luego, tras su paso por la universidad, Thorn habló con él y se mostró entusiasmado con la idea de acogerlo bajo su tutela, incluso aceptó a Claredon, para que pudieran seguir los dos juntos.

No era de la familia, pero casi. Y no estaba allí...

—Vamos, Bush —lo llamó Rosehip, haciendo gestos desde su sitio. Él asintió, y al pasar junto a Caroline le sonrió. Su hermana se dio cuenta. Cuando se sentó a su lado, emitió una risita—. Te gusta mucho la señorita Mildmay. Y tú le gustas a ella.

Había hablado en un susurro. Él contestó igual.

—¿Qué dices? No lo repitas por ahí, Rosehip. Es la novia de Claredon.

Cuando ella lo miró, transmitía sorpresa.

—¿Y qué? No tiene nada que ver con lo que yo he dicho. ¿O es que vas a mantenerte al margen? ¿Incluso sabiendo que ella podría corresponderte?

—Hay cosas más importantes que un capricho, ya lo entenderás algún día.

Rosehip arqueó las cejas. En el último año había cambiado mucho gracias a la influencia de Rosalynn y de la propia Tess. La primera la había educado en cuestiones de cultura y de comportamiento, que buena falta le hacía. La segunda se la había terminado de ganar con sus enseñanzas sobre cómo debía comportarse una princesa. Tess había interpretado a muchas en el escenario, era lo único que sabía al respecto, pero a Rosehip le había parecido suficiente.

Y lo cierto era que el resultado estaba siendo asombroso. Ya no era tan infantil, ni caprichosa, usaba más correctamente los términos, sabía algo de matemáticas y raramente estallaba en una de sus rabietas. Al contrario, era contenida y trataba de ser elegante, a veces hasta parecer un poquito teatral, pero era un mal menor, y un gran cambio, respecto a otros tiempos.

—Algo tan simple ya lo entiendo ahora —le dijo, con voz serena—. Quizá seas tú el que tengas que aprender a distinguir entre qué es un capricho y qué no.

Y antes de que le diera tiempo a responder, Rosehip se volvió hacia Mery Rose y empezó a decirle algo, dándole claramente la espalda. Era lo que consideraba el mayor desprecio. «Me lo tengo merecido», pensó Bush, ecuaníme.

La tentación por volverse y hablar con Caroline, sentada detrás de él, era enorme.

Nada que ver con un capricho, ciertamente...

Se obligó a mirar al frente con tanta intensidad que, cuando sonó la música del cuarteto de cuerda contratado, siguió rígido. Le costó reunir fuerzas para girarse.

Caroline estaba también vuelta hacia atrás, así que solo veía su perfil elegante, aunque supo sin lugar a dudas que estaba sonriendo. El sol brillaba en los cristales que adornaban su pelo. El deseo de meter los dedos entre los bucles fue tan enorme que tuvo que apretar la mano en el respaldo de su silla hasta hacerse daño.

Para tratar de superarlo, miró más allá, al pasillo entre los bancos por el que se acercaba Bram, del brazo de Rosalynn.

—Oh, ¡qué guapo está lord Bramble! —Oyó decir a la tía Wallis.

La señorita Mildmay asintió.

—Aunque, la verdad, no se me ocurre posibilidad alguna en la que lord Bramble pudiera no estar guapo.

Bush hizo una mueca, quemado por el ramalazo de unos celos absurdos. En otros tiempos, sí se hubiese preocupado, pero Bram había dejado de ser una amenaza para el resto de la humanidad, hombres y mujeres.

Observó con curiosidad a su hermano. Sí que estaba atractivo, sí, impecable con su traje de gala. Lo que resultaba gracioso, en ese momento, era lo nervioso que se lo veía. «He ahí un hombre enamorado», pensó. Daba la impresión de que, de no estar sujeto por el brazo de Rosalynn, correría hacia el altar, ansioso por intercambiar sus votos con la mujer de su vida, tan necesitado estaba de compartir tiempo, lugar, aire y sentimientos con ella.

No, aquello no era un capricho. Los Rosegarden eran caprichosos, pero en lo poco importante. En los asuntos del corazón eran rotundos y decididos.

«¿O es que vas a mantenerte al margen?», había dicho Rosehip.

Bush parpadeó y miró hacia un lado. La señorita Mildmay, Caroline, lo estaba mirando con expresión sombría. ¿Acaso había leído sus pensamientos? Muy posiblemente. Se sonrieron, incómodos, y apartaron la mirada para volver a centrarse en la ceremonia. Esta vez, en la entrada de la novia, que llegaba del brazo del conde de Abbott, el abuelo materno de los Rosegarden.

Tess estaba radiante, con un hermoso vestido blanco, siguiendo la moda impuesta por la reina Victoria. Llevaba el cabello recogido en una auténtica nube de rizos sobre los que destacaba una diadema de diamantes. Al pasar junto a la fila en la que estaban sus padres, los miró, y hasta tuvo una sonrisa para ellos.

—¡Parece una princesa! —exclamó Rosehip a su lado. Bush sonrió.

—Sí. Algún día, tú también tendrás ese aspecto, pequeñaja.

Pocas cosas molestaban más a Rosehip que el hecho de que la considerasen una niña, pero esa vez no se molestó. Sonrió a Bush y se aferró a su brazo.

—Y tú me llevarás al altar.

Bush sintió una ternura infinita. A pesar de los muchos problemas que se ocasionaban unos a otros, adoraba a sus hermanos.

—Supuse que preferirías a Bram. —Rosehip y Bram siempre habían tenido una relación especial, igual que él la tenía con Mery Rose.

Rosehip sonrió.

—También te quiero mucho a ti, y tengo dos brazos. Como seré princesa, puedo instaurar mis propias modas, como hizo la reina Victoria.

Bush se echó a reír, le pasó un brazo por los hombros y la estrechó con cariño.

—Cuenta conmigo.

Tess ya había llegado al altar. Su expresión era de felicidad pura, sin mácula. Algo

sorprendente en ella, que siempre arrastraba un aura de tristeza, incluso en sus mejores momentos. Pero ese día, el día de su boda, no. Definitivamente, lo que había hablado con la señorita Mildmay parecía haberle servido de mucho. Quizá nunca se recuperase del todo, quizá quedasen mil cicatrices de aquella parte traumática de su vida, pero sin duda estaba en el buen camino de aprovechar al máximo todo lo que le quedaba de ella.

La ceremonia fue bastante breve, en consideración al novio, que no disfrutaba con los servicios religiosos en general. Pero si en algo estuvieron de acuerdo todos los presentes fue en que había sido un acto entrañable en el que tanto Bram como Tess habían irradiado amor. Finalizó con un beso que fue muy aplaudido, y la música y el jolgorio los siguieron hasta el comedor, donde se dio el banquete nupcial, tras el cual dio comienzo el baile.

Bush estuvo cavilando sobre la conveniencia de reclamar aquel primer vals que le había prometido la señorita Mildmay, pero solo hasta que llegó el momento. Entonces, ya sin pensar en nada, se dirigió hacia ella.

—Señorita Mildmay, ¿me concede el honor?

—Será un placer, lord Bush —replicó ella, con las mejillas arboladas. ¿Acaso lo había estado esperando? Eso parecía, y el corazón de Bush brincó de felicidad.

La condujo hasta un lugar entre los bailarines y la tomó entre sus brazos. Ella lo miró desde su altura, ese día algo superior, seguro que sus escaupines de fiesta tenían tacones. Pero no le importó, como no le hubiese importado que midiese tan solo metro y medio. Era, fuera como fuese, una mujer impresionante. ¡Y tan hermosa! No podía imaginar estar en otro lugar que en ese, enlazado a ella, para ser feliz.

La música empezó y comenzaron a girar, y Bush sintió que la sangre le burbujeaba, como si fuera champán lo que recorría sus venas; lo emborrachaban la luz, los colores, las voces y las risas, la felicidad del momento. Quiso decir algo ingenioso, o al menos cortés, hubiese sido lo apropiado, pero estaba demasiado emocionado y quizá también le pasaba a ella, porque solo se miraron.

La deseaba. La quería.

No era un capricho.

La sintió tomar aire, en un suspiro. Por todos los demonios, no podía dejar de mirar sus labios. La excusa de que le quedaban casi a la altura de los ojos le pareció pueril. Apretó de un modo poco apropiado la mano con la que la sujetaba por la cintura. Ella se estremeció.

El vals terminó.

Se detuvieron, reacios a salir de aquel ensueño. Bush carraspeó.

—¿Quiere dar un paseo por el jardín?

—Oh, sí. —Sonrió—. Me encantaría.

Se movieron entre los invitados en dirección a las grandes puertas que conducían a los jardines, sonriendo a diestro y siniestro, intercambiando saludos y algunas palabras de las que no tuvieron auténtica conciencia. Bush había decidido dejarse llevar, por completo, si de verdad

había decidido algo, o era su instinto el que se había apoderado de todo. Por eso, en cuanto estuvieron fuera, envueltos en el intenso aroma de los rosales, se detuvo. Ella también lo hizo, mirándolo con cautela.

¿Decir algo? Imposible. No con palabras, al menos. Bush se acercó con cuidado, temiendo asustarla, dándole tiempo a pararlo, a detenerlo con una simple palabra o un ligero retroceso, por si estaba equivocando sus intenciones.

Pero ella no lo rechazó. Al contrario, se quedó quieta, esperando a que Bush se detuviese otra vez frente a ella, como en el baile, pero más cerca y más solos bajo el cielo del atardecer. Incapaz de contenerse, la enlazó por la cintura y la atrajo contra su pecho. Ni siquiera pensó en ponerse de puntillas, no fue necesario, ella se inclinó lo necesario, abrazándolo también, y le devolvió el beso con una pasión inesperada.

Aquel contacto estalló entre ellos, los unió, los enloqueció. Vibraba en sus pieles, recorría su cuerpo, ardía en sus cabezas. Estaba creciendo en la lucha por descubrir el sabor del otro, el olor y el tacto del otro, cuando de pronto unas risas cercanas los sobresaltaron.

—Oh, Dios... —susurró la señorita Mildmay, riendo también.

—Venga por aquí —replicó él, en el mismo tono. La tomó de la mano y la condujo por los jardines con la soltura de quien había vivido allí toda su vida. Su idea era llegar a la parte en la que se había celebrado la ceremonia, porque seguían allí los bancos, se había decidido dejarlos y retirarlos por la mañana. Podían sentarse en uno y besarse mientras terminaba de hacerse de noche, y luego más y más, hasta el amanecer. Incluso podían tumbarse y...

No, qué locura. Seguro que aquella mujer era virgen, no iba a arrebatarle su primera vez de una forma tan zafia. Claro que llevarla a un dormitorio era una idea bastante más complicada de lo que pudiera parecer a primera vista. Ella compartía habitación con su tía, y él tenía difícil conducirla hasta la suya sin que los vieran. «Deja de pensar necedades», se ordenó. No podía exponer a tal situación a la señorita Mildmay. Pero sí podía besarla.

Pero, para su desdicha, cuando se acercaron al sitio, vieron que, a un lado, muy cerca, había un hombre.

Bush se detuvo sorprendido, con la señorita Mildmay de la mano.

—Es lord Lark... —dijo ella, tan bajo que apenas la oyó.

Tenía razón, era lord Lark. El famoso duque estaba en un lateral de la zona donde había tenido lugar la ceremonia de la boda, frente a un rincón adornado con unas macetas, unos grandes cuencos de barro, colocados aquí y allá. Lord Lark, agachado, estudiaba las plantas con gran interés. No era como si buscara algo entre la vegetación, sino que examinaba las hojas de los arbustos, las rosas cercanas...

Justo entonces, giró el rostro hacia ellos, como si hubiese sentido su presencia, y los vio. Tras titubear un momento, se puso en pie y alzó una mano para saludar, de modo que Bush se vio obligado a responder con el mismo gesto, y a acercarse.

—Vamos. —Intentó llevarla hacia allí—. Saludaremos, nos excusaremos y...

La frase quedó en suspenso, porque sintió la rigidez de la mano de la muchacha. El momento mágico había pasado ya. La señorita Mildmay se detuvo y lo soltó, y él no se atrevió a retenerla.

—Vaya usted, por favor, milord. Yo debo regresar. Mi tía se estará preguntando dónde me he metido.

«Oh, no». Bush sintió que algo se hundía en su pecho.

—Pero... Es lord Lark. ¿No quería conocerlo?

—Ya me lo presentaron antes, tras el banquete. Le dije cuánto admiraba su obra y charlamos un rato. Me animó a que le escribiera a la editorial cuando tuviera una dirección, para mandarme sus libros autografiados. Es un hombre muy amable, y un autor fascinante. Pero ahora, debo irme.

—Señorita Mildmay... Caroline...

No era ninguna pregunta, pero ella negó con la cabeza.

—Es mejor, lord Bush. Lo sabe tan bien como yo.

Dio media vuelta y casi huyó hacia la casa. Él no la llamó, porque no quería comprometerla más de lo que ya lo había hecho. Lord Lark estaba demasiado cerca y lo hubiese encontrado extraño. Claro que... los había visto cogidos de la mano... «Oh, maldición». Tenía que haber sido precisamente aquel santurrón del que no se conocía la menor debilidad. Por lo menos, entre sus virtudes estaba la de no ser alguien dado a los chismorreos.

Bush esperó hasta ver desaparecer a Caroline en el interior del edificio, pensando en que más tarde la buscaría y aclararían qué demonios estaba pasando entre ellos.

Se dirigió hacia lord Lark, que estaba otra vez escudriñando las plantas que crecían entre los cuencos de barro. Bush las miró con curiosidad, sin entender qué podía encontrar tan atractivo en ellas. Eran unos arbustos normales en los que se enroscaba uno de tantos núcleos de rosal trepador, como muchos de los que había por todas partes en aquel sitio.

Bueno, en realidad, no uno como tantos. Una vez que te fijabas, sí percibías ciertas diferencias. Bush se detuvo, estudiando también la zona con la luz del crepúsculo. Ese rosal en concreto se veía especialmente lustroso, igual que los helechos entre los que crecían algunos pensamientos y violetas, hermosos y vibrantes, a diferencia de lo que ocurría en otras partes, donde las flores ajenas al gran rosal no tardaban en languidecer.

Pero allí, no. La vegetación de la zona era más turgente, más colorida y abundante que la de tan solo un poco más allá. Incluso las flores eran algo más grandes.

—Se ha percatado también, ¿verdad? —le preguntó lord Lark, sin volverse.

—¿De qué?

—De que aquí hay algo enterrado. —Señaló la zona, con un dedo—. Esto es una tumba.

Capítulo 9

—¿Cómo dice? —preguntó Bush, desconcertado.

El duque de Lark se puso en pie y lo miró. Era un hombre atractivo, aunque de gesto severo, y tenía los ojos de un azul muy oscuro que a veces parecía negro, como en esos momentos. Pocas veces sonreía, aunque siempre se mostraba exquisitamente cortés con todos y hasta considerado en muchos casos. Se sabía de él que era religioso y recto, que acudía cada domingo a misa y ayudaba en proyectos caritativos.

Tenía un puesto en el Parlamento desde la muerte de su padre, y nunca había dejado de acudir y de cumplir con su deber. Bush sabía que, como político, era pragmático, implacable y concienciado de que la única forma de conseguir un mundo mejor para los pocos privilegiados de siempre pasaba por lograr un mundo mejor para todos.

En su vertiente literaria, por el contrario, tendía a lo fantástico, lo oscuro y lo perturbador. Sus dos novelas, ambas con historias relacionadas con fantasmas, causaban auténtico miedo. A Bush le habían gustado mucho, tanto por el modo de abordar unas historias que siempre le dejaban un algo para reflexionar como por el estilo muy cuidado.

—Usted es médico, un científico —dijo lord Lark, y señaló la zona—. ¿No nota nada aquí?

Bush volvió a mirar el sitio.

—Sí. Precisamente, venía pensando en ello. Da la impresión de que la vegetación ahí es más... más jugosa, más abundante. No sé...

—Cierto, lo es. Porque aquí hay enterrado al menos un cuerpo, quizá más.

—No, no, no... —Bush descartó la afirmación incluso barriendo la posibilidad del aire, con una mano—. ¿Ve unos matorrales más frondosos que otros y ya imagina que hay cuerpos muertos debajo?

—Podrían ser de animales, es verdad —dijo el otro, sin hacer mayor caso de su comentario—. Pero la forma del montículo y el que colocaran esas macetas, estos cuencos de barro por aquí, cuando solo los había visto en el jardín delantero, termina de provocarme la idea.

—¿Me está hablando de un crimen?

Lord Lark titubeó un momento. Luego, se encogió de hombros.

—Si fuera mi novela, lo sería, sin duda alguna. Pero es la suya, milord. La de los Rosegarden. Yo echaría un vistazo. Si no hay nada, siempre pueden olvidarlo.

Bush contempló los cuencos de barro con una nueva sensación de horror. Pensó en la Rosa. ¿Había estado allí, tan cerca, durante todos esos años en los que había sido un misterio?

—Bueno, no sé... —musitó—. Se lo comentaré a mi hermano, a ver qué le parece y...

Una pala cayó en el suelo, entre ellos. Sobresaltados, miraron hacia el lugar de donde había venido. Roseanne estaba de pie, algo sudorosa, probablemente por arrastrar aquel trasto desde una caseta cercana, donde los jardineros guardaban herramientas, semillas y abono.

—Considera que has consultado a tu hermana. Y que te ha dicho que no es algo que puedas dejar para otro día. —Miró a lord Lark—. A menos, claro, que caballeros como ustedes no sepan cómo manejar una pala. —Hizo un gesto hacia atrás—. Hay más, en la caseta.

Bush la miró atónito.

—No pretenderás que nos pongamos nosotros a cavar ahora.

—¿Por qué no? —replicó, aunque no apartó los ojos de lord Lark—. ¿Tampoco le parece bien esto, milord? ¿Teme mancharse en cuerpo o en alma?

El duque hizo una mueca.

—Milady, creo que... —empezó, pero ella no le dejó terminar.

—Para ser un hombre tan interesado en los misterios, no deja de darles la espalda.

Bush apretó los labios, empezando a enfadarse.

—¿Y eso qué quiere decir?

Lord Lark titubeó, pero terminó haciendo un gesto resignado.

—Su hermana se ofreció a enseñarme una sección de los subterráneos.

—Pero él no quiso bajar conmigo.

Bush los miró alternativamente.

—Entonces, aunque ya todos sabemos lo inapropiado que hubiera sido algo así, me parece que mi siguiente pregunta debe ser ¿por qué? —Nada, sin respuesta—. ¿Debo insistir?

—Porque le pedí un beso —replicó ella. La conocía bien, estaba conteniendo una enorme rabia, aunque sonriera—. Le dije que lo llevaría abajo si me besaba en la oscuridad. Pero no quiso.

Bush abrió los ojos como platos.

—¡Roseanne! ¿Cómo se te ocurre? Perdone, milord. Es un comportamiento que no tiene justificación alguna. No sé cómo se le puede ocurrir...

—Quizá, si los papeles se hubiesen invertido, hubiera resultado lógico que el Rosegarden de turno hiciera semejante propuesta a la dama reticente, ¿verdad? Todos hubieran sonreído con condescendencia, de hacerlo Thorn o Bram, o incluso ustedes dos. Pero soy una mujer.

—Lo es, milady —replicó lord Lark. La única prueba de su irritación era su ceño ligeramente fruncido—. Y debería custodiar mejor su reputación. Es su bien máspreciado.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No me venga con moralinas. ¿Qué sabrá usted de mis bienes o mis males? ¿Tan débil me considera que cree de verdad que podría importarme lo más mínimo lo que nadie piense de mí? ¡Al infierno usted y todo el maldito imperio! Si le sirve de algo, ya no lo besaría, ni siquiera en la oscuridad. ¡Ni para salvarle la vida, de estarse ahogando! —Apretó los puños de tal modo que los dos hombres pusieron expresión de alarma. A saber qué harían, si se lanzaba a pegarles—. ¡Bah! Lo único que me apetece es romperle la maldita pala en la cabeza, así que mejor me marchó.

Dio media vuelta y se alejó hacia la casa a buen paso. Bush y lord Lark la observaron en silencio durante varios segundos.

—Durante un momento, creí que de verdad iba a coger la pala y a pegarme con ella —dijo lord Lark. Al imaginar la escena, Bush no pudo por menos que echarse a reír. El duque lo miró sorprendido, pero no tardó en unirse a sus risas—. Dios mío, no sé lo que hubiera hecho entonces. Menuda fiera.

—Lo lamento —dijo Bush, cuando consiguieron controlar el ataque de hilaridad. El otro se encogió de hombros.

—No es culpa suya, milord. Pero, dado que es el único Rosegarden que nunca ha dado pie a escándalos, lo animaría a hacer algo respecto a su hermana. Va a meterse en problemas.

—Le agradezco el consejo. —«Aunque no sé bien qué podría hacer yo», pensó. En parte, entendía la postura de Roseanne. Ni a Thorn ni a Bram les habían puesto límites nunca respecto a su vida sexual. Pero las mujeres... De pronto, le asaltó una duda. ¿Sería virgen Roseanne? Bram se había reído por la posibilidad de que él mismo lo fuera, pero, por supuesto, todos asumían que Roseanne o cualquiera de sus hermanas debían serlo. Bush se pasó una mano por la cabeza. Mejor no pensar en eso, pese a ser médico le resultaba demasiado perturbador. Miró la pala—. Supongo que no es cuestión de que nos pongamos a cavar, vestidos de este modo.

—Pese a la curiosidad que siento, preferiría evitarlo, sí... —Giró el rostro, como si algo hubiese atraído su atención, y Bush también miró hacia allí. La figura de un lacayo se dirigía hacia ellos desde la casa. Llevaba una bandejita de plata con un sobre—. Creo que lo buscan.

—Sí, eso parece. ¿Ocurre algo, Daniels?

—Lord Bush, perdón, lady Roseanne me dijo que estaría aquí... —El criado le tendió el mensaje—. Ha llegado esto para usted. Dijeron que era urgente.

—Gracias. Disculpe —le dijo al duque mientras empezaba a abrirlo. Lord Lark hizo un gesto comprensivo.

Era una nota de la señora Wallace, el ama de llaves del doctor Mayers. ¡Por Dios, cierto, no había ido a la boda! Al final, con la cabeza centrada por completo en la señorita Mildmay, lo había olvidado por completo. Por lo que le contaba, su señor había tenido un desmayo esa mañana. Estaba muy preocupada. El doctor Belfort, con el que colaboraban a menudo y al que había avisado de inmediato, quería llevárselo al hospital, pero Mayers había insistido en seguir en su casa.

—Maldita sea —masculó Bush, disgustado—. El médico con el que trabajo está enfermo. Tengo que irme a Londres de inmediato.

—Puedo llevarlo en mi carruaje. —Se ofreció el duque—. Pensaba volver en cuanto se retirasen los novios para iniciar su viaje a Francia, pero podemos despedirnos ahora y marchar antes.

—Se lo agradecería. —Podía usar el caballo del doctor Mayers para regresar, por la noche. No sería la primera vez. Estando en cama, él no iba a necesitarlo, y lo enviaría de vuelta con un mozo de las caballerizas a primera hora. Ambos miraron los cántaros—. Tengo entendido que usted también se va pronto de viaje.

—Así es, dentro de pocos días. Tengo que documentarme para una novela, en Irlanda.

—Entonces, si le parece, organizaré lo antes posible el levantamiento de esta tumba, si es que lo es, y le mandaré una nota. Con un poco de suerte, podría ser mañana mismo.

Lord Lark sonrió.

—Me parece una buena idea.

Entraron juntos en la mansión y se despidieron de los novios y del resto de la familia, al menos de la mayor parte, dado que Roseanne se mantuvo a distancia todo el tiempo, coqueteando con Darney. ¿Tenía que preocuparse por eso? Bush cerró los ojos, pidiendo paciencia y un poco de paz. Ya se centraría más tarde en ese tema, si de verdad tenía que hacer algo para resolverlo.

Al menos, se sintió un poco divertido al reparar en que lord Lark estaba más rígido de lo habitual, molesto sin duda. Quizá Roseanne no le resultaba tan indiferente como trataba de aparentar, cosa por otro lado muy lógica, puesto que su hermana era una de las grandes bellezas de Londres.

El trayecto hasta la ciudad fue más ameno de lo esperado, gracias a la conversación del duque, pero se alegró cuando por fin llegaron y el carruaje de lord Lark lo dejó frente a la puerta de la casa del médico. Se despidieron, previsiblemente hasta el día siguiente, y entró por la puerta de la consulta.

—¿Señora Wallace? —llamó, mientras dejaba el abrigo y el sombrero en el perchero. Oyó voces a través de la puerta que conducía a la salita, ya en la zona de la vivienda privada del doctor Mayers. Bush caminó rápido hasta allí y abrió sin más—. Señora Wallace, ¿cómo va todo? He recibido su nota y...

Se quedó clavado en el sitio cuando vio a Claredon tomando un té con el ama de llaves, que se levantó de inmediato.

—¡Oh, doctor Rosegarden! —Ella siempre lo llamaba así, el doctor Mayers había insistido que, en ese lugar, la profesión debía estar por encima de títulos o de otras cuestiones—. ¡Cómo me alegro de que haya venido! —dijo la mujer. Se la veía agitada, con los ojos hinchados de llorar—. Ha sido un día terrible.

—Lo lamento mucho, señora Wallace. —Tendió la mano a su amigo, que la estrechó—.

Claredon, no esperaba verte aquí.

—Llegué ayer. —Titubeó, como escogiendo bien sus palabras—. Asistí a las primeras conferencias y solucioné el tema de mis reuniones, para poder volver cuanto antes. —«Por Caroline», pensó Bush, preocupado. «Por supuesto»—. Me había preparado para asistir a la boda con el doctor Mayers, de hecho, cuando ha ocurrido todo.

—¿Cómo no me avisaron antes?

—No queríamos molestarlo hasta mañana, doctor —fue la señora Wallace quien respondió—. La boda de un hermano es sagrada. Pero, al final, no me ha quedado más remedio. Ha empezado a pedirme con insistencia que lo llamara.

Bush arqueó una ceja sorprendido. ¿A él, en concreto? Quizá quería despedirse de sus dos ayudantes. Eso era mala señal.

—¿Cómo se encuentra?

—Dicen que su corazón está muy débil. —Tras la mujer, Claredon le hizo un gesto de negación con la cabeza. No había nada que hacer. Tampoco se sorprendió. El doctor Mayers llevaba tiempo con problemas cardíacos. Por lo que parecía, el viejo músculo estaba ya cansado de seguir luchando. Bush sintió una pena infinita—. Quiere verlo, milord —sollozó—. Suba, por favor.

Él la abrazó, la dejó con Claredon, llorando quedamente, y se dirigió a las escaleras. Bush sabía dónde era, otras veces en que había estado enfermo Mayers, tanto Claredon como él habían ido con frecuencia a su dormitorio. Subió de dos en dos los peldaños, recorrió el estrecho pasillo y abrió con cuidado, sin llamar, por si se había quedado dormido.

No era así. El doctor Mayers estaba mirando al techo con ojos vidriosos. La luz de la lámpara parecía manchar de amarillo todo a su alrededor.

—¿Doctor, puedo pasar? —preguntó en tono bajo.

El médico sonrió al verlo. Hizo un gesto con la mano.

—Claro que sí. Adelante, venga a mi lado, milord. Siéntese aquí. —Tocó apenas el borde de la cama. Bush fue hacia allí y obedeció. Estudió sus pupilas y comprobó su pulso—. Deje eso. Poco se puede hacer ya, y no niego que una parte de mí se alegra de que todo termine por fin.

—No hable así. Con un poco de cuidado...

—Milord, ambos somos médicos. Por favor. —Bush apretó los labios. El doctor Mayers tomó una de sus manos y la oprimió—. No se apene. He vivido una vida más que satisfactoria. Y he sido más feliz de lo que me hubiese merecido.

—Me alegra. Pero, como bien dice, ambos somos médicos. Sabe tan bien como yo que nada de esto es una ciencia exacta.

El doctor Mayers sonrió.

—Cierto. Pero ya está, lo noto, y no me importa, de verdad. —La sonrisa se disipó y dejó una expresión cansada y reflexiva—. Sin embargo, hoy pensé que me moría, y temí no poder hacer lo que voy a hacer ahora. No puedo retrasarlo más.

Bush frunció el ceño, intrigado.

—¿A qué se refiere?

Por toda respuesta, el doctor Mayers llevó la mano al cajón de la pequeña mesilla, lo abrió y sacó un sobre lacrado.

—Esto es para usted, milord. Lo escribí hace mucho y llevo custodiándolo... toda su vida, en realidad. Me juré que se lo entregaría, porque Sally me suplicó que se lo contase todo cuando fuese adulto, pero quiero que conste que nunca estuve de acuerdo con semejante decisión. Siempre he creído que los cimientos de un hombre deben ser inamovibles, o el hombre se tambalea. —Bush, desconcertado, acercó la mano para coger el documento, pero Mayers lo apartó—. No lo haga, lord Bush, afirme bien los pies. Rompa esta carta sin abrirla o, mejor, arrójela al fuego, y siga con la vida que conoce.

—Pero... ¿quién es Sally?

—Para saber eso, tendrá que abrirla. —Bizqueó. Le debía costar mantener los ojos abiertos—. Pero, si la abre, tendrá que atenerse a las consecuencias. —Acercó blandamente el documento, y Bush pudo cogerlo. La voz se le fue debilitando, apenas se oyeron sus últimas palabras—: Ya no será más el mismo.

El doctor Mayers se quedó dormido. Bush contempló el sobre, lo giró entre los dedos y estuvo a punto de arrojarlo directamente al fuego de la chimenea, pero terminó guardándolo en un bolsillo interior de la chaqueta. Arropó a su mentor y bajó de nuevo a la salita.

Encontró solo a Claredon.

—La señora Wallace ha ido a preparar la cena —le explicó su amigo—. ¿Te quedas con nosotros?

—Creo que no, no tengo hambre. —Bush se sentó en una de las sillas vacías, aunque en su mente ya ardía por coger el caballo y volver cuanto antes a Rosegarden Park. No se sentía cómodo con Claredon. Había besado a la señorita Mildmay y eso no era lo peor, lo peor era que estaba deseando volver a besarla. Pero se obligó a pasar allí unos minutos. Hubiese sido extraño no hacerlo—. ¿Qué tal en Cambridge? —preguntó, aunque era un tema que le importaba poco, de modo que hizo la pregunta que sí consideraba esencial—. ¿Por qué has vuelto tan pronto?

—Ya te lo he dicho —replicó, aunque estaba curiosamente inquieto—. El doctor Parsons ya dio su conferencia y charlamos durante horas. Me dio muchos consejos interesantes sobre cómo abordar el tipo de hospital que quiero levantar. Mi abogado ya está buscando una mansión en las afueras, algo adecuado. Prefiero eso a tener que construirlo de la nada, adelantaremos más. Porque quiero tenerlo listo en un año o dos, y debo estar casado para entonces. —Hizo una mueca, como pensando en algo molesto—. De hecho, quiero acelerar ese tema en lo posible. De ese modo, cuando el Hospital Claredon abra, ya tendré formada una familia. Y mi esposa tendrá que haber aprendido a ser una anfitriona que se haga famosa por su elegancia y su distinción.

Bush sintió que el corazón se le detenía. Nunca le había oído hablar con tanta firmeza sobre el tema de la boda.

—¿Es algo que también te explicó Parsons que era conveniente?

Lo había dicho un poco en broma, pero, para su sorpresa, Claredon asintió.

—Ten en cuenta que quiero ofrecer un lugar elegante, para gentes elegantes. Una mezcla entre hotel y hospital, en realidad, donde pueda ir uno a ser atendido y recuperarse, pero también a disfrutar de la paz, para tranquilizar los nervios, o lo que se desee.

—Sí, ya me lo habías dicho. —Vaciló un momento, pero al final lo dijo—: Y es algo muy diferente a todo lo que hemos platicado en el pasado. No, no me hables de ese otro hospital más humilde, en el que hacer beneficencia. No era nada de eso lo que planeábamos en la universidad, y lo sabes.

—Ya. —Claredon apretó los labios—. Quizá la vida haya hecho que ahora desee otras cosas.

Bush abrió mucho los ojos. Por fin atisbaba por ahí algún secreto.

—Eso, sin duda. ¿Qué pasa, Henry?

Hubo un momento en el que pareció que iba a responder, pero no lo hizo.

—Da igual. La señora Wallace nos llamará a cenar en cualquier momento. Ya lo hablaremos otro día.

Frustrado, Bush todavía se lo pensó un momento, por si podía convencerlo, pero supuso que no. Y podía oír cómo la señora Wallace iba poniendo la mesa en el comedor. Definitivamente, no era el momento de tratar aquel asunto.

Se puso en pie.

—Muy bien, pues me iré entonces. No quiero llegar demasiado tarde a Rosegarden Park.

—Muy bien. —Claredon se levantó también y lo acompañó hasta la salida. Estaba esperando mientras cogía sus cosas del perchero, cuando por fin preguntó—: Por cierto, ¿qué tal te fue con Caroline? He preguntado esta mañana en el hotel y me han dicho que se fue hace días, que la recogiste tú. Imaginé que conseguiste convencerla para asistir a la boda. Iré en cuanto pueda, para hablar con ella y... —Una pausa, y el tono denotó desaliento—. En fin, solucionar las cosas, ya te contaré. Por cierto, ¿todo bien en la boda de Bram?

Bush tardó en poder responder, los ojos fijos en el perchero. Nada más salir el nombre de Caroline en la conversación, el corazón había empezado a latirle con fuerza. Claredon iba a ir a hablar con ella, iba a decirle que tenían que casarse de inmediato, para poder tener tiempo de prepararla en la tarea de ser la anfitriona perfecta en aquel monstruoso Hotel-Hospital Claredon, y la señorita Mildmay contraería matrimonio con él simplemente porque siempre había sido su prometida.

Además, Caroline Mildmay no poseía nada en la vida, ni siquiera una casa a la que regresar. Por mucho espíritu aventurero que tuviera, en cuanto reflexionase un poco sobre lo que iba a implicar salir adelante sola en Londres, con la carga añadida de su tía, terminaría haciéndolo. Aunque solo fuera por asegurar el futuro de la señora Kelton.

Y Claredon no la quería, ni ella lo quería a él.

Bush se removió incómodo, sintiendo que estaba en medio de algo ajeno que quería convertir

en propio. Recordó lo dicho por sus hermanos, todo aquello de que los Rosegarden no tenían límites a la hora de lograr sus objetivos. Y que no había nada más sagrado que lo que te dictaba tu corazón.

Por primera vez, estaba totalmente de acuerdo.

—La boda, perfecta. —Se oyó decir, mintiendo con ligereza, como si llevara toda la vida haciéndolo—. Pero me temo que no supe resultar muy convincente con la señorita Mildmay, Claredon. Perdona, con todo el asunto del doctor Mayers lo había olvidado por completo.

Claredon arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde está Caroline?

—En su pueblo, creo. Se disgustó mucho al saber que no estabas, y más al leer tu nota, así que se volvió a Daisy Village. La llevé al coche de postas. —Decidió meter un detalle más, para redondear la mentira—. Yo le ofrecí un carruaje, para que ella y su tía viajaran más cómodas, pero no quiso aceptar. Lo siento.

—Oh, maldición. Así es Caroline de testaruda, sí. Pues nada, si no te importa, en cuanto puedas ocuparte del doctor Mayers y de la consulta, iré a verla. Tengo que hablar con ella, y esto sí que no es algo que pueda tratar por carta. Sobre todo, porque me imagino lo enfadada que está conmigo a estas alturas.

—Bien... —Eso le daba unos días, entre la espera a iniciar su viaje y llevarlo a cabo, con ida y vuelta. Un tiempo que él pensaba utilizar para avanzar posiciones con Caroline. Estaba más decidido que nunca a conseguirla. Desolado, consideró que nunca había sido más Rosegarden que en ese momento de su vida—. Yo pensaba volver a finales de semana, pero dada la situación creo que estaré ya aquí pasado mañana, si te parece bien.

Por mucho que quisiera demorarlo, tenía que atender a Mayers y a los pacientes que esperaban sus visitas esos días. Si lo dejaba solo con todo eso demasiado tiempo, sospecharía.

—Perfecto —aceptó Claredon—. Yo mientras me ocupo de todo, tranquilo. Hasta aprovecharé para hacer un buen montón de gestiones que tengo pendientes, tanto para la apertura del hospital y para la boda.

—Muy bien. —Bush sintió la necesidad terrible de salir de allí cuanto antes, de alejarse de Claredon y de su culpa, aunque dudaba de conseguir lo segundo. Abrió la puerta—. Hasta pronto.

—Espera. —Lo miró, y Claredon le sonrió—. No te preocupes, no te culpo por no haber podido retener a Caroline. Me consta que es impetuosa; mira, por ejemplo, el viaje de ida y vuelta que se ha dado por no consultar antes. Pero sé que tú has hecho todo lo posible por ayudar. Gracias, Rosegarden.

—Eh, sí... Hasta pronto.

Pasó por la caballeriza, preparó personalmente el caballo y volvió a la mansión. Estaba ya oscuro, y, aunque conocía bien los caminos, por las muchas veces que había ido y venido a esas horas en los últimos años, avanzó lentamente, mientras daba vueltas a todo lo vivido y a todo lo

que tenía que hacer.

Al llegar, seguía sin decidirse por nada.

Rosegarden Park estaba en penumbra, bajo un silencio que resultaba aplastante. Sabiendo que no podría dormir, se dirigió a la biblioteca, se preparó una copa y se sentó frente a la chimenea, contemplando las llamas. Un crujido leve, además de una impresión de papel, le hizo recordar la carta sellada que llevaba en el interior de la chaqueta. Había estado tan ofuscado con todo el tema de la señorita Mildmay, y por su mentira, que se había olvidado por completo de ello.

Sacó el documento y miró el sello. No era más que un montón de lacre aplastado, ningún símbolo identificativo. Giró la carta entre los dedos y la miró al trasluz. El doctor Mayers le había dicho que aquello podía cambiar por completo su vida, y le había aconsejado que no la leyera, que la quemase sin más, y de un modo instintivo sabía que tenía razón. Las llamas de la chimenea crepitaron con fuerza, como llamándolo, como animándolo a ello, a buscar el modo fácil de seguir su historia.

Pero ¿había alguien en el mundo realmente capaz de hacer algo así? ¿Renunciar a saber algo tan vital sobre sí mismo? Definitivamente, él no era tan fuerte.

Convencido de que estaba cometiendo un tremendo error, rompió el sello, abrió la carta y se dispuso a leerla mientras se bebía la copa. Luego se iría a acostar, y por la mañana, con la mente despejada, hablaría con Caroline. Le explicaría lo que le dictaba su corazón, lo que podía ofrecerle, con la esperanza de que lo que ella sintiera por él fuera suficiente para perdonar la mentira dicha y para empezar juntos una relación.

Pero la primera frase, escrita con la letra inconfundible del doctor Mayers, lo trastocó todo.

«Milord, no me andaré con rodeos: usted no es un Rosegarden».

Capítulo 10

Caroline llevaba horas dando vueltas en la cama, incapaz de dormir, presa de un cúmulo de emociones que la mantenían como electrizada. Estaba a la vez nerviosa, preocupada y emocionada. ¡Había sido todo tan bonito, tan extraordinario! Un día maravilloso, en el que había conocido todavía más gente encantadora.

Y lord Bush la había besado...

Eso había sido lo mejor, con diferencia. Cada vez que recordaba el momento, giraba entre las sábanas y volvía a hervirle la sangre de igual forma. De haber podido, se hubiese entregado a él de inmediato, en busca de... algo, esa promesa que se presentía en el contacto de sus manos, en la excitación que le provocaban su abrazo y sus caricias.

Jamás, jamás en ningún momento de su vida, se había sentido tan feliz, tan sumamente feliz, como cuando la estrechó contra su pecho. Ni siquiera la decepción de que luego hubiese tenido que irse, por la enfermedad del médico con el que trabajaba, opacaba esa felicidad.

Ni esa preocupación.

¿Qué iba a hacer? ¿Estaría de verdad interesado en algo o había sido producto del momento, uno de esos arrebatos pasionales a los que eran tan propensos los hombres, según se decía? Y, si de verdad quería algo de ella, ¿cómo abordarían el tema de Claredon? Estaban prometidos desde siempre, era lo que deseaban sus padres, y eso para ella tenía mucho peso, aunque hubiese estado dispuesta a romper la relación si era lo que él quería. Últimamente, le daba esa impresión.

Pero ¿y si se había confundido? ¿Y si Henry le decía: «No, espera, Caroline, sé que he sido un desconsiderado, que te he tenido abandonada, que estoy muy centrado en mi profesión, pero quédate conmigo, que nos casaremos el año que viene, seguro»?

O si le proponía contraer matrimonio de inmediato, ya, antes del final de ese mismo verano. ¿Qué debía hacer, qué debía contestar?

Porque, no podía engañarse: todo, absolutamente todo lo que había sentido por Henry en el pasado, incluso durante sus paseos o el día en que le regaló el pañuelo, no llegaba ni a la décima parte de lo que conseguía lord Bush simplemente con una mirada o aquella sonrisa encantadora y llena de amabilidad.

No, no había preguntas posibles, solo esperanzas. Sabía bien lo que quería, y moría de angustia porque no estaba segura de poder conseguirlo.

Incapaz de dormir, se levantó y decidió bajar a la biblioteca, tanto por ponerse una copita de algún licor que le templara los nervios como para escoger un libro y leer un rato. Cogió la vaporosa bata que hacía juego con el precioso camisón que le había conseguido lord Bush y salió del dormitorio.

Esperando no perderse, caminó en completo silencio por los largos pasillos, iluminados cada tramo con los apliques de lámparas de gas. Aun así, había muchas sombras y rincones muy negros que la fueron inquietando cada vez más al hacerla recordar aquella presencia extraña que había percibido cuando lord Bush fue a enseñarle la biblioteca.

Quizá no había sido tan buena idea ir allí, salir del dormitorio a esas horas y sola. ¿Y si no había sido cosa de su imaginación? ¿Y si había alguien moviéndose por ahí? De hecho, por lo que le habían contado, lo había, aunque nadie lograba localizarlo. ¡Pero ayudó a Tess a salir del subterráneo, no podía ser malvada! Con el corazón latiendo a toda prisa, Caroline fue acelerando más y más hasta casi correr para alcanzar cuanto antes la puerta de líneas góticas del País de las Maravillas, como la había llamado lord Bush.

Abrió y entró, para cerrar de golpe detrás y apoyarse de espaldas en la madera.

—Cualquiera diría que la persigue el mismísimo diablo —dijo una voz entorpecida por el alcohol, y Caroline no pudo evitar un grito—. Perdón, no quería asustarla.

Aquel lugar debía ser un refugio para los habitantes de Rosegarden Park, porque exactamente en el mismo sofá en el que había visto a lady Tess antes, y en el que había pensado sentarse ella con su copita y su libro, estaba ahora lord Bush.

¿Qué hacía allí? ¡Y con tan mal aspecto! ¿De verdad estaba borracho? ¡Si siempre se mostraba muy sensato en lo relativo a las bebidas!

Sobre la mesita que tenía enfrente, había un papel extendido. Y también vio una botella casi vacía. El vaso lo tenía en la mano, y justo en ese momento procedió a un nuevo trago.

—No me ha asustado —dijo Caroline, aunque no era cierto. Titubeó un momento, sin saber si retirarse o no. Lord Bush no parecía ni dispuesto ni en condiciones como para iniciar una conversación. Pero, al igual que había hecho con lady Tess, decidió preguntarle, por si podía ayudar de algún modo—. ¿Qué hace aquí? Pensé que se quedaría en Londres a dormir.

—¿Yo? No. No hubiese podido. —Giró la cabeza para mirarla—. Usted y yo tenemos algo que hablar.

Ella se frotó las manos, nerviosa.

—Es cierto.

Lord Bush asintió.

—Por eso vine, para poder hacerlo mañana a primera hora. No imaginé que tendría esta oportunidad. Yo... —Un nuevo silencio—. Demonios, perdone, soy incapaz de centrar dos ideas seguidas. He bebido demasiado.

—Ya lo veo. ¿Y por qué lo ha hecho?

—Porque... —Dudó—. ¿Sabe que las vidas pueden dar cambios radicales? Yo sí lo sabía, pero no hasta qué punto. —Se frotó el rostro con las manos—. Resulta que ya no soy el hombre que la besó, sino alguien muy distinto.

—¿Qué? —replicó ella. No solo le costaba entender su forma de hablar, tan estropajosa por la bebida, sino que no llegaba a seguir el hilo de sus ideas.

—Que yo no soy lord Bush Rosegarden. Visto así, besarse o no no tiene mayor importancia, ¿no cree?

Caroline se quedó mirándolo unos segundos. No parecía una broma.

—No sé de qué habla —reconoció por fin—. ¿Por qué dice que no es lord Bush Rosegarden? Yo lo conozco, sé quién es, y sé que responde a ese nombre.

—Eso lo sabe porque se lo he dicho yo y porque todos creen que lo soy. ¡Todos! Pero hoy he descubierto que no es así, que vivo en una gran mentira. —De pronto se echó a reír—. Algo que, teniendo en cuenta cómo he mentido hoy, como un auténtico bellaco, es algo que no debería sorprenderme. Todos mentimos, todos. Por fin me ha quedado claro que nadie tiene mayor estatura moral. Simplemente, somos humanos, y todo depende de lo que queremos en cada momento.

Caroline agitó la cabeza y miró el papel. Parecía una carta.

—¿Está así por eso?

Él chasqueó la lengua contra los dientes. Rellenó el vaso y bebió.

—Léelo, Caroline —dijo, tuteándola de repente—. Tú me has llevado a descubrir mi auténtica naturaleza. Mereces ser también la primera en saber quién soy de verdad.

Caroline lo observó todavía un par de segundos, indecisa. Aquello no le parecía buena idea. A saber, si, al día siguiente, ya sobrio, le agradaría la idea de haber compartido aquello con ella. Aquel secreto, puesto que debía serlo.

Pero ella también estaba intrigada, así que no pudo resistirse. Cogió el papel de la mesa y se acercó a la chimenea, para poder leerlo bien con su luz.

Decía así:

Milord, no me andaré con rodeos: usted no es un Rosegarden. O sí, porque, en definitiva, su padre fue lord Thorn II, pero no es fruto legal de su matrimonio con lady Peony, sino de su unión ilícita con una joven que trabajaba de criada en Rosegarden Park, y de la que ya solo queda el recuerdo de su nombre: Sally Caves.

Por lo que yo sé, Sally era una joven muy humilde, de Rosegarden-on-the-Water, de cabello oscuro y ojos grandes de un hermoso azul nocturno. Había entrado a trabajar en la mansión con dieciséis años, cuando lord Thorn II era ya un hombre casado en segundas nupcias y con dos hijos, uno de cada esposa, pero no estuvo allí mucho tiempo. Al hacerse amantes, él la alojó en una casa de las afueras de Londres, allí donde pudieran vivir su amor discretamente.

Sé que ella lo amaba, y creo que él también a ella, aunque era un hombre amargado, que había conocido antes el amor y lo había perdido del modo más terrible. No sé si abrió de verdad su corazón o si

simplemente se dejó querer, para intentar paliar todo aquel dolor.

De lo que estoy totalmente seguro es de que lord Thorn detestaba a su esposa, lady Peony. Mantenía con ella una guerra soterrada de la que poco salía a la vista, pero que minaba toda felicidad dentro de la casa. Yo lo sabía, podía verlo. Por aquel entonces, era un joven médico que trabajaba a las órdenes de mi tío, el doctor Ashley Mayers, el físico habitual de los Rosegarden.

Yo era poco más que su ayudante, como digo. Por eso, me sorprendió enormemente que lord Thorn me saliese al camino un día para pedirme que visitase con discreción a Sally, porque se sentía indispuesta. No quería que se lo dijera a nadie, ni siquiera a mi tío.

«Júreme que será nuestro secreto, doctor Mayers», me dijo, una exigencia que me sonó teñida de desesperación. Y yo acepté, sin saber en realidad lo que conllevaría todo aquello.

Cuando la examiné, comprobé que Sally tenía una fuerte anemia, cuyo origen no pude determinar. Por eso, se encontraba muy débil y alicaída, pero, para mi sorpresa, también estaba embarazada. Eso complicaba las cosas, yo no estaba seguro de qué pasos debía dar, cómo ayudar con total efectividad a la madre y al niño, y decidí consultar con mi tío, pese a todo.

En mala hora tomé aquella decisión...

Mi tío se alarmó mucho cuando supo que yo estaba atendiendo a Sally y que me tenía preocupado su anemia, que no acababa de entender. Insistió en que lo dejara, que me apartara de semejante asunto. Eso, ya de por sí, debió prevenirme, pero no lo hizo. Ni lo pensé. Yo confiaba ciegamente en él. No sé si mi tío amaba o temía a lady Peony, o quizá sentía ambas cosas, pero el caso es que no tardó en informarla de todo.

Dado que lord Thorn ya no acudía al lecho de lady Peony, cuando esta supo que su esposo esperaba un hijo con su amante, estalló en alaridos, gritando que estaba claro que a los Rosegarden les gustaba tener hijos con las fregonas. Fue el comienzo de un ataque de furia tan intenso que estuvo una semana en cama con fiebre.

Cuando se recuperó, había elaborado un plan, un plan perverso y oscuro, surgido de aquel infierno de llamas y odio en el que había estado sumida su cabeza. Un plan como los que solo ella era capaz de concebir, y en el que mi tío Ashley tenía un papel protagonista.

Con su ayuda, convenció a lord Thorn de que lo mejor era simular que el hijo era nacido de matrimonio. «Por el bien del bebé», le repitieron mil veces. «No querrás que sea un bastardo». La joven Sally no tenía familia, había crecido en un orfelinato, de donde la enviaron como criada a Rosegarden Park, y estaba enferma. Mi tío aseguró que no duraría mucho.

Visto lo visto, ¿qué sentido tenía no hacer las cosas bien? Ya que lady Peony se mostraba magnánima y hasta conciliadora, ya que estaba dispuesta a colaborar en la argucia ideada, según le expusieron, por mi tío, había una oportunidad de oro para la criatura.

No sería un bastardo. No sería el hijo ilegítimo de una fregona. Sería un lord, el hijo de un marqués. Lo que era, en realidad. Y lord Thorn no estaba como para pelear, ni siquiera como para darse cuenta bien de las cosas. Se sentía hundido, se sentía maldito. Yo estaba presente cuando le dijo a mi tío que dos veces había amado, y dos veces había matado a sus mujeres con el fruto de su descendencia.

No era el caso, desde luego, Sally no murió dando a luz. Pero se lo cuento para que entienda lo confuso y enajenado que estaba en esos momentos su padre. Se pasaba horas mirando al frente, perdido en sus lamentaciones. En semejante situación, no fue capaz de oponerse a los planes de lady Peony.

Ella orquestó todo y se ocupó de cada detalle, con la ayuda de mi tío y amparada en mi silencio. Dijo por ahí que iba a París, en su viaje anual para renovar vestuario, pero en realidad no se alejó demasiado de Londres. Se instaló en una casita apartada y se mantuvo siempre fuera de la vista de los lugareños. Solo la acompañaron una doncella, de la que no volví a saber nada, y un hombre de las caballerizas de

Rosegarden Park llamado Jarvis, con el que jugué muchas partidas de cartas en los meses siguientes. Eso fue todo lo que nos tratamos, porque nunca me dio conversación alguna.

Cuando llegó su carta, supuestamente de Francia, diciendo que se encontraba mal, fui enviado a estar con ella, y pocos días después enviamos el mensaje anunciando que se encontraba encinta, y que para evitar riesgos para la criatura, era mejor no hacerla viajar. Que yo me quedaría con ella.

Como concesión a lord Thorn, se le permitió decir que iba a reunirse con lady Peony y pudo pasar ese tiempo en la casita de Sally, hasta nacer el niño, y luego un poco más. Sally no duró mucho. En su lecho de muerte me suplicó que, cuando el niño fuera capaz de comprender las cosas, le contase la verdad. No temía a la muerte, pero sí a la idea de que su hijo no supiera nunca cuánto lo había amado...

Pobre niña incauta. Pobre criatura. Al menos, al final no sufrió. Solo se quedó dormida y se alejó del mundo. Ojalá yo pueda contar con una muerte así.

Semanas después, para alegría general, los marqueses de Farrose regresaron a Rosegarden Park, supuestamente desde Francia, aunque nunca habían abandonado siquiera el condado.

Al principio, todo el mundo se refería al nuevo hijo del matrimonio, al nuevo lord, como «el francesito», aunque los señores no tardaron en prohibir el uso de semejante término, alegando que querían que fuera totalmente inglés, pese al lugar de su nacimiento, y al final dejó de usarse. Con el cambio de criados, y el hecho de que nada constase en los informes médicos, el tema se olvidó.

En cuanto a los condes de Abbott, nunca he tenido claro si sabían la verdad o si su hija también los engañó a ellos. En todo caso, ya conoce a lady Cordellia, siempre ha sido la primera en denostar lo extranjero. Se tomó como algo personal que ese nieto fuera tan británico como los otros.

Ese era usted, lord Bush. «El francesito». El hijo de Sally Caves.

¿Por qué no le dije nada antes? ¿Por qué no se lo conté cuando, por circunstancias de la vida, su hermano vino a pedirme que lo acogiera a usted como ayudante? La respuesta es sencilla, aunque llena de matices: por miedo, por ambición. Incluso por amor. Mi tío estaba más implicado en todo lo ocurrido de lo que podía permitirme que se supiera, algo que hubiera acabado con su carrera y probablemente con la mía.

Porque, milord, siempre me he preguntado qué pasó con aquella doncella que no regresó del supuesto viaje a Francia. Y, también, he sospechado que la extraña anemia de la pobre Sally pudo haber sido provocada por algún veneno, ya que remitió cuando se inició todo el plan, para luego resurgir con mayor virulencia, hasta matarla.

¿Quién pudo hacer algo así? Solo dos personas estaban capacitadas para ello, y puedo jurar por la salvación de mi alma que yo no lo hice.

Sí, milord, creo que mi tío asesinó a Sally Caves, por orden de lady Peony. De hecho, desde entonces, no volvió a ser el mismo, tuvo su propia condena, que intentó aliviar sin mayor éxito con el alcohol. Terminó volándose la cabeza de un tiro, hace ya muchos años, dejándome solo y desconsolado.

Yo he tratado de compensar todo lo ocurrido en la medida de lo posible. Cuando su hermano, lord Thorn, me preguntó si podría tomarlo a usted como médico ayudante, para aprender a mi lado los entresijos de nuestra profesión, sentí que era un mensaje del Cielo, algo que me permitía redimirme de algún modo. Ojalá así haya sido.

En todo caso, quiero que sepa que, tras conocerlo en este tiempo, he llegado a quererlo como a un hijo y que ha sido un honor trabajar a su lado, doctor Rosegarden. Si decide emplear su vida en la medicina, en vez de malgastarla en el ocio, como suelen hacer los nobles, hará usted mucho bien a sus semejantes.

Un fuerte abrazo, amigo mío,

John Mayers, médico

Caroline alzó los ojos del papel, consternada. Lord Bush seguía con su botella de licor en una mano y su vaso en la otra, aunque estaba claro que no le quedaba nada para beber. Tan claro como que no se emborrachaba a menudo y estaba totalmente superado por la situación.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó.

—¿Qué voy a hacer? —masculló, aturdido—. ¿A qué te refieres?

—A todo esto. —Agitó el papel—. ¿Quién conoce el contenido de esta carta?

—Ah... Que yo sepa, el doctor Mayers, tú y yo. —Rio con amargura—. Él me dijo que la destruyese sin abrir. Que iba a trastocar toda mi vida, porque iba a descubrir algo que me cambiaría para siempre. —Se oprimió los lacrimales—. Pero no podía hacerlo, ¿lo entiendes?

Ella sonrió con amabilidad.

—Sí, claro que lo entiendo. ¿Quién podría jurar sin sombra de duda que no hubiese mirado el contenido de la caja de Pandora? Nadie. Sobre todo, si se nos dice que dentro hay un secreto sobre nuestra existencia. Somos humanos. Pero...

—¿Pero?

Caroline agitó el papel en el aire.

—Si este papel fuera mío, lo arrojaría de inmediato al fuego. Lo que cuenta es muy peligroso para ti.

—¿Para mí?

—Demuestra que no eres fruto del matrimonio de los marqueses de Farrose. Podrías perder privilegios, derechos hereditarios, no sé...

—Oh. Nada de eso me importa.

—Pues debería. Porque sí eres hijo de lord Farrose, deberías tener los mismos derechos que el resto. Y tus hijos, cuando los tengas, deberían también contar con esa herencia, ya sea en fortuna o en respeto social.

Él vaciló.

—Sí... Hijos... Supongo.

—Además, no es como si pudieras buscar un resarcimiento para alguien. Que yo sepa, excepto tú, todos los implicados están muertos o se acercan a su fin. No ganas nada con esto. Yo lo quemaría y pensaría que soy un Rosegarden, porque así he sido criado, así he crecido y así lo decido yo. Nada de lo que pone aquí puede alterar eso. —Alzó un dedo—. Ah, y le diría al doctor Mayers que lo hiciste sin abrirla. Él no te lo quería contar, no quería pasar por la vergüenza de que supieras lo que había hecho su tío y lo que había callado él, pero lo hizo, por la memoria de tu madre. Se ha portado bien con ella y contigo. Va a morir, le daría un poco de paz.

—Sí, cierto. —Lo vio apretar la mandíbula—. Muy bien, adelante, hazlo. Arrójalo a las llamas.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Yo? No me corresponde...

—Por favor. Lo haría yo mismo, pero soy incapaz de mantenerme en pie.

—¿No prefieres esperar a mañana, cuando se te haya pasado la borrachera? Quizá entonces, tras haber recapacitado...

—¿Para qué? Tienes razón en todo, Caroline. Soy un Rosegarden, como mis hermanos. Solo lamento... —De pronto, ahogó un sollozo—. Por todos los demonios, no dejo de pensar en esa chica, en Sally. Debió pasar tanto miedo...

Caroline sintió que también se le llenaban los ojos de lágrimas. Corrió hacia él y se sentó a su lado, para poder abrazarlo.

—Cálmate, cálmate, Bush. Piensa que, pese al triste final que sufrió Sally, murió en paz, y nos queda el consuelo de que también fue feliz —le recordó.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? Estuvo con el hombre que amaba. Tuvo un hijo con él... —¿Cosas que a ella le gustaría tanto poder vivir! Pero eso no sería jamás capaz de decirlo. Enterró los dedos en el denso cabello de Bush y él se estremeció entre sus brazos—. No puedes ayudarla, Bush, ya nadie puede. Pero sí puedes hacer mucho con todo lo que has aprendido.

—No sé si sabré...

—Claro que sí. De ti depende que todo esto te haga mejor persona, un hombre cariñoso y un médico excepcional, uno que ame de verdad a sus pacientes. Estoy segura de que Sally se sentiría feliz, con eso. —Lo sintió llorar y lo apretó con fuerza durante varios minutos en los que contempló las llamas de la chimenea, arrullados ambos por el crepitar de la madera. Cuando sintió que cedía en su pena, añadió—: Vamos, es muy tarde y estás agotado. —«Y bebido», pensó, pero no lo dijo—. Debes ir a acostarte.

Bush asintió. Lo ayudó a levantarse, porque se tambaleaba un poco, pero casi al momento notó cómo las manos del hombre oprimían su talle. La estrechó contra él y la miró con ojos arrasados por las lágrimas, sí, pero de ese modo único que lograba hacerla estremecer. Caroline no llevaba tacones, de modo que estaban casi a la altura.

—Qué bien hueles... —murmuró él entonces—. Y eres tan encantadora, Caroline...

—Bush... —suspiró ella—. Deberíamos...

—Todavía no hemos hablado de nuestro beso.

Caroline sintió la garganta reseca.

—Cierto, cierto... Pero no sé qué podría decir, y menos ahora. Tienes cosas más importantes en las que pensar. Quizá mañana...

—No, no. No puedoirme a dormir sin más, con el alma tan alterada. Dime que te gustó —pidió con voz ronca. Notó su aliento, tan cerca, casi a punto de besarla otra vez. Olía a whisky y a menta—. Dime que quieres repetirlo. Dime que no importa que yo sea el hijo de una noble o de una criada.

Ella parpadeó. Las llamas de la chimenea revelaban en colores y luces furiosos la mitad del rostro de Bush.

—Pues claro que no me importa —dijo, su tono delatando su sorpresa. ¿De verdad había esperado otra cosa?—. Mi padre era médico, venía de una buena familia, pero mi madre era la hija de un tendero de Daisy Valley, gente sencilla, de buen corazón. Y claro que me gustó. Solo sueño con repetirlo. —Reuniendo valor, alzó una mano y le acarició la mejilla—. Quiero eso y mucho más. Tanto, que hasta me siento asustada cuando pienso en ello. Porque, la cuestión, milord, es qué quieres tú.

Los ojos de Bush brillaron. Vio que le temblaban las aletas de la nariz.

—¿Y Claredon? ¿Qué pasará si vuelve y quiere casarse contigo?

—No lo sé... —Ella tomó aire, en un intento de darse tiempo. El compromiso, el deseo de sus padres... Siempre había estado encorsetada en todas aquellas normas, pero no le había importado, porque había creído que quería de verdad a Claredon, tan atractivo, culto y lejano. Ahora sí, ahora sabía que su amigo de la infancia no podría jamás despertar en ella sentimientos tan intensos como los que provocaba Bush—. Sinceramente, no tengo ni idea. Una vez más, milord, la cuestión es qué quieres tú. No tienes compromiso con nadie, eres libre de elegir. ¿Qué es lo que quieres?

Bush la miró durante un largo rato. Miró el papel que ella seguía sosteniendo en la mano derecha y se lo cogió con delicadeza. Lo hizo una bola y lo lanzó contra las llamas de la chimenea, en un movimiento fluido, pese a la torpeza que provocaba el alcohol.

El papel crepitó sobre los troncos, estalló en llamas casi de inmediato y se consumió en un par de breves segundos.

—¿Sabes? —musitó él, entonces—. Mientras venía, montado en el caballo, le daba vueltas una y otra vez a lo que iba a hablar contigo. Esta conversación era lo que más me interesaba en el mundo, lo único que me parecía importante. Le daba vueltas a lo que te diría para convencerte, a lo que sentirías tú, a lo que podríamos lograr, juntos... Te aseguro que pasaron por mi cabeza un centenar de argumentos, con sus miles de palabras, y ahora no me sale ninguna. —Entrecerró los ojos, mirándola con fijeza. Sus pupilas se deslizaron, recorriéndola lentamente, de arriba abajo, y luego vuelta—. Quizá sea porque en ningún momento imaginé que te vería así, tan hermosa.

Ella sonrió apenas.

—Tú me conseguiste este camisón.

Bush lanzó una carcajada ahogada.

—Es que yo, señorita Mildmay, tengo un gusto exquisito. Por eso estamos aquí. Por eso me vuelves loco.

Caroline se echó a reír, aunque se sentía nerviosa e ilusionada a partes iguales. ¿Estaría diciéndolo en serio? O todo lo en serio que podía hablar un hombre borracho. Carraspeó.

—Gracias, es usted muy galante. Es l...

—Ven a mi habitación —propuso él, de pronto, y el corazón de Caroline dio un vuelco completo en su pecho. Bush la cogió por el cuello y la besó con suavidad, aunque ambos se tambalearon por el impulso. Separó apenas los labios para añadir—: Pasa conmigo esta noche,

señorita Mildmay.

Caroline había crecido escuchando los peligros de entregarse antes del matrimonio, y eso siempre refiriéndose a un prometido, como lo era Henry en su caso. Los hombres no eran de fiar, le repetía a menudo la tía Wallis, y también la señora Copton, de la única tienda de Daisy Valley, y las señoras Smith y Berenson, esposas del médico y del señor alcalde.

Todas las mujeres que conocía, las que tenían una cierta edad, le habían dicho que no podía fiarse; que una vez que entregase su virtud, su único tesoro, su precio bajaría, y raro sería que quien lo hubiese disfrutado no saliera huyendo.

Pero ella no creía que lord Bush Rosegarden fuera así, ni ella quería ser como aquellas mujeres prejuiciosas que vivían una existencia triste en la que los hombres eran el enemigo, o como mucho unas criaturas diferentes, que las consideraban poco más que un divertimento.

Ella creía haber encontrado alguien de quien sí podía fiarse, con quien podía avanzar del brazo en igualdad de condiciones. Un amigo. Y no estaba dispuesta a desperdiciar la ocasión.

Solo había algo que la retenía. Algo que la hacía dudar.

—Yo... —susurró—. Vas a tener que enseñarme. No sé nada de... esos temas.

Bush se echó a reír. Una risa suave y ronca que provocó una miríada de ecos en el interior de Caroline.

—Será un auténtico placer. —Lo oyó decir, justo antes de volver a besarla.

Capítulo 11

Por la mañana, justo antes del amanecer, Bush abrió los ojos como cada día, buscando en su memoria qué pacientes estaba atendiendo y qué debía hacer a lo largo de la jornada. Tardó un par de segundos en recordar, sobre todo por el fuerte dolor de cabeza, lo que había pasado. Entonces, se sobresaltó y se giró hacia el otro lado de la cama. Caroline estaba acostada a su lado. Sus ojos azules lo miraban con intensidad.

—Buenos días, milord. —Sonrió—. ¿Cómo te sientes?

Bush le devolvió la sonrisa, somnoliento.

—Buenos días, milady. Si te digo la verdad, como si me golpeasen con un martillo desde el interior de la cabeza.

Ella rio.

—Pobrecito. Por eso estás tan confuso. Yo no soy lady, no tengo este título.

—Si vamos a eso, yo tampoco soy milord, en realidad —replicó él con sencillez. Le acarició la mejilla; la mano siguió bajando, rozando su cuello hasta detenerse sobre uno de sus pechos, rememorando las horas de pasión que habían compartido antes de dormirse. La sintió estremecer—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Muy bien. Mejor que nunca, de hecho. Fue tan... maravilloso. No dejo de pensar en todo lo que me hiciste sentir. —Se movió, frotándose apenas contra él, insinuante—. Hazme otra vez el amor, Bush Rosegarden.

—Tus deseos son órdenes para mí, Caroline Mildmay. —Se movió hacia ella, colocándose encima, con la sensación de estar haciendo algo natural, algo cómodo y sencillo. Algo maravilloso—. Ojalá pueda seguir así el resto de mi vida.

Vio que un relámpago de duda cruzaba los ojos de Caroline, pero ella no dijo nada y él lo olvidó pronto, en cuanto estuvo dentro de ella, moviéndose con lentitud y decisión hacia la promesa de liberación que atisbaba a lo lejos. El placer fue más intenso incluso que la noche anterior, cuando estaba todavía demasiado borracho y aturdido como para disfrutar plenamente de la experiencia.

Quizá por eso estaba tan febril, hasta el punto de que hicieron el amor dos veces antes de que

ella huyera a toda prisa, para llegar al dormitorio antes de que despertase su tía. Bush hubiera seguido en la cama con ella toda la mañana, toda la noche e incluso el resto de su vida, pero Caroline insistió en que debían disimular frente a los demás. Nadie debía saber lo ocurrido entre ellos.

No estaba seguro de que lo hubiesen conseguido, porque sentía las miradas de todos fijas en Caroline y en él, llenas de curiosidad.

Por lo menos, tenía el tema de la supuesta tumba descubierta por lord Lark en la parte trasera del jardín, en un rincón apartado que, por alguna razón, se habían esforzado con decorar con cuencos de barro y flores variadas.

Cuando comentó la idea de exhumar lo que allí hubiera, todos mostraron interés.

—Yo tengo cosas que hacer esta mañana —adujo Thorn, que desde que se supo que su esposa estaba encinta, se empeñaba en llevar a cabo él mismo las visitas a los arrendatarios de las granjas de los alrededores, para comprobar qué necesidades podían tener—. Pero si quieres, podemos invitar a almorzar al duque y después visitamos el sitio. ¿Podría ocuparse, Clowes? —le preguntó al mayordomo.

—Por supuesto, milord —contestó al momento el aludido. Thorn le sonrió con agradecimiento, y también Bush, que apreciaba mucho a Clowes, hijo de la anterior ama de llaves—. Pero se me ocurre que, para que no resulte tedioso estar esperando, estaría bien ir excavando ya.

—Sí, buena idea.

—Yo me ocupo, señor Clowes, tranquilo —dijo lady Rosalynn—. Precisamente tengo que ir al invernadero para elegir las nuevas flores a plantar. Le diré al señor Jarvis que envíe un par de hombres de inmediato para que vayan retirando los adornos y comiencen a cavar. Así, cuando terminemos de almorzar, podremos dirigirnos allí y echar un vistazo. Será divertido. Incluso haré que pongan cerca una mesita bajo los árboles, protegida con sombrilla, para que podamos tomar algo fresco y disfrutar del jardín y de la experiencia... detectivesca. —Había bromeado, pero de pronto su rostro mostró preocupación—. No crees que encontremos nada desagradable, ¿verdad, Thorn?

—No, cariño, claro que no...

—Bueno. Lo digo por las niñas, que podrían impresionarse y...

Bush perdió el hilo de una conversación que amenazaba con terminar en disputa por parte de las tres Rosegarden pequeñas, que no estaban dispuestas a dejar de asistir a aquel repentino entretenimiento. Sobre todo Roseanne, por supuesto. De ser otras las circunstancias, quizá hubiera intervenido en la disputa para afirmar que, antes de dejar que se acercasen por allí, deberían asegurarse de que efectivamente no había nada.

Sin embargo, él tenía la mente centrada en otro sitio.

Jarvis, Jarvis, el jefe de jardineros, cierto... Pero ¿dónde había oído su nombre hacía muy poco? Bush tenía todavía la cabeza aturdida por la resaca, y no conseguía recordarlo. Era como

tener una palabra en la punta de la lengua, algo que siempre le resultaba insufrible. Terminó de desayunar, repentinamente silencioso, y luego, dado que Caroline parecía enfrascada en una conversación con su tía, salió al jardín, con la esperanza de que un paseo le despejase las ideas.

No había avanzado mucho cuando oyó pasos detrás.

—¡Lord Bush! —Oyó. Se detuvo y miró hacia atrás. Caroline se acercaba a buen paso—. ¡Lord Bush! ¡Espere!

Él arqueó una ceja.

—Vaya por Dios. ¿Te dejo escapar de mi cama y de nuevo me tratas de usted? —preguntó él, burlón. Caroline se echó a reír.

—No, pero no quería decir algo impropio al alzar la voz, por si alguien podía escucharnos.

—A mí no me hubiese importado. ¿Y a ti?

Ella vaciló.

—No, desde luego que no. A mí tampoco, pero mi tía...

—Oh. Sí, es cierto. —Sonrió—. Supongo que es la cabeza de familia. Tendré que hablar con ella para pedir permiso para cortejarte.

Caroline abrió mucho los ojos.

—¿Para cortejarme?

—Sí, desde luego que sí. A menos que tú no quieras, claro. Si te empeñaras mucho en no tener relación alguna conmigo, te dejaría ir, por supuesto. Pero me gustaría que me permitieras cortejarte, Caroline Mildmay, para ver adónde nos lleva todo esto que sentimos.

—Pero... ¿estás seguro? —preguntó indecisa—. No formo parte de tu mundo, Bush, y no dispongo de fortuna alguna. Te recuerdo que ni siquiera tengo una casa a la que volver.

—¿A quién le importa eso? Mi familia es rica, pero incluso aunque no lo fuera, soy médico, viviríamos bien. Y, respecto a la casa, se me ocurre que podrías quedarte aquí, como hizo Tess en su momento. Al estar mi cuñada, mis hermanas y un buen número de doncellas, no habría lugar a escándalo. Y si al final decides que no quieres casarte conmigo...

—Por Dios, ¿cómo puedes imaginarlo siquiera? —exclamó ella, dando saltos tan feliz que Bush no pudo evitar una carcajada—. ¡Quiero, quiero, quiero...! ¡Te besaría, pero...!

—No hay peros que valgan. —Pese a todo, miró a los lados, por precaución. Aprovechando que nadie parecía verlos, la besó con fuerza y tomó su mano—. Vamos, ven, escapémonos unos minutos. —Empezó a tirar de ella hacia los jardines—. Tengo que ir a...

—Bush... —dijo ella, interrumpiéndolo con expresión alerta, como si hubiese recordado algo—. ¿Ese Jarvis del que ha hablado lady Rosalynn podría ser el mismo que se mencionaba en la carta del doctor Mayers?

Bush se detuvo. ¡Claro! ¡Allí era donde lo había leído! En su momento no le dio mayor importancia, porque estaba borracho y aturdido. Además, lo mencionaba como un trabajador de las caballerizas, si no recordaba mal, no como un jardinero. Pero había visto el nombre en la carta. Y debía ser ese Jarvis, seguro que sí. El viejo jefe de jardineros, silencioso y gruñón,

llevaba toda la vida trabajando en Rosegarden Park, que él supiera. Aunque también podía tratarse de un pariente, un familiar, alguien que compartiera su apellido y que en aquella época trabajase en las caballerizas.

—Acabas de resolverme un enigma de lo más molesto —le dijo, levantándola por la cintura en volandas y girando. Ella rio alegre—. Eres maravillosa, Caroline.

—Tonterías. Tarde o temprano hubieras caído en la cuenta.

—Puede ser, pero lo importante es el alivio de saberlo ya. —La besó y la dejó en el suelo—. Odio esa sensación de tenerlo ahí, en la punta de la lengua, pero no poder alcanzarlo.

—Sí, lo entiendo. —Ella cambió su radiante sonrisa por un gesto de pena—. Quizá deberías hablar con él sobre... bueno, sobre todo aquello.

—Sin duda. Imagino que estará presente luego, cuando abramos el agujero en su jardín. Le diré que quiero hablar con él. No es que lo haya visto jamás mantener más conversación que la relacionada con su trabajo, y poca cosa, pero intentaré sonsacarle cuanto me sea posible. ¡Ja! —Rio al recordar lo celoso que era Jarvis de cada una de las plantas de Rosegarden Park—. Seguro que no le hará ninguna gracia que excaven en su territorio.

—Perfecto entonces. ¿Damos ese paseo?

—No era propiamente un paseo, solo quería besarte a escondidas unos minutos. Ahora mismo, no tengo tiempo para más. Debo ir a Londres antes del almuerzo, para saber cómo está el doctor Mayers.

—Oh, claro... ¿Quieres que te acompañe?

—Me encantaría, pero mejor voy a caballo. Así iré más rápido y volveré antes.

—Bien. Te echaré de menos.

—Y yo a ti. Mucho. —La enlazó por la cintura y la besó de nuevo con fuerza, esta vez demasiado impulsivo como para comprobar nada—. Todavía no me he ido y ya estoy deseando volver a tu lado. Esta noche tienes que...

Bush se interrumpió al descubrir un jinete que pasaba por el camino que llevaba a la casa. Iba a buen trote, pero estaba mirando hacia ellos. El corazón se le detuvo en el pecho al reconocer a Claredon.

—¡Dios mío! —gimió Caroline, al percatarse también de quién era. Intentó apartarse, pero Bush la retuvo—. Bush, por favor...

—No. No, Caroline. —Demonios, hubiera preferido hacer las cosas de otro modo, pero ya que estaban así, que así fuera—. Espera, no pasa nada. Hablaremos con él.

Estaba angustiado por cómo iba a reaccionar cuando supiera que le había mentado a Claredon para intentar que no se encontrasen, pero, qué remedio, no podía impedirlo. No dijeron más mientras su amigo dejaba el caballo en manos de un hombre de las caballerizas y avanzaba en su dirección.

Claredon se detuvo a pocos pasos, mirándolos alternativamente, con sorpresa y algo de enfado. Respecto a lo primero, Bush no supo discernir qué lo había asombrado más, si verlos

juntos o la altura de Caroline, que lo tomó tan de improviso que en un principio no pudo esconder su alarma y su desagrado. Él era bastante más bajo que Bush, siempre lo había sido, pasaba poco del metro setenta, de modo que la diferencia con Caroline resultaba notable.

—¿Caroline? —preguntó, de hecho, como si le resultara difícil reconocerla. Ella sonrió.

—Hola, Henry. Me alegro de verte. Creí que ibas a estar toda la semana en Cambridge.

Él arqueó ambas cejas.

—Y yo te hacía de vuelta en Daisy Village. —Caroline frunció el ceño con desconcierto. Ambos miraron a Bush, que trató de solventar el momento lo más elegantemente posible, manteniéndose tieso como un palo—. Creo, Rosegarden, que tienes mucho que explicarnos a ambos. Pero ya hablaremos. Ahora he venido para que supieras que el doctor Mayers ha muerto.

—¿Qué? —No imaginó que la noticia fuera a provocarle tal dolor en el pecho. Conocía al doctor de toda la vida, pero en los últimos tres años, con el trabajo tan intenso en común, había llegado a apreciarlo sinceramente. Al margen de lo que hubiera hecho o dejado de hacer en el pasado, se había comportado como un padre con él—. Oh, maldita sea...

—Ya sabes cómo son estas cosas —añadió su amigo—. Su corazón no soportó más y murió mientras dormía. —Mientras dormía... Bush vio en la expresión de Caroline un reflejo de la suya propia. Ambos habían pensado lo mismo, que Mayers se había ido como había deseado en su carta. Con dignidad, sin dolor y en paz. Un pensamiento consolador, pese a la pena—. Pensé que querrías saberlo cuanto antes, por eso he venido a decírtelo. Supongo que ha sido una suerte, más que nada por no perder el tiempo, ya que pensaba partir para Daisy Village mañana, tras el funeral.

—¿Ibas a ir a Daisy Village? —preguntó Caroline, confusa—. ¿Por qué?

—Esa es una buena pregunta —replicó Claredon, mirando con ojos acusadores a Bush. Este se mantuvo impassible—. Pero da igual, puesto que ya no iré. —Le frunció más el ceño a Bush—. ¿Le diste mi carta, al menos?

—Sí, yo...

—Sí me la dio. —Ahora fue Caroline quien miró acusadoramente a Claredon—. Y no quedé muy contenta al leerla, por cierto. ¿De verdad deseas que me vuelva a Daisy Village y me quede allí sin dar problemas, esperándote otro año, Henry?

Él puso mala cara.

—La cuestión no era esa, era que...

—La cuestión sí era esa. Sé que te irritó que viniera sin permiso, pero ya no podía esperar más. Hace años prometiste hacerme tu esposa y quererme, y fue tan romántico el momento que yo... —Se le quebró la voz—. He vivido de ese recuerdo durante todo este tiempo. Pero, mientras esperaba, yo he cambiado, mi cuerpo ha cambiado. Mírame, Henry. Mírame y dime si la idea de nuestro matrimonio te hace feliz a ti, ahora mismo. —Él no dijo nada y Caroline hizo un gesto resignado—. No, claro que no. Tú no me quieres, solo te ibas a casar por compromiso. Por la palabra dada.

Guardó silencio, ya sin saber qué más añadir, y durante unos segundos solo hubo silencio entre ellos tres, un silencio tenso y sumamente incómodo, que no debería haber estado allí entre tres personas que se querían. Bush estaba ya a punto de decir algo, solo por romperlo, por llenarlo con lo que fuera, pero entonces Claredon habló:

—Aquel día... —dijo, y tuvo que volver a empezar—. Aquel día, cuando me declaré, mi padre se moría. En su lecho de muerte me pidió que cumpliera con su palabra, que me casara contigo y te cuidara. Y yo... ¿Cómo podía oponerme? —bufó—. Me encantaría cumplir esa promesa. Quiero hacerlo, Caroline, de verdad. Por mi padre, y por el tuyo, que tanto me enseñó de medicina y me dio la oportunidad de descubrir mi vocación. Por ellos, cada año me juro que ese es el año, que por fin es el año, pero...

Ella hizo un gesto ecuaníme.

—Pero no soy la esposa con la que soñabas.

—No. —Se removió, incómodo—. Maldición, ni siquiera eres la esposa que me conviene. No tienes fortuna ni contactos. No eres la clase de esposa que necesita un médico importante, un director de hospital, como voy a ser yo.

—Y, encima, ahora soy una mujer gigante.

—Oh, maldita sea, Caroline. —Claredon apretó los puños—. Tenemos que solucionar esto. Tienes razón, no puedo casarme contigo por pena, o por la memoria de nuestros padres. Debes entenderlo... Lo he intentado todo, una y otra vez, pero fue inútil. —Hizo una mueca—. Y el asunto empeoró cuando me enamoré.

—¿Te enamoraste? —preguntaron Bush y Caroline al unísono—. ¿De quién?

—De lady Eve, la hija del barón Slattery. —Claro, comprendió Bush. Eso lo explicaba todo: el cambio en las aspiraciones de su amigo, el deseo de medrar entre la clase alta. La hija de Slattery era como una ninfa delicada, menuda y preciosa, callada y sumisa a partes iguales—. Ella... es una rica heredera, una dama de nacimiento. Es hermosa, sin resultar llamativa, y está dispuesta a aprender. Sería una gran anfitriona.

—Me alegro por ti —dijo Caroline—. Pero podías habérmelo dicho desde el principio y no hacerme estar perdiendo el tiempo de un modo absurdo.

—Oh, vamos...

—Da igual. Yo no voy a interponerme en vuestra relación. Estoy de acuerdo en que lo que debe primar es lo que queremos nosotros. Y lo cierto es que yo ya no te quiero, Henry. En realidad, ahora me doy cuenta de que, en realidad, nunca te he querido. Fuiste solo un espejismo, un ensueño para una niña solitaria. —Caroline hizo un gesto hacia Bush—. Lord Bush me ha pedido permiso para hablar con mi tía Wallis y empezar un cortejo. Vamos a ver dónde nos conduce nuestra relación.

—No me coge por sorpresa. Tampoco voy a interponerme. —Pobre Claredon. Se le notaba el alivio, lo mismo que antes se le habían notado la sorpresa y el desagrado. No quería una mujer así, demasiado grande y demasiado llamativa, detalles que solo podrían permitirse de tratarse de

alguien de renombre y dinero. Pero no era el caso. La señorita Caroline Mildmay tenía poco que ofrecer al repentinamente ambicioso doctor Claredon. Supuso que correría a declararse a la hija del barón Slattery, si no lo había hecho ya—. Creedme que os deseo lo mejor.

—Gracias —replicó ella, triste—. Yo espero que tengas mucho éxito en tus proyectos. —Y luego siguió, ya dirigiéndose a Bush—. Será mejor que vuelva dentro, tengo cosas que hacer. Caballeros...

Los dos le dedicaron una inclinación, y esperaron a que se hubiera alejado lo suficiente para seguir hablando.

—Tu comportamiento ha sido absolutamente inaceptable, Rosegarden —le dijo entonces Claredon—. Y también innecesario. ¿Querías quedarte con Caroline? No tenías más que decirlo. Si llego a viajar a Daisy Village, solo para descubrir que no está, no te lo hubiera perdonado nunca.

Bush se cruzó de brazos.

—Pues yo creo que te hubiera venido bien el paseo. De ese modo, quizá en el futuro, no jugarás así con las esperanzas de los demás.

—¡Lo he intentado! ¡Quería cumplir con mi palabra, pero...!

—¿De verdad? Yo no estoy tan seguro de eso, porque últimamente ya ni te reconozco. Pero vamos a dejarlo así, cada cual que cargue con su ración de culpa.

Claredon apretó los labios.

—Está bien. Vuelvo a Londres. ¿Vienes?

Bush se lo pensó.

—Iba a hacerlo, pero ya no tiene mayor prisa. No, prefiero quedarme, tenemos un invitado a la hora del almuerzo y tendrá lugar un... pequeño evento familiar. Nos veremos mañana, en el funeral. Y más tarde tendremos que ver cómo organizar la consulta, sin él. Quizá haya dejado dicho algo en su testamento.

—Muy bien. —Claredon dudó, pero si iba a decir algo para intentar congraciarse, lo dejó para otro momento—. Hasta mañana.

Bush se limitó a asentir como despedida. Lo observó alejarse hasta las caballerizas y luego volvió a la mansión, buscó a Caroline y consiguió convencerla para esconderse juntos en una salita, donde charlaron y se estuvieron besando hasta que llegó el momento de subir a prepararse para el almuerzo.

Lord Lark, avisado por un mensajero, llegó puntual y tan elegante como siempre. Los marqueses de Farrose lo recibieron con simpatía, igual que Bush y Caroline. Mery Rose y Rosehip le sonrieron corteses. El único detalle incómodo lo aportó, como siempre, Roseanne, que se mostró silenciosa y hostil durante la comida, dejando claro que seguía enfadada con todos ellos.

Eso no fue óbice para que, llegado el momento, se dirigiese con todos hacia la parte trasera del jardín donde tres hombres ya habían retirado los cántaros y estaban cavando un hoyo. A pocos

metros, habían colocado una mesa con sillas, bajo una gran sombrilla blanca, y varios lacayos estaban preparando copas y jarras con té helado y otras bebidas refrescantes.

Mery Rose y Rosehip se dirigieron inmediatamente hacia allí y tomaron asiento, aunque dio la impresión de que lo hacían a regañadientes. Cuando miraron con enfado a Rosalynn, Bush lo tuvo claro. Seguramente su cuñada las había dejado asistir con la condición de que se mantuvieran un poco apartadas, no fueran a llevarse un susto. Nadie esperaba que apareciese nada, pero, tratándose de Rosegarden Park, mejor pecar de cautos.

Jarvis, el viejo jefe de jardineros, se mantenía a un lado del agujero, pero, al verlos llegar, se dirigió hacia Rosalynn. Su expresión tensa alarmó a Bush.

—¡Milady, esto es una completa locura! —le dijo—. No tiene mayor sentido. ¿Qué puede haber ahí enterrado? ¡Nada! Todo se debe al abono, cuidamos mucho cada rincón de estos jardines, usted lo sabe.

—Lo sé, señor Jarvis. Por favor, no se preocupe —pidió ella—. Cuando terminemos, seguro que puede volver a ponerlo todo como estaba, o incluso mejor. ¿Recuerda lo que me comentó, sobre su deseo de transformar algunas zonas de los jardines? Puede empezar por este rincón —le propuso, conciliadora.

El señor Jarvis la miró con una mueca amarga en los labios. A saber qué hubiera contestado de no ser porque, de pronto, uno de los hombres lanzó un grito.

—¡Aquí hay algo! —dijo. Todos se dirigieron rápido hacia allí.

—Dejadnos ver, apartaos —ordenó Thorn, que iba delante. Algo descubrió en el fondo, porque se detuvo con brusquedad e hizo un gesto a su esposa—. Rosalynn, mejor no...

Pero ella ya se había acercado y había palidecido. Roseanne, que iba a su lado, abrió los ojos con expresión de horror y se tambaleó en el terreno inestable del borde del agujero. Quizá hubiera resbalado, de no ser por lord Lark, que la sujetó al momento y la apretó contra su pecho.

—Oh, Dios mío —dijo Caroline a su lado, justo cuando Bush llegó al punto donde podía contemplar el contenido de aquel hoyo.

En el fondo, podía verse una calavera, además de varios huesos, que estaban todavía casi por completo ocultos bajo la tierra. Aun así, su conocimiento profesional le dijo que allí había al menos tres fémures.

Solo más tarde, tras desenterrar por entero los cuerpos, supieron con total certeza que aquel rincón del jardín había sido la tumba de dos hombres.

Próximamente

Lady Roseanne desea un amante

The Rosegarden Family Tree 4



Capítulo 1

Sala principal de la casa de costura Madame Didiane.

Londres, mediados de julio de 1884

Lady Roseanne Rosegarden estaba enfrascada en una de sus tareas más habituales: aburrirse mortalmente mirando por la ventana.

No era que no le gustase elegir nueva ropa o combinar complementos. Como toda joven de diecinueve años, Roseanne disfrutaba mucho haciéndolo, y la visita al Madame Didiane siempre implicaba una tarde entretenida, como poco. Ese mismo día, por ejemplo, había encargado media docena de vestidos más, varios sombreros, guantes, sombrillas y unos cuantos pares de zapatos, todo de excelente calidad.

Pero no había disfrutado de las compras como otras veces. No debió ir. La tienda estaba atestada, una multitud de damas, acompañadas por doncellas, se movía de un mostrador a otro por la enorme tienda que ocupaba casi todo el piso bajo del edificio, y Roseanne no podía soportarlo.

Desde la mañana, estaba con lo que llamaba «el ánimo oscuro», una sensación de pesadez en el alma, de oscuridad continua. Le daba la sensación de oler a madera vieja, y a telas impregnadas del perfume de su madre.

Lo odiaba. La odiaba.

No soportaba a la gente. No soportaba la vida.

No se soportaba a sí misma.

Le ocurría a veces, no podía evitarlo, y jamás se lo había contado a nadie. ¿Para qué? Era mejor limitarse a estar seria y callada, sumida en aquella vorágine de pensamientos negros y deprimentes que la arrastraban como una marea, hasta que todo pasase. Incluso luego... ¿Alguna vez se sentía bien? No. Por eso era como era.

Apartó la vista del cristal y lanzó una mirada a sus acompañantes. Estaban esperando a Mery Rose, que se estaba probando un vestido en uno de los salones privados, y su cuñada Rosalynn había ido con ella. En el amplio sofá solo estaban Tess, la esposa de su hermano Bram; Caroline, la prometida de su hermano Bush; Rosehip, su hermana pequeña; y, para terminar, ella misma.

Habían cogido unas revistas de moda de la pila que había sobre la mesita baja y las estaban

admirando, entre bromas. Ninguna de ellas esperaba que Roseanne se uniera a su alegre charla, porque la conocían bien, pero ella sabía que podía hacerlo, si lo deseaba. Se sentía cómoda con ellas, las quería... ¿Por qué no podía decírselo? Le gustaría, a veces, pero esas palabras no salían de su boca desde hacía mucho.

Recordaba bien la última vez: fue cuando se despidió de su padre, el taciturno lord Thorn II, tan melancólico como ella misma. Quizá ambos se sentían atraídos por la misma pena negra, y lo sabían, porque su padre siempre se mostró muy cercano a ella. Paseaban en silencio por los jardines, siempre le traía algún dulce cuando iba a Londres o a Rosegarden-on-the-Water, cuando ella se escondía en su despacho, para observarlo trabajar, él lo sabía, seguro, pero nunca la delató.

Luego, se fue con la gran dragona. Y el mar se los tragó a los dos.

Aguas negras, aguas profundas...

Roseanne parpadeó, saliendo de aquellos pensamientos, cuando un revuelo en la entrada suscitó su interés. Apenas un atisbo, pero al menos algo era algo.

Al parecer, acababa de llegar alguien notorio a las inmediaciones de la tienda, y las damas presentes se habían apresurado a acumularse en la puerta, para mirar y poder nutrir sus cotilleos.

—¿Quién será? —preguntó Rosehip.

—No lo sé —replicó indecisa Caroline, posiblemente, como afirmaban todos, la mujer más alta de Londres. Superaba el metro ochenta y poseía una belleza de aire nórdico que Roseanne no podía por menos que envidiar.

—Voy a ver —propuso Tess, que podía no ser tan alta, pero sin duda era una mujer muy decidida. Roseanne suponía que sin todo ese arrojo no se podía llegar a ser actriz, mucho menos a salir adelante completamente sola en el mundo, como le pasó a ella. Sin hacer caso de las protestas de las otras, Tess se puso en pie y se dirigió al pequeño tumulto de la entrada.

Llegó justo a tiempo de ver en primera línea cómo se apartaban las otras clientas, simulando estar muy ocupadas en sus cosas. Segundos después, por el hueco de la puerta entró una dama menuda, seguida de una doncella y una mujer mayor, totalmente vestida de negro, con el único adorno de un rosario entre las manos. Roseanne pensó que daba verdadero miedo. ¿Habría sido joven alguna vez? Imaginarse terminar así supondría una auténtica pesadilla.

La joven era muy rubia y de rostro angelical, con grandes ojos azules, aunque su gesto resultaba un tanto adusto, y eso la afeaba. Ni siquiera replicó a la sonrisa de Tess, que la saludó al encontrarla de frente, aunque sí le hizo un gesto regio con la cabeza, como si se tratase de la mismísima reina concediendo su atención a la plebe.

Debían estarla esperando, porque la dueña del local salió al momento para recibirla y la condujo con gesto obsequioso hacia la puerta de una de las salitas privadas, por la que desaparecieron.

—¿Quién será? —preguntó Rosehip, con expresión de embeleso—. ¡Parece una princesa!

—Pues ya puedes ir tomando nota —le dijo Roseanne—. Para ser princesa hay que tener cara

de pimienta amarga y mostrarse antipática y maleducada.

—¡Vaya! ¡No sabía que eras una princesa! ¡Ay!

—No grites, Rosehip —le ordenó Caroline, aunque sin enfado.

—¡Ro me ha pellizcado!

—Era mi regio derecho —replicó ella.

Eso hubiera propiciado una pelea de no ser porque Tess, que había estado hablando en el mostrador con otras señoras, regresó y se sentó de nuevo en su sitio.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Caroline con curiosidad. Tess se inclinó hacia ellas, para comentar en voz baja:

—Que se trata de lady Fiona O'Brien, hija del conde de Aremberg. Viene para encargarse de un ajuar completo. Según dicen, ha venido de Irlanda en el barco de lord Lark. De hecho, él está fuera, en el coche, esperándola, de ahí el alboroto. —Lord Lark era un gran escritor. Allí donde iba, siempre había gente queriendo saludarlo o acercándole un libro para que se lo firmase—. Es su prometida.

Ellas siguieron hablando, llenas de entusiasmo por la noticia, pero para Roseanne, la conversación se había alejado repentinamente varios kilómetros, dejándola envuelta en una sensación de mareo.

¿Qué? ¿El duque de Lark, comprometido? Pero ¿cómo podía ser eso? Imposible. No había oído bien, eso era todo. Pese a su actitud habitual, tan reprobatoria y despectiva, ella sabía que aquel santurrón la deseaba. Por eso, precisamente, estaba siempre tan huraño con ella, porque la consideraba frívola en una familia de frívolos, pero no podía evitar sentirse atraído por ella.

Bueno, tenía que admitir que, justo antes de irse a Irlanda, lord Lark había llevado a cabo un gran acercamiento con los Rosegarden, desde que sus hermanos empezaron a casarse y a sentar la cabeza. Y con lo de la tumba que había localizado en los jardines de Rosegarden Park, solo por fijarse en cómo estaba la vegetación.

Eso había propiciado que lord Lark y los varones Rosegarden, sobre todo Bush, iniciaran una cierta amistad y una relación epistolar durante el tiempo en que había estado de viaje. Bien lo sabía ella, que se había colado varias veces en la habitación de Bush, y en el despacho médico que tenía en Londres, para leer las cartas de lord Lark. La señora Wallace, el ama de llaves que tenía allí, era una anciana encantadora y complaciente, fácil de esquivar. Por desdicha, cuando quedaban todavía unas semanas para su regreso, Bush la descubrió en plena fechoría y la echó de allí sin contemplaciones.

—Que no se te vuelva a ocurrir. Ese hombre no es para ti —le dijo, pese a que lo vio más nervioso por guardar las carpetas que había tenido a un lado, y a las que ella no había prestado atención, que por el asunto de lord Lark. A Roseanne solo le dio tiempo a atisbar una fotografía en la que se veían varios huesos sobre tierra. ¿Los hombres desenterrados en Rosegarden Park? —. Mientras no cambies tú, no podrás ser feliz, ni hacer feliz a nadie, Ro.

Debía ser cierto, porque con ella seguía en guerra desde el momento en que se cruzaron sus

miradas, ya cosa de un año atrás, durante una tertulia literaria a la que la arrastró Rosalynn. A ella le gustaba leer, pero no esa clase de reuniones, en las que se decían muchas tonterías.

Pero allí estaba él, hablando con aplomo, con argumentos interesantes, una visión aguda de la novela que comentaban, y Roseanne no pudo por menos que quedar asombrada, obnubilada como una polilla ante una luz intensa. Por desdicha, él no cayó víctima de los trucos que había ido aprendiendo en la vida y parecía casi inmune a su belleza.

Supuestamente, no le gustaba su actitud. Al menos, eso le dijo cuando le propuso bajar a los subterráneos de Rosegarden Park, el día de la boda de Bram. Lord Lark, autor de novelas llenas de sombras, fantasmas y viejas venganzas, estaba deseando conocer el interior de Rosegarden Park, y ella estaba dispuesta a enseñárselo. El de la mansión, y el suyo propio.

Pero se enfadó. ¡Solo porque, a cambio, le pidió un beso! Era una broma; bueno, vale, algo más que una broma, porque habría disfrutado del beso y de más, de haberlo querido él, pero no. Qué hombre tan aburrido.

Cuando reflexionaba sobre el tema, no entendía qué podía gustarle de él, al margen de su talento literario y de su aspecto físico, claro. Lord Morgan Herrick, el duque de Lark, era un hombre tan guapo que bien hubiera podido nacer entre los Rosegarden. Además, era oscuro como ellos, con el cabello como ala de cuervo y los ojos de un azul metálico que muchas veces parecía negro.

Tenía, también, unos rasgos distinguidos, hermosos, era alto y gallardo, y siempre aparecía de lo más elegante en público. En definitiva, era la clase de individuo que cualquier mujer hubiese deseado a su lado. Que a eso se uniese su valor como político y su brillo como escritor de éxito y fama terminaba de redondear al que posiblemente era el mejor partido de la década.

Lamentablemente, no había tardado en descubrir que era un beato insufrible que siempre consideraba la moral por encima de cualquier otra cosa. Si tenía diversiones, al margen de trabajar o ir a misa, nadie se las conocía. Acudía al teatro, sí, pero con el ánimo de un escritor. Del mismo modo, raramente iba a conciertos o exposiciones, a menos que tuviera que hacerlo por su faceta profesional, para hacer acto de presencia y coincidir con alguien.

Ya antes de que se fuera a Irlanda, cuando Roseanne decidió que aquel hombre le gustaba y que iba a utilizarlo para organizar el escándalo social más grande que hubiera conocido Londres, había podido comprobar lo difícil que era coincidir con él en un evento social. También lo buscó por parques, pero aunque solía caminar por Saint James, según le indicaron, nunca había llegado a encontrarlo.

Y ahora, volvía y, al parecer, comprometido...

Sintió que se le hacía difícil respirar. Cualquiera que la mirase, sentada en su sillón junto a la ventana, vería a lady Roseanne Rosegarden tan seria, altiva y huraña como siempre y por completo indiferente a cuanto sucedía a su alrededor. Pero, por dentro, hervía de pura rabia. Se sentía despreciada, humillada, dejada de lado.

¡Aquel maldito! Lord Lark sabía que ella lo estaba rondando. ¿Cómo se atrevía a

comprometerse con otra? ¿Cómo se atrevía a rechazarla a ella de ese modo? Sobre todo cuando aquel idiota solo lo hacía porque no era capaz de soportar tener clavada en el corazón y en el sexo aquella atracción.

«No seas tonta», se dijo. ¿Qué más daba si estaba comprometido o casado, o viudo? ¿A quién podía importarle? No era como si quisiera contraer matrimonio con él...

¿No?

La cuestión, precisamente, era que no quería casarse con nadie, con nadie en absoluto, pese a la presión del mundo en el que vivía, la de sus hermanos, sus cuñadas, sus abuelos... No, ni loca se ataría de tal modo a un hombre. Lo evitaría con un buen escándalo, cumpliría la edad legal para ocuparse de sus propios asuntos y sería independiente el resto de su vida, sin tener que aguantar que le dijeran que, por ser mujer, no podía hacer esto o aquello. No se lo consentiría jamás, a nadie.

Sus planes no habían cambiado por aquel detalle. Eso era lo que menos importaba. Como si se volvía musulmán y se casaba con un harén entero. Ella solo lo necesitaba una noche. Incluso, con suerte, ni eso.

Un beso. Con un beso, podría conseguirlo...

Miró por la ventana, pero no daba a la parte delantera, que era donde estaría esperando él. Se puso en pie.

—¿Ya salen? —preguntó Caroline, refiriéndose a Mery Rose y Rosalynn, mirando hacia la zona que daba a las salas privadas.

—No. Voy a tomar el aire.

—Siéntate, Ro —le dijo Tess, frunciendo el ceño—. Todas sabemos lo que vas a hacer y no debes cometer más tonterías con ese hombre.

Roseanne arqueó una ceja.

—No he pedido permiso —replicó—. Y me da igual lo que piense nadie qué debo hacer. Voy a salir porque puedo y quiero salir.

Tess apretó los labios, pero ya se conocían lo bastante como para saber qué líneas no debían cruzarse entre ellas. Roseanne se alejó, caminando con firmeza hacia la puerta, que, dado el calor que hacía, permanecía abierta.

Roseanne salió a la escalerita de mármol que conducía a la acera, se detuvo a la mitad y miró a ambos lados. No tardó en localizar a lord Lark. Se encontraba sentado en el elegante carruaje abierto que estaba aparcado a pocos metros a la derecha, atendiendo con amabilidad a dos paseantes, seguramente un matrimonio, que se habían detenido a charlar con él. Debían ser admiradores de sus libros o quizá partidarios de su política.

Sus ojos lo recorrieron con alegría y una extraña hambre. ¡Qué guapo estaba! Tenía el pelo algo más largo, se fijó, y se le rizaba por la frente y junto a las orejas en gruesos mechones, lo que le daba un aire de poeta romántico que no había tenido antes. ¿Le gustaría así a Fiona, se lo habría dejado crecer para complacerla?

Roseanne bufó, irritada consigo misma por aquella nueva muestra de celos que no había logrado contener. ¡Por todos los demonios, no podía ser más tonta! ¿Por qué le quemaba tanto la idea de que fuera a besar a aquella idiota, mientras se negaba a hacerlo con ella?

Lo olvidó todo cuando lo vio girar los ojos en su dirección y, al reconocerla, se tensó visiblemente.

«No voy a comerte», pensó ella, aunque al momento sonrió divertida. «O quizá sí». Definitivamente, se acostaría con él. Y, por mucho que patalease, lord Lark lo estaba deseando también. Solo había que ver la mirada que le lanzó al verla allí parada. Intentaba contenerse, pero aquel extraño azul de sus ojos relampagueó de tal forma que hablaron por sí mismos.

Roseanne lo vio despedirse de la pareja, cordial. Cuando se quedó solo, lord Lark le dijo algo al conductor mientras bajaba del coche. Avanzó hacia Roseanne, caminando lentamente, elegante, con su gabán de verano, su sombrero de copa y su bastón.

—Lady Roseanne... —le dijo, al llegar. Pensó que iba a ser todo su saludo, pero se llevó una mano al sombrero, galante.

—Lord Lark —replicó ella, con una reverencia—. Veo que por fin ha regresado a Londres. Llegué a pensar que lo habíamos perdido para siempre entre las verdes colinas de Irlanda.

Por una vez, vio la diversión en las pupilas del hombre.

—Sí, me temo que se alargó un poco el trabajo. Pero ya tengo muy adelantada mi nueva novela.

—Me alegra saberlo. —Estaba deseando leerla, pero no pensaba halagarle los oídos como cualquier admiradora—. Y veo que se ha traído un recuerdo.

Él arqueó una ceja.

—¿Perdón?

—He visto a lady Fiona.

Se produjo un silencio tenso. Lord Lark cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, bien acomodado en su bastón.

—Me he comprometido, sí. Se la presentaré, si lo desea.

—Ni lo más mínimo. —Se inclinó hacia él. Como seguía en mitad de la escalinata de la entrada, sus rostros quedaban casi a la misma altura, y le habló en un tono bajo, denso, que quizá provocó algo, porque le dio la impresión de que se estremecía—. Quería bajar, conmigo, a los pasadizos de Rosegarden Park, milord. Quería bajar y besarme en esa oscuridad densa, húmeda, que huele a tiempo y a ruina. Pero no se atrevió.

Él la miró fijamente con aquellos ojos de demonio.

—Tiende a presuponer las cosas que quiero. Y no lo entiendo, porque usted y yo no nos conocemos en absoluto. No sabe nada de mí, de lo que me ha ocurrido en la vida, ni de lo que sueño con conseguir.

Roseanne se encogió de hombros.

—Yo, sin embargo, soy todo lo que ve.

—Eso no es verdad. Hasta yo sé que es una mujer muy complicada.

—¿Lo asusto?

Él agitó la cabeza.

—No está en mi ánimo pelear más, lady Roseanne. Me he acercado para saludarla y para darle el pésame. Supongo que lo ocurrido ha sido un golpe muy fuerte para toda la familia, y lo lamento de verdad.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿El pésame? —La embargó un miedo horrible. ¿Qué había pasado? ¿A quién? ¡Bush! ¡De todos los Rosegarden, Bush era el más amigo de aquel hombre, se carteaba con él! ¿Quizá le había ocurrido algo a su hermano, y él ya lo sabía?—. ¿A qué demonios se refiere?

—Oh... —Pareció tan desconcertado que ni siquiera la amonestó por su lenguaje—. ¿No se lo ha comentado su hermano, lord Bush?

Aquello la tranquilizó, aunque aumentó su enfado. Vale, Bush seguía vivo, quizá todavía pudiera matarlo personalmente. ¿Qué habría pasado? Sus hermanos le comentaban pocas cosas. Formaban un grupo muy animado y muy unido, los tres alegres varones Rosegarden, y eso que hasta hacía cosa de un año, Thorn no los podía soportar, a ninguno de ellos.

Pero, ahora, formaban un frente de varones orgullosos de sus esposas y sus vidas perfectas, y se esforzaban por cuidar de sus tres hermanas pequeñas, quienes, al parecer, tenían poca inteligencia, escasa capacidad de comprensión y ninguna sensatez.

—¿Qué tenía que comentarme?

Lord Lark hizo una mueca.

—Creo que eso debería preguntárselo a su hermano —replicó, empezando a retirarse—. Ya he metido bastante la pata.

—No se le ocurra irse sin decirme por qué me ha dado el pésame.

—Milady, solo tiene que ir donde su hermano y...

Bush quizá se lo contara, si lo presionaba lo suficiente. Pero ¿de verdad se pensaba aquel hombre odioso que iba a dejarlo estar hasta la hora de la cena, y eso si tenía la suerte de que ninguna mujer estuviese justo en ese momento teniendo hijos o que ningún pobre desdichado agonizante requiriera la presencia inmediata de su hermano, el médico?

No, ni hablar.

—O me lo dice ahora o empiezo a gritar.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. O me lo cuenta ya, o empiezo a gritar y monto un escándalo que no le va a gustar nada a esa pavisosa de lady Fiona.

—No se atreverá. —Ella sonrió y él entrecerró los ojos—. Sí, sí se atreverá.

—Puede jurarlo.

—Está usted loca.

—Vamos, no me diga que lo descubre ahora.

—Pues a mí no me gusta que me amenacen, así que... ¡Vale! —exclamó al ver que ella abría la boca. Ni siquiera Roseanne sabía si habría gritado, pero se alegró de haber ganado esa confrontación—. ¡Está bien, maldita sea! No me monte un maldito escándalo; a diferencia de usted, a mí sí me importa mi reputación.

—Hable, entonces.

Lord Lark la miró ceñudo unos segundos.

—Lord Bush y yo nos hemos carteadado durante todo este tiempo. Tengo que admitir que hemos forjado una buena amistad.

—Cómo me alegra saberlo. —Y había leído sus primeras cartas, muy interesantes—. Pero no me sorprende. A Bush lo llaman «el Rosegarden aburrido», así que combinará bien con usted. ¿Y qué tiene todo eso que ver con lo que me ha dicho? —Se detuvo, al llegar por sí misma a una conclusión—. Los cuerpos...

Poco antes de irse a Irlanda, lord Lark había convencido a Bush para cavar en una zona de la parte trasera de los jardines. Allí encontraron dos cuerpos. Solo estaban los huesos, por lo que Scotland Yard, a quienes llamaron de inmediato, suponía que habían sido enterrados desnudos.

—¿Por qué haría nadie algo así? —había preguntado Rosalynn conmocionada cuando los agentes reunieron a la familia para informarles de las pesquisas y hacerles algunas preguntas.

—No lo sabemos. Una posibilidad es que no quisieran dar ninguna pista de quiénes eran, de ser encontrados —había replicado el comisario, y Roseanne no había podido olvidarlo.

¿Era eso? ¿Habían descubierto algo? ¡Y no se lo habían dicho! Roseanne sintió tal indignación que lord Lark retrocedió un paso.

—Sí, milady —dijo—. Los cuerpos.

—¿Quiénes eran? ¿Se sabe? ¿Es por eso?

—Lord Bush me contó en su última carta que, tras ciertas pesquisas, está convencido de que uno de ellos es su padre, milady. Lord Thorn II. —Ella abrió mucho los ojos y se tambaleó, como si la hubiera golpeado un rayo. ¿Su padre? Imposible. Sus padres, los dos, habían muerto años atrás durante un viaje en barco, a Francia, cuando su nave se hundió por culpa de una fuerte tormenta. ¿No?—. ¿Está usted bien? Lamento, lamento haberle contado esto. No me correspondía a mí hacerlo.

—No, desde luego que no. Pero ya ve cómo actúa Bush. Lo ha compartido con usted, que se conocen desde hace dos días, como quien dice, y no me lo ha dicho a mí, que soy su hermana y la hija del fallecido. Que estoy implicada hasta el tuétano en este asunto. —¿Su padre? No podía ser. Llevaba años de luto por él, por aquel mar oscuro y profundo. Por aquella maldita tormenta. Sintió los ojos llenos de lágrimas—. Juro que voy a matarlo.

Dio media vuelta para volver al interior de la tienda de moda.

—Milady... —Lord Lark la sujetó por el brazo—. Lo siento mucho, de verdad.

Ella parpadeó. Lo veía algo distorsionado. ¿Estaba llorando?

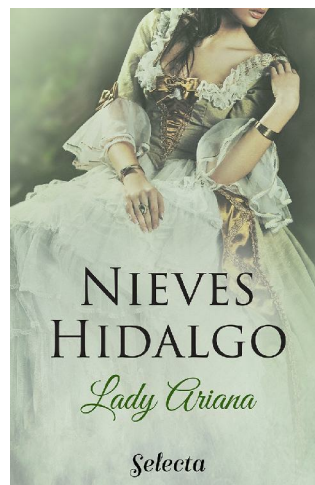
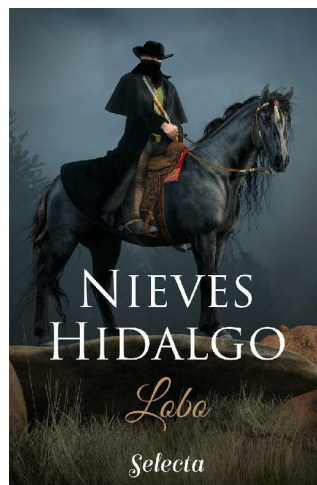
—Yo también —dijo. Lo decía por todo.

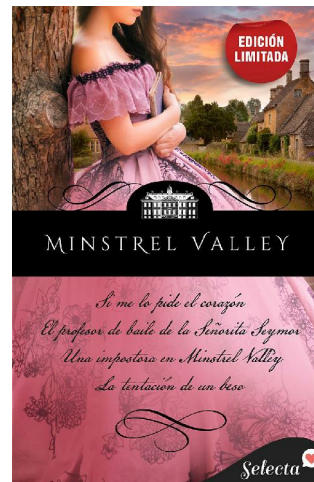
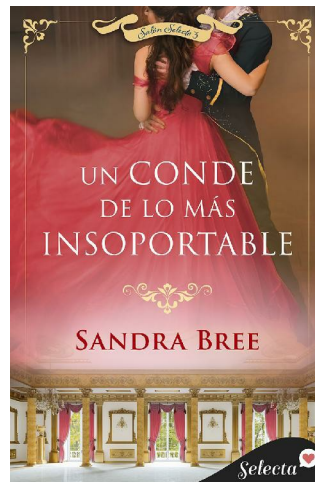
Y entró.

Si te ha gustado

Lord Bush ansía una amiga

puedes disfrutar de estas





¿Podrá el amor, ese sentimiento que les es tan extraño, arraigar en dos personas tan distintas?



Lady Roseanne Rosegarden es terca, impetuosa y está decidida a disfrutar de la vida con la misma intensidad que sus hermanos varones, conocidos en Londres por sus aventuras y sus excesos. Ella está dispuesta a seguir sus pasos, a hacer lo que sea para no terminar casada y aburrida como el resto de las mujeres que conoce, un adorno más en la casa de sus maridos.

Por eso, cuando su familia empieza a presionarla para que participe en la temporada y consiga un buen matrimonio, lady Roseanne decide buscarse un amante y provocar una crisis que lo haga imposible. Pero no se fija en cualquiera, sino en el objetivo más difícil posible.

Lord Morgan Herrick, duque de Lark, político influyente y escritor, nunca ha sentido mucha simpatía por los Rosegarden. Los considera frívolos e insensatos, lo que aumenta su malhumor cada vez que su camino se cruza con el de lady Roseanne. No solo lo perturba de un modo extraño su gran belleza, sino que, además, tiene claro que aquella loca está empeñada en seducirlo.

¿Podrá soportar la reputación de lady Roseanne un escándalo como los que cuentan de sus hermanos? Seguro que sí. Al fin y al cabo, es una Rosegarden.

Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos*, *El mal causado*, *En aguas extrañas*, *La noche abierta*, la serie de regencia *Un día en el Támesis*, la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/Penguin Random House).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: agosto de 2023

© 2023, Bethany Bells

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-78-6

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Lord Bush ansía una amiga

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Próximamente

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bethany Bells

Créditos